

Eugène **IONESCO**
EL SOLITARIO
novela



se

Lectulandia

Ionesco, el máximo representante del «teatro del absurdo», nos presenta esta su primera única novela, una patética historia de la soledad del hombre y de su angustia vital producida por la ignorancia invencible de las causas y las leyes que determinan y rigen la existencia del universo. En un lenguaje sencillo y vivo, encontramos en esta confesión desesperada la misma fuerza dramática que se desprende de sus más célebres creaciones teatrales.

Lectulandia

Eugène Ionesco

El solitario

ePub r1.0

Titivillus 14.10.2018

Título original: *Le Solitaire*
Eugène Ionesco, 1973
Traducción: David Casanueva

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

A los treinta y cinco años ya es tiempo de retirarse de la carrera. Si es que hay carrera. Estaba hasta la coronilla de mi trabajo. Era tarde, frisaba en los cuarenta. Habría muerto de aburrimiento y de tristeza si no me hubiera caído en suerte esa herencia inesperada. Es bien raro, todavía quedan tíos de América, a no ser que el mío fuese el último. En todo caso, ni uno de mis compañeros de la pequeña empresa donde yo trabajaba tenía un padre, un primo o un tío americano. Todos me envidiaban: ¡imaginaos, poder vivir sin necesidad de trabajar! Mi despedida fue breve. Les ofrecí un vaso de vino en el bar de la esquina. Ni tan siquiera invité a Juliette. Juliette todavía estaba contrariada. Después de habernos abandonado mutuamente, ambos estábamos abandonados. El patrón de la empresa sentíase aún más vejado que la amiguita. «Lo esperaba», me dijo; curioso, porque ni yo mismo lo esperaba. Debería haber anunciado mi cese con tres meses de anticipación, ésta era la norma, me aseguraba. «Me será muy difícil llenar el hueco que usted deja». ¡Cuántas veces me había reprochado mi poco rendimiento! Cada dos por tres me amenazaba con el despido, lo cual me hacía temblar. Ya que ¿dónde encontrar una colocación como aquélla, a la que, con más pena que gozo, me había habituado? A cada amenaza de despido, el miedo avivaba mi actividad durante dos o tres días. Después, el ritmo volvía a aflojarse. Al cabo de dos semanas, más o menos, nuevas amenazas. En rigor, pues, trabajaba con asiduidad unos seis o siete días al mes. No podía más. No le concedí ni un día de plazo, ésta fue mi venganza. ¡Con qué gusto le pagaría una mensualidad de indemnización! A última hora, no obstante, quiso quedar como un caballero y renunció a la suma. No soy malo. Le permití esa satisfacción.

Con todo, fui a despedirme de Jeanine, la cajera: «Nos deja... ahora que es rico... ¿No se quedará usted en el barrio? ¿De verdad? ¿Adónde irá, solo y desmañado como es?... Ah, sí, puede tomar una criada». Casi lloraba. Jeanine ocupó el lugar de Juliette, durante un corto período, en mi corazón. Pero había pasado mucho tiempo. Acostumbrada a atender la caja horas y más horas, ya no sabía moverse de su puesto. Engordó. Sabía que yo no era como los demás, que era un ingrato. No obstante, yo soy como todo el mundo en nuestra época, escéptico, desengañado, perezoso y cansado, con una vida sin objeto; un hombre que trabajaba lo menos posible — porque no hay otro remedio—, algo goloso: alcohol y un buen plato para escapar de vez en cuando a la amargura y el aburrimiento universales.

Sin embargo, el patrón vino al bar para el brindis de mi despedida. Lucienne también aceptó la invitación. Era la tercera empleada de la casa en importancia, de la plana mayor. La acompañaba Pierre Ramboule. Ella había sido mi tercero y último asunto sentimental. Dado que no teníamos tiempo de tratar a mucha gente y que vivíamos casi todos en los suburbios, nos escogíamos entre nosotros. Tomábamos lo que teníamos al alcance de la mano. Ella, Lucienne, fue un amor verdadero, si me es permitida la expresión, no se me ocurre otra. Pero prefirió a ese Pierre Ramboule, un joven recién llegado a la casa. Lucienne era la más joven de las tres y la única que tenía un cuerpo bonito. Dejose seducir por Pierre, un joven lleno de vida y con

ambiciones: entró en la casa sólo por poco tiempo. Esperaba obtener unos fondos para lanzarse a grandes empresas. Hizo creer a Lucienne que la asociaría a su vida y a sus negocios. Entonces se cumplían justamente cinco años y un mes que el patrón había contratado a Pierre Ramboule, y justamente cinco años que Lucienne me había dejado por él. Todavía estaban allí. «Podéis aprovechar la ocasión para celebrar al mismo tiempo vuestro quinto aniversario», le dije a ella cuando la pareja entró en el café. Lucienne se ruborizó cada vez que nuestras miradas se encontraban no sabía hacia dónde volver la cabeza, y, así, todos los días cambiaba de color al verme. Tenía una cierta mala conciencia por haberme dejado y le dolía haberme engañado con Pierre, que no valía más que yo. Pero era más joven y no tan feo. Y no es que yo sea realmente feo, pero mi cara era un poco sosa y ajada ya desde joven, y mis ojos eran de un azul aguado.

La mala pasada de Lucienne me afligió sobremanera. ¿Dónde encontrar a una persona tan bonita que me aceptara, unas piernas tan bien torneadas, una figura tan redondeada, una sonrisa tan graciosa? Cuando me abandonó me sentí insignificante y desamparado. Y entonces me di cuenta de que ocupaba un lugar importante en mi vida, de lo cual no fui consciente cuando era mía. Inclusive sufrí una crisis y tuve que tomarme un mes de vacaciones por enfermedad, vacaciones que procuré pasar en barrios alejados de mi lugar de trabajo. En realidad, lo de Lucienne sólo había sido una soledad en compañía. Eso digo ahora. Pero en la época de mi depresión, a raíz de la ruptura, me imaginaba haber perdido un paraíso. Y me decía: «¿Qué podía encontrar ella en mí? Nada más que aburrimiento, tristeza. ¿Era feliz ahora con el otro?»

Pierre ya no hablaba de sus realizaciones futuras, pero, en cambio, había echado barriga. También él parecía inhibido cuando topaba conmigo; no lo entiendo... ¿Qué puede quedar al cabo de cinco años de un drama vulgar e irrisorio? Quizá no era efectiva esa turbación que sentían al verme uno y otro. Eran figuraciones mías. Lo cierto es que hacía cinco años que yo no había conocido mujer. Me acostumbré a vivir solo. Demasiado desconfiado para intentar vivir mi vida, como suele decirse, o para hacer o rehacer mi vida. Por otra parte, ¿era realmente una vida la mía? Lo de Lucienne fue una especie de principio de algo... Lo de Juliette, tal vez un cacho de cielo azul entre nubes...

Bebimos una primera copa de vino, una segunda copa de vino, una tercera copa de vino. Antes de pedir una cuarta ronda, el patrón nos dejó. Me deseó buena suerte, no sin antes decirme que iba a ampliar el negocio, que se disponía a hacer cosas muy interesantes, que el número de sus clientes aumentaba, que no sabía cómo atender los pedidos, que contrataría personal suplementario. Tantos proyectos me hicieron

temblar... De haber conservado mi puesto, ¿quién sabe hasta qué punto se hubiera intensificado mi trabajo! Pero, gracias a mi tío de América... El patrón quería triplicar, cuadruplicar la cifra de sus negocios. ¡Cuatro veces más de trabajo para mí! Pero, en realidad, creí que todo era jactancia: la empresa continuaría su marcha ni buena ni mala, como hasta entonces. Me ahorraba otro peligro: no me ofreció que participara financieramente en su negocio. Comprendí que no lo deseaba. Su negocio estaba destinado a ser un pequeño negocio. Era demasiado miedoso para arriesgarse. Y tenía razón. ¿A santo de qué buscarse quebraderos de cabeza? En su lugar, yo habría hecho lo mismo.

Pierre y Lucienne nos dejaron con todos los demás después de la quinta copa. Todos estaban un poco achispados. Ni que decir tiene que prometí visitarlos de vez en cuando, ya que no podía olvidar los quince años pasados en la casa. A la mayoría los había visto llegar, y a otros los había visto marcharse. Había conocido al padre del patrón, a quien el hijo acababa de suceder cuando yo entré en la empresa. Lucienne, al salir me sonrió con pesar, así me pareció, con una especie de remordimiento; pero observé que tenía un cabello blanco y una pequeña arruga; era extraño: nunca pensé que pudiera dejar de ser eternamente joven. Le descubrí una lagrimita en la comisura del ojo, me envió un discreto besito con los labios cálidos. No teníamos motivo alguno para guardarnos rencor, ella y yo. Era lo bastante ingenua para imaginarse que nuestro amor no habría fracasado. Tal vez pensaba que ahora podríamos reanudarlo, si así lo quería yo. Quizá se decía: «Fue la falta de dinero, el trabajo oscuro, lo que entorpeció nuestro impulso, pero el amor mueve montañas, el amor doblega el hierro, salta las barreras, nada se le resiste, es bien sabido. Es nuestra mediocridad lo que nos lleva al renunciamento. El Gran Amor no renuncia jamás, jamás se resigna, la resignación es para los mediocres, así como el fracaso». Pobre Lucienne, que se imaginaba que en otras condiciones nuestro amor habría vencido. No, no hay condiciones objetivas. ¿Sentí alguna vez que un fuego ardiente incubara bajo las cenizas? Pobre de mí... Por más que interroge a mi alma, por más que la explore, no descubro en ella ninguna vibración profunda. En los espacios grises del interior no hay más que escombros. Tal vez en otro tiempo hubo un templo, columnas luminosas, un altar encendido. No es más que una suposición. En realidad, quizá no hubo nada más que el caos.

Jacques Dupont fue el único que se quedó conmigo en el bar. Durante trece años habíamos trabajado, frente a frente, en la misma mesa: listas, listas, listas. Hasta que el patrón no encuentre un sustituto, durante una semana o dos, el pobre deberá trabajar el doble. Y después, Dupont deberá acostumbrarse a otra persona, a sentirse enervado y fastidiado por los hábitos de otro; deberá asimilarlos con el tiempo, hasta que le parezcan naturales. Me añorará. Deberé ir a verle de vez en cuando. Esperarlo a la salida, por ejemplo. Y tomar juntos el aperitivo como antes, en una época que

seguramente le parecerá la mejor de su vida. Y le daré mi nueva dirección, sí, se la daré. Y me visitará. «Claro que sí», le dije, «claro que sí». «A no ser que ahora, que eres rico...» «De ninguna manera, de ninguna manera, ¿cómo quieres que te olvide? Nunca olvidamos nada, ni las cosas buenas ni las malas, y menos aún a una persona como tú, que...»

En pocas palabras: Dupont almorzó conmigo en el bar. Ofrecimos una ronda al dueño. Y, después, éste nos correspondió.

—Espero que nos veremos a menudo, señor. Los amigos no se abandonan así como así. Durante quince años ha comido usted en esta casa. Siempre le he servido lo mejor que pude. Hay muchos restaurantes y bares, lo sé, pero yo me precio de tratar a los clientes con una atención especial. ¿Qué les sirvo, señores?

Jacques y yo ocupábamos una mesa junto a la ventana. El día era gris. Pedimos *paté*, sardinas, buey a la borgoñesa, café, dos botellas de *beaujolais*. Repetimos los cafés. Muchos cafés, muchos estomacales. Mi compañero se fue, yo también me fui.

Tenía prisa por mudarme de casa. Hacía años que habitaba una pequeña habitación en un hotel modesto. En invierno hacía bastante calor. En verano, demasiado calor. Tenía una cama con una colcha encarnada, un armario, una silla, una mesa, un lavabo; el baño y el *water* estaban en el corredor. Como quiera que en el piso había muchas habitaciones alquiladas, a menudo se formaba cola. Con frecuencia había disputas. Me veía obligado a levantarme muy temprano para ser el primero y después me volvía a acostar durante tres cuartos de hora, ya que no entraba al trabajo hasta las ocho y media. A las nueve menos cuarto retiraban la hoja de puntualidad; por cada día que llegabas tarde te descontaban una cantidad en concepto de multa. Mi habitación estaba en el sexto piso, el último. El piso hacía mansarda y mi habitación tenía un pequeño balcón cuadrado protegido por una barandilla de hierro. Entraba mucha luz. En un rincón guardaba una veintena de libros. Hubiera querido tener más, pero no disponía de biblioteca ni de estanterías. Una vez leído un libro, lo tiraba. Sólo conservaba *Los endemoniados* de Dostoievski, *Los miserables* de Víctor Hugo, *Los tres mosqueteros*, *El conde de Monte-Cristo*, narraciones y cuentos de Kafka, Arsenio Lupin y un Rouletabille. El domingo iba al cine, solo. No tenía compañera, y era incapaz, por timidez, de abordar a una mujer por la calle, como hacía Jacques Dupont, para quien la calle era la mejor casa de citas —tal vez lo decía por jactancia—. Al salir del cine daba un paseo. Miraba vagamente los escaparates, volvía la vista con más atención para mirar a las mujeres; algunas veces iba a ver una segunda película, casi siempre policíaca, o bien me instalaba cómodamente en la terraza de una cervecería, en donde bebía doble tras doble.

Me aburría bastante. Todo el mundo sabe que no hay nada más triste que una tarde de domingo. Las parejas jóvenes con la mamá encinta que empujaba el coche del bebé, mientras que el joven papá avanzaba arrastrando a otra criatura; me daban

ganas de matarlos o de suicidarme. Pero, a partir del tercero o cuarto doble de cerveza, todo se volvía cómico y divertido. Al llegar la noche, las familias que paseaban eran sustituidas por gentes y siluetas menos lamentables. Un par de dobles más y casi me sentía feliz. Como si mi cuerpo no me pesara. Sonreía beatíficamente. Regresaba al hotel y abría la puerta de mi habitación tambaleándome. Me costaba trabajo desnudarme, amontonaba la ropa sobre la silla, de cualquier manera, y me echaba en la cama. Por precaución, siempre tenía el despertador en la mesita de noche, pero siempre, o casi siempre, me despertaba antes de que sonara. El timbre del despertador me asustaba hasta el subconsciente, y éste me despertaba unos segundos antes de producirse el campanileo. Al instante lo silenciaba y seguía en la cama unos minutos más, despierto o adormilado. Si el domingo me emborrachaba era para olvidar que el lunes empezaba otra semana. La mañana del lunes, jaqueca, la lengua pastosa, la desesperación. Lavarme y vestirme era, para mí, más aún que las otras mañanas, una tarea que me parecía sobrehumana. Una montaña. El trabajo forzado de todos los días siempre tan penoso, pero muy diferente al del domingo. Mi casa no estaba lejos de la oficina. Bajaba a la calle y sólo veía gentes apresuradas que se reintegraban, como yo, a su infierno diario. Me detenía un momento en el bar de la esquina y tomaba un café bien cargado y una copita de alcohol. Después me sentía mejor o más neutro. Por lo demás, era generalmente el lunes cuando llegaba tarde, es decir cuando ya habían retirado la hoja de puntualidad que todos debíamos firmar.

—¿Cómo pasaste el domingo? —me preguntaba Jacques—. ¿Te divertiste?

—¡Me reí hasta troncharme!

Jacques estaba casado. Le fastidiaba tener que ir a menudo al cine con su mujer. Hubiese preferido ir solo o con otra. A mí me fastidiaba ir siempre solo. Pero, una vez ante la pantalla, me olvidaba. Me habría sido difícil contar la historia de la película o películas que había visto. Arrellanado en la butaca, veía gentes que se movían, que se perseguían, que se peleaban, que se mataban unos a otros, con mucho ruido, a tiros de pistola. Jacques elegía las películas. No iba al cine a ciegas. Era un hombre cultivado. Me hablaba largamente de los filmes que había visto. Pero yo no ignoraba que se había aburrido tanto como yo mismo. Sin confesárselo. El lunes es el día más pesado de la semana, el peor. Toda la semana que seguiría, la llevaba a mis espaldas, como Atlas llevaba el mundo. El lunes por la noche me sentía descargado de la sexta parte de mi peso. Día a día, la carga se iba aligerando. El viernes, al terminar el trabajo, era casi feliz. Quedaba todavía la mañana del sábado, pero por la tarde ya éramos libres. Al mediodía me hacía servir un almuerzo alegre u opulento. Luego iba al hotel y hacía una larga siesta; pero a partir de la noche del sábado ya me invadía la angustia al darme cuenta de que sólo el domingo me separaba del terrible lunes.

Si el lunes era el día más pesado, más desagradable y más cargante de toda la semana, el domingo era el más vacío.

Pero, ¡caray!, la culpa era mía. ¿Por qué no aprovechaba el sábado por la tarde y el domingo para estudiar? Mi padre murió cuando yo tenía cinco años. Me crió y

educó mi madre. Ignoro por qué motivos estaba reñida con la familia. A causa de mi padre, probablemente, con quien ella se casó contra la voluntad de los suyos. Habían pasado muchos años desde la muerte de mi padre y ella seguía sin hacer las paces con la familia. Trabajaba mucho, la pobre; también iba a una oficina, pero el sueldo era insuficiente. Por la noche, en casa, hacía direcciones, llenaba sobres infatigablemente. Yo la ayudaba un rato; después me llegaba la hora de hacer mis deberes. Me dormía sobre los libros y los cuadernos. Mi madre sufría al ver que era tan perezoso.

—Trabaja —me decía—. Ya verás, de mayor, lo que te pasará si ahora no trabajas. Pero trabajarás, hijito, ¿verdad? Serás profesor, ingeniero o médico. Serás un gran jefe con mucha gente a tus órdenes.

Yo hubiera querido trabajar para tenerla contenta: ¡le daba tanta pena ver que era un mal estudiante! Me animaba tanto como podía y se quejaba de mi suerte, no de la suya.

—Podrías llegar a vestir un bonito uniforme de embajador, de académico, de general con condecoraciones.

Todo eso se logra a fuerza de trabajo. Muchos lo consiguen. Al fin y al cabo no eres más lerdo que ellos... Animo, hijito...

Pero mis notas eran siempre malas. Ella se mataba trabajando por mí. Hice el servicio militar. Inmediatamente después fue ella quien me encontró colocación, gracias al comerciante que le había encargado el trabajo de las direcciones y que era amigo del otro patrón que desde entonces sería el mío. Y me decía:

—Todavía estás a tiempo de hacer el bachillerato. Puedes estudiar por las noches.

Hacía unas semanas que yo trabajaba en la oficina cuando ella murió repentinamente de una congestión cerebral. Había cumplido con creces su deber, me había mantenido, me había encontrado un empleo, hasta cierto punto me había situado.

Yo estaba roído por los remordimientos, me sentía impotente. Ella había malogrado su vida dos veces: la primera a causa de mi padre; la segunda, porque yo no había respondido a sus esperanzas y no la había ayudado, no había sabido ayudarla a rehacer su vida. No quise seguir viviendo en el apartamento de dos habitaciones oscuras con cocina, escena de sus sufrimientos. Y me trasladé a un hotel modesto y tampoco nada alegre.

Así fue como me vi frente a frente con Jacques Dupont, que me contaba los mismos chistes durante horas enteras. Pero después del trabajo, mientras yo erraba de bar en bar, Jacques se instruía. Leía novelas y libros ideológicos. Se había afiliado a un partido revolucionario. Por las noches se adoctrinaba, asimilaba, probablemente mientras dormía, y al día siguiente atacaba con furor la sociedad. Y como no tenía otro interlocutor que yo, me fulminaba con la mirada, me amenazaba con el índice, de tal manera que removía mi conciencia y me hacía sentirme responsable de todos los males engendrados por el «sistema». Yo era la mala sociedad, el mal sistema, la cabeza de turco. La invectiva, con todo, duraba poco, una hora a lo más, porque el

patrón —o su secretaria—, hasta cuyo despacho llegaban fragmentos del discurso, se acercaba a nuestra mesa y nos exigía que trabajásemos. Entonces renacía la calma, y, a mediodía, Jacques y yo salíamos amistosamente para ir a tomar el aperitivo en el bar de costumbre. Por la tarde, Jacques estaba demasiado cansado para proseguir sus diatribas, y, sobre todo, debíamos trabajar de firme para ganar el tiempo perdido con sus sermones. Al salir, Jacques y yo advertíamos, en otoño, que cada día era más corto que el día anterior. A partir de enero, ora él, ora yo, observábamos que los días se alargaban un minuto en relación con el anterior.

Yo no me sentía sublevado. Tampoco estaba resignado, porque ignoraba el objeto de mi resignación, a la clase de sociedad que me proporcionaría la felicidad. No estaba ni triste ni contento, estaba preso, de pies a cabeza, en una cosmogonía que no podía ser diferente, y veía que no era tal o cual tipo de sociedad lo que podría cambiar en nada aquel estado de cosas. El universo había sido hecho de una vez por todas con sus noches y sus días, los astros y el sol, la tierra y el agua, y cualquier cambio sobrepasaba las posibilidades de la imaginación. Arriba estaba el cielo, la tierra sostenía mis pasos, existía la ley de la gravedad y otras leyes; todo el orden cósmico estaba sometido a ellas y nosotros éramos parte de este orden. Sin embargo, me había sublevado dos o tres veces. En cierta ocasión, después de un almuerzo de negocios, los comanditarios o los miembros del consejo de administración vinieron a inspeccionar la oficina. Veinticuatro horas antes nos habían anunciado la visita. Barrieron, limpiaron, nos presentamos recién afeitados, nos dieron una bata de trabajo limpia y bien planchada y así esperábamos a aquellos señores. Conducidos por el patrón, penetraron en nuestro despacho. Nos pusimos de pie. No nos dieron los buenos días ni nos devolvieron nuestro saludo; ni siquiera nos miraron. Examinaron los archivos, los expedientes, escucharon las explicaciones del patrón. Algunos no se quitaron el sombrero. Otros iban con la cabeza descubierta. Pero, todos ellos, seis o siete, ofrecían una cara congestionada, consecuencia del banquete que acababan de celebrar. Y todos lucían una pequeña cinta roja en el ojal.

Tan pronto como desaparecieron, Jacques Dupont aulló:

— ¡Y pensar que los mantenemos nosotros! ¡Engordan con nuestro sudor y nuestro trabajo!

La afirmación de Jacques Dupont me pareció excesiva en la forma, ya que ni él ni yo sudábamos ni pizca a causa de nuestro trabajo, bien sentados en cómodas sillas. Así pues, mi cólera duró poco: «Rubicundos como están», me decía, «no tardarán en morir de un ataque de apoplejía». ¿Y qué éramos nosotros, Jacques Dupont y yo? Dos desgraciados en medio de tres mil millones de insectos. Los comanditarios eran asimismo seis o siete, también en medio de los tres mil millones de seres de nuestra especie. ¿Cómo y por quién podrían ser sustituidos? Cambiase o no cambiase la sociedad, yo era uno más de los que son arrastrados por unos cuantos.

Y, con todo, me sentía física y moralmente incómodo. No sabía cómo moverme para eliminar aquella incomodidad o para sentirla lo menos posible. En ciertos momentos de mi vida, sobre todo en mi adolescencia, habíame sentido turbado por el misterio universal. Nuestro entendimiento no puede concebir un universo infinito. Y, sin embargo, en la escuela y en todas partes me habían dicho y repetido que el universo era infinito. Y luego me dijeron que el universo era finito y no infinito, y esto me parecía aún más inconcebible, por así decirlo. Porque, si era finito, ¿qué había «después»? Es probable que el universo no sea finito ni infinito, porque las palabras finito e infinito son expresiones que no significan nada. Si no podemos imaginarnos ni lo finito ni lo infinito, ni el ni-finito ni-infinito, cosas tan elementales, tan simples, que todo el mundo debería poder concebir, ¿qué podemos hacer si no dejar de pensar? Nuestra razón naufraga en el caos. ¿Qué podemos saber de la justicia, del orden físico, de las leyes de la naturaleza, del mundo, si las bases fundamentales de nuestro entendimiento posible nos son desconocidas? Sobre todo, no pensemos. No pensemos en nada. No juzguemos nada. De otro modo me volvería loco. Pero ¿qué es un loco? Otra pregunta que no debemos hacernos. Y es así como he podido vivir durante años y dentro del instante, un instante sin comentarios, un instante indefinido. Sin embargo, este instante tenía historia, ya que hubo una Lucienne, una Juliette, una Jeanine. Porque hubo un tiempo, unos fines de semana que yo empezaba a sentir como algo pesante, desagradable, algo que era yo y no era yo. El malestar de ser y el tedio, a pesar mío, a pesar de mi filosofía simple y rudimentaria, el tedio y el malestar se habían apoderado de mí, habían penetrado en mi ser en contra mía, a pesar de mí, a pesar del escudo del no-pensamiento. Llegar al trabajo todos los días ya no era un hábito, era una constricción. No me lo explicaba. Nada puede explicarse. Pero lo soportaba. Y, sobre todo, no ver más a Jacques Dupont, ni a Pierre Ramboule, ni al patrón, era como una felicidad. Partir, libremente. Veía, pues, que dentro de la incomprensión absoluta había pequeñas cosas comprensibles. Si no podíamos comprender el universo ni definir sus grandes leyes, podíamos, por lo menos, maniobrar en un universo pequeño, en el interior del gran infinito o ni-finito ni-infinito.

Estábamos a primeros de octubre. Todavía continuaba el buen tiempo y el calor. Me puse a buscar piso. Primeramente pensé habitar en una amplia avenida, con muchos árboles. O más bien frente a un parque, las Buttes Chaumont, por ejemplo. Luego me dije que quizá sería mejor habitar en Versalles, alrededor del parque. Pero allí no había nada, salvo los edificios oficiales o viviendas demasiado caras. En efecto, debía tener muy en cuenta el precio. Necesitaba vivir largo tiempo de mis rentas. Con el coste de la vida en continua alza, ¿cuánto tiempo resistiría mi capital? Era preciso que colocara mi dinero. Me aconsejaron la adquisición de acciones u obligaciones, pero la Bolsa no era mi fuerte y no me inspiraba confianza. ¿Y si participara en una empresa rival de aquella en la que había trabajado? El gerente del pequeño hotel donde me hospedaba quería renovar el negocio; no quería que

continuara siendo un hotel para pequeños empleados como yo había sido hasta entonces —felizmente ya no lo era—. No podía comprar una alquería; no entendía nada acerca del trabajo de la tierra, y nunca pasé más de cuarenta y ocho horas en el campo. La oferta del gerente del hotel me tentó durante unos días. Su propósito era convertir el establecimiento en un hotel de pasaje. Pero después me dije que tendría demasiados problemas con la policía y con los clientes indeseables. El gerente me aseguraba que tenía amigos en ambos lados. Eso no me tranquilizó. Lo mejor que podía hacer era no liarme con hombres de negocios. Durante el día buscaba casa y por la noche me revolvía en la cama y no podía dormir pensando en aquel dinero que me había caído del cielo y que quería invertir de una manera segura. Una mañana, al alba, me vino a la memoria una frase que había oído en no recuerdo que conversación, tiempo atrás, antes de recibir la herencia: «La mejor inversión son las paredes». Sí, exactamente: compraría casas y las alquilaría. Pero ¿a quién las alquilaría? ¿A personas que no pagarían o pagarían mal, o que maltratarían la finca y me impedirían subir el precio del alquiler como suben sin cesar las subsistencias?

Con todo, por la mañana, dejaba mi habitación y me lanzaba a la calle, a las diez o las once, silbando alegremente. Aquella libertad me hacía feliz, pero pronto me daba cuenta de que la cosa no era tan divertida como parecía y que mi felicidad no era plena. ¿Me había liberado de un peso? ¿Del peso de vivir? En realidad, ya nací abrumado. El universo me parecía una especie de jaula grande, o más bien una especie de inmensa cárcel; el cielo, el horizonte me parecían unos muros más allá de los cuales había probablemente algo más, ¿pero qué? Me encontraba en un espacio enorme, pero cerrado. O tal vez en una especie de gran nave en cuyo interior viajaba, y el cielo era como una gran tapadera. Había multitudes de prisioneros. Me parecía que la inmensa mayoría de esos prisioneros no tenían conciencia de su condición. ¿Qué había más allá de las murallas? Con todo, me daba cuenta de una cosa buena: el presidio diario, la pequeña cárcel contenida dentro de la grande, me había abierto la puerta. Y podía recorrer las grandes avenidas de la prisión mayor. Este mundo podía ser comparado a un parque zoológico en el cual los animales vivían en una especie de semi-libertad, con falsas montañas y bosques y lagos artificiales, pero al final se levantaban siempre las rejas.

Con todo, necesitaba encontrar un apartamento. Busqué algo en las casas en construcción. Pero ver las paredes inacabadas me ponía enfermo. Los muros a medio hacer me hacían pensar en los muros de una prisión, más aún que las paredes de las casas viejas. Uno tiene la impresión de que las paredes de las viejas casas son muros más o menos usados, a través de los cuales, con el tiempo, podemos llegar a percibir el exterior. Incluso si este «exterior» no es otra cosa que otro «interior» más vasto. Por lo que se refiere al dinero, había encontrado un buen arreglo. Dividí mi capital en tres partes y se las confié a tres notarios que se comprometieron a darme el 7 por ciento de interés. Esos notarios prestaban dinero a diferentes personas que edificaban casas. Cuando los prestatarios habían reembolsado toda la deuda, los notarios

encontraban otros deudores, hacían nuevos préstamos. Creí que era la fórmula mejor, ya que los notarios pensaban, como yo mismo, que era una imprudencia comprar títulos, acciones u obligaciones en estos momentos de crisis financiera y económica universal. Por fin encontré un piso. Un piso que no recordaba en absoluto el pequeño apartamento triste y húmedo donde había vivido con mi madre, ni tampoco, naturalmente, mi habitación del hotel.

Era un apartamento situado en un suburbio no muy alejado del centro. En el tercer piso de un edificio ni viejo ni nuevo, de construcción bastante sólida, que databa de 1865. El vestíbulo era oscuro. Al entrar, a mano izquierda, estaban los retretes. A continuación la cocina. Las paredes estaban bastante sucias, pero una mano de pintura las adecentaría. A la derecha, una puerta vidriera daba a una gran sala con tres ventanas; era clara y espaciosa. Decidí convertirla en sala de estar y comedor. La entrada doblaba a la izquierda y conducía al cuarto de baño y a dos habitaciones. Las piezas de la parte trasera daban a un patio. Una de esas habitaciones sería mi dormitorio. Y la otra ¿a qué la destinaría? Sería el cuarto trastero y de armarios para la ropa, y también una especie de vestidor. La gran sala hacía esquina. Dos ventanas daban a la avenida, y la otra a una callejuela de chalets con jardín o patio delante o detrás. Por la avenida pasaban grandes camiones y autobuses que hacían temblar ligeramente la casa. El ruido no me molestaba. La parada de los autobuses estaba frente a las dos ventanas, en la otra acera. A mi alrededor había todo lo conveniente. A dos pasos del edificio, un bar-restaurant donde podría comer. Dos casas más allá, una lavandería automática. Cerca de la parada del autobús, un quiosco de periódicos, un estanco y una tienda de electrodomésticos. Pero la otra ventana sólo permitía ver la callejuela de chalets. Daba la impresión de hallarse muy lejos, en una pequeña ciudad de provincia. Enseguida me di cuenta del partido que podía sacar de aquella doble vista. En tres metros viajaría de la gran ciudad al campo. Decidí instalarme en el nuevo piso lo antes posible. El vendedor del apartamento era una anciana que acababa de enviudar. La señora hacía sus proyectos: iría a vivir con una sobrina soltera que trabajaba de cajera en unos almacenes, y que disponía de un pisito con dos dormitorios. Era suficiente. La sobrina quería retirarse. Con la pequeña jubilación y la mensualidad que la vieja señora le pagaría, podrían vivir ambas modestamente, pero bastante confortablemente, mucho tiempo. Quizá unos diez años, y hasta quince, si sabían administrarse. La señora no viviría más de quince años; y la sobrina, con el dinero que obtendría de un pequeño apartamento que tenía en la Costa, que podía vender a cualquier americano, encontraría una plaza en un asilo de ancianos de los buenos.

A cien metros de mi casa había una tienda de muebles. Felizmente no era un anticuario, y los muebles que ofrecía eran nuevos y relucientes. No tenía grandes existencias, pero podía encargarse lo que me conviniese en un taller importante. La mercancía era buena, fabricada por artesanos hábiles y honrados. En la sala, adosado a la pared de la derecha, dispuse fuese colocado un gran aparador de color amarillo;

el estilo del mueble era incierto. Del 1925, me dijo el vendedor, algo reformado según un modelo más antiguo. Era obra de uno de nuestros artistas, un artista de las Galerías Centrales. En medio de la sala puse una mesa redonda para seis personas, pero que podía alargarse hasta dar cabida a diez personas. Nunca tendría tantos invitados, pero, en fin, quién sabe; tal vez haría las paces con mis primos, sobrinos y sobrinas de mi madre. O tal vez haría amistades en el barrio. Quizá me volvería sociable. Encargué diez sillas, también amarillas y sólidas. Coloqué seis alrededor de la mesa. Las cuatro restantes las arrimé a la pared, bien repartidas. No puse alfombras, salvo debajo de la mesa, una alfombra redonda, de un rojo rosado. Pero como también gusto de la comodidad, instalé dos butacas en la parte destinada a salón. Frente a una de las ventanas que daba a la avenida, puse una butaca azul. Junto a la ventana que daba a la callejuela, un canapé también azul. Tendido en el canapé leería el periódico; dispuse fuese colgada una lámpara en el techo. Y en la pared, sobre el canapé, instalé un candelabro naranja. Unas cortinas en las ventanas: unas cortinas dobles de color encarnado, adornadas con hojas verdes, daban una impresión de comodidad y de riqueza. Puse un reloj de péndulo cerca del gran aparador. Ordené fuese encerado el *parquet* porque los *parquets* me gustan bien encerados. Primeramente pensaba instalar luz fluorescente, pero me lo desaconsejaron. Sólo la instalaría en la cocina. La gran pieza tenía un bello aspecto con sus muebles nuevos. Una cocina moderna sustituyó a la vieja. En el dormitorio puse una gran cama capaz para dos o tres personas. Me gusta una cama espaciosa, porque me muevo mucho durante la noche. Compré un armario y una percha de pie. Junto a la ventana había una pequeña butaca tapizada con una tela floreada; y unas cortinas de la misma tela de la butaca y el cubrecama, verde y rosa.

Compré cubiertos, y platos, y tazas del mismo modelo con rosas dibujadas; y un servicio de café para dos. Las cucharas eran de plata, y las tazas con los bordes dorados. Lo coloqué sobre el aparador en una bandeja china. Únicamente utilizaría este servicio para el desayuno de los domingos, me dije.

También compré lencería, sábanas, fundas para las almohadas. Y un traje nuevo de buena confección para los días de fiesta: un magnífico traje gris a cuadros. Los trajes muy usados los dejé en el hotel; sólo me llevé una chaqueta marrón y unos pantalones de terciopelo negro. De mis libros, conservé *Los miserables* de Víctor Hugo y *Los tres mosqueteros* de Alejandro Dumas, a los que añadí *Veinte años después* y *El vizconde de Bragelonne*.

Todavía no dejé el hotel; necesitaba encontrar una sirvienta para el cuidado de la casa. Me era imposible manejar una escoba, y aún menos un aspirador. Los últimos días que pasé en el hotel fueron días de alegría y a la vez de melancolía. Todo un pasado: Jeanine, Juliette y Lucienne, el pequeño trayecto diario hasta la oficina, el bar, todo era ya historia. Así es la vida: toda una existencia de papeleo y de polvo en la oficina, la cama del hotel, que a menudo, al regresar a casa por la noche estaba como la dejé al levantarme, a causa de la escasez de personal, que allí se reducía a

una vieja criada jorobada que era un verdadero burro de carga. El despertar, la carrera desenfrenada hasta la oficina, con la esperanza de poder firmar la hoja de puntualidad, la alegría de llegar a tiempo, la rabia de llegar treinta segundos tarde, todo ello me parecía, ahora que lo había perdido, revestido de una especie de felicidad, una belleza del polvo, de la calle llena de gente que se precipitaba como yo al trabajo, de centenares y centenares de caras grises, rostros que no eran sino las nubes que ocultaban el sol que todos llevamos dentro sin saberlo. El pasado es siempre bello y tierno, y lo añoramos; de ello nos damos cuenta cuando ya es demasiado tarde. Es necesaria cierta perspectiva, y lo mismo da ser ministro o chupatintas, millonario o vagabundo. ¡Sí, sí! El mundo lleno de sol lo llevamos dentro, la alegría podría estallar en cualquier instante si supiéramos la verdad, si la supiéramos a tiempo. ¡Cuán bella es la fealdad, cuán alegre la tristeza! El tedio es debido no más que a nuestra ignorancia. El frío más glacial no puede resistir al calor del corazón. A condición de saber cuál es el botón que hay que apretar para que se encienda. Lo añoramos todo, lo que prueba que fue bueno.

Esas ideas eufóricas me vinieron a la mente cuando me encontraba junto al mostrador del bar, después de trasegar algunas copas de alcohol. Era preciso contenerse. No beber demasiado, ya que entonces se os impone la visión inversa, y la grisalla y la angustia os envuelve, y uno se arrepiente de haber vivido por nada en un mundo de miseria. La gracia que os procura el alcohol es precaria. La gracia o la lucidez. ¿Cuándo despierto a la verdad, cuando no veo más que miseria y pestilencia, o cuando pienso que toda la existencia, que toda la creación es un mes de mayo florido y luminoso? Pero no sabemos nada. No tenemos el derecho ni la posibilidad de juzgar; debemos tener confianza. ¿En quién?

Me di cuenta de que pensaba demasiado, yo que me había jurado no pensar en absoluto; no pensar es lo más juicioso, ya que, de cualquier modo, nadie entiende nada de nada.

Filosofo demasiado. He aquí mi error. Sin tanta filosofía hubiera vivido más feliz. Uno no debe filosofar si no es un gran filósofo. Y aun los grandes son pesimistas, o llegan a conclusiones que no podemos comprender. O bien nos proponen la explosión de todos nuestros deseos. ¿Adónde iríamos a parar? La mitad de los hombres, por lo menos, tienen deseos exasperados o reprimidos. Si dejasen explotar sus deseos, si se liberasen de ellos, se matarían unos a otros, o tal vez se suicidarían; pero aunque se mataran entre sí, aunque dejasen explotar sus deseos, no podrían hacerlo porque la policía se lo impediría. A menos que los policías también quisieran hacer explotar sus deseos, tal solución es imposible, salvo en el caso de una revolución, en que las personas se matan unas a otras diciendo que lo hacen para permitir que la gente viva, viva mejor. La revolución instala la tiranía, la instala aprisa, y los deseos más violentos quedan entonces encadenados. Pero hay muchísima gente que no desea la

explosión de sus deseos porque no se confiesan sus deseos a sí mismos, o porque no son bastante fuertes, o porque no tienen deseos. Yo no tengo deseos, o tengo pocos, o ya dejé de tenerlos. Si los tengo, no vale la pena de hacerlos explotar o de sobreexcitarlos. Con todo, tal vez sí que los tengo. Pero duermen. No hago nada para que despierten. Que me dejen en paz. Que los deseos de los demás me dejen tranquilo y no pretendan arrastrarme con ellos. Deseo, sobre todo, no tener deseos. No obstante, me doy cuenta de que no me faltan. Pero el deseo de las mujeres ha cesado. Espero que para siempre. Por otra parte, el deseo era débil. Lo cual me ha salvado de las mujeres, pero, en cambio, no he perdido el deseo de beber vino. El vino despierta un poco o mantiene un ligero deseo de vivir. De otro modo, todo se habría apagado y ya estaría muerto.

A menudo pienso que soy desgraciado por culpa de los periódicos. En todo el planeta no hay sino matanzas en masa, rebeliones, crímenes pasionales, terremotos, incendios, anarquías y tiranías. No es de extrañar que esté siempre taciturno. Tal vez leo demasiado la prensa. Dejaré de leerla. Tenemos la suerte de vivir en el último rincón del planeta donde todavía estamos relativamente tranquilos. Aprovechémoslo. «¿No le da vergüenza vivir por nada?», me preguntó un día Pierre Ramboule, o Jacques, no recuerdo cuál de los dos. Si me escruto, llego a la conclusión de que no me avergüenza: ¿es mejor incitar a los demás a matarse entre sí, o vale más dejarlos vivir y morir como buenamente puedan? No siento la necesidad de responder a esta pregunta.

La camarera del hotel tenía una hermana que también era jorobada, me dijo ella, pero más joven y muy trabajadora, porque, aparte la joroba, gozaba de muy buena salud. Vivía cerca de la puerta de Châtillon, no lejos de mi nuevo domicilio.

Recogí mi última maleta. Me despedí definitivamente del hotelero. Pedí que llamaran un taxi. La gente salía del trabajo —era la hora de almorzar—. Muchos de mis antiguos colegas comían en la cantina organizada por el patrón, en colaboración con otros empresarios. Alguna vez había comido allí; hacían un plato de patatas con arenques muy bueno. Lloviznaba. Subí al taxi.

Atravesar París lleva mucho tiempo, ¡qué barahúnda! ¡Cuántos embotellamientos a una hora en que la mayoría de la gente debería estar almorzando! La distancia entre la Estación del Norte y la avenida de Châtillon era grande. Calles y más calles, todas parecidas; los transeúntes también eran parecidos. Decenas de miles, hombres y mujeres, todos semejantes, circulaban apresurada y rectamente cual si tuviesen un objetivo determinado, preciso que cumplir. Habríase dicho una ciudad poblada de perros. Sólo los perros andan así, con el aire de saber a dónde van. En el puente Saint-Michel ya no llovía. En la calle de las Ecoles lucía el sol. Pero por doquier gente y más gente, hombres y mujeres, todos parecidos. Como si una o dos personas se hubiesen multiplicado indefinidamente. Llegamos a mi nueva casa a la una y diez.

Entré con mi maleta, saludé a los porteros, una pareja de jubilados, él alto, gordo, rubicundo; ella más pequeña, el pelo cano, el aire desconfiado y arisco, naturalmente. La mujer cree que realmente es una portera. Ya la tenía vista de cuando visitaba la casa antes de comprar el apartamento. Representaba su papel de portera tan a la perfección, que hubiérase dicho que no era otra cosa, una mujer, por ejemplo. Me dijo:

—Su criada ha llegado, señor. Le he dado la llave. Está arriba, en su apartamento.

—Sí, yo mismo le dije que subiera.

No era difícil subir la escalera con mi maleta. No era muy pesada.

—Mi marido le ayudará...

—No, no es necesario.

—¿De verdad no quiere que le ayude a llevar su maleta? —me dijo el portero.

Mi apartamento estaba en el tercer piso, a la izquierda. Llamé. La criada, que se llamaba Jeanne, me abrió. Después de la entrada, más bien oscura, a la derecha, estaba la sala de estar. Era muy clara, no había nubes, y por encima de los tejados de las casas de la calle que parecía de ciudad provinciana, brillaba el gran cielo azul. En el umbral de uno de los chalets, dos mujeres conversaban. Más lejos, a mano derecha, en la acera, dos hombres con aire de jubilados platicaban igualmente. Por la otra ventana, la que daba a la avenida de Châtillon, todo era gente, ruido, el autobús. De nuevo observé la diferencia entre la calma de la callejuela y los rumores y el movimiento de la avenida.

—He trabajado bastante, ¿sabe usted? —me dijo Jeanne.

Sí —contesté—. El *parquet* está bien encerado. Hay que andar con cuidado para no resbalar. Me gustan los pisos bien encerados. Y el aparador brilla de lo lindo. Gracias, Jeanne.

Me ayudó a quitarme el abrigo y lo colgó en la percha del corredor.

—Sería mejor cambiarla de sitio. Alejarla un poco más de la cocina, para evitar que la ropa huelga a grasa. He comprado carne en la carnicería más próxima, una escalopa. ¿Quiere usted que se la prepare?

—No —dije—. Guárdela para mañana en la nevera. Mañana volverá usted, ¿verdad? Hay que mantener limpia la casa. Las sábanas me gustan bien limpias, y también la vajilla.

—Sí —respondió la mujer—. En el hotel donde se hospedaba, las cosas no debían pecar de limpias.

—Por eso me he mudado. No abra usted la maleta. Mañana nos ocuparemos de ella.

Tenía apetito y prisa por conocer el pequeño restaurante de la esquina.

Bajé los tres pisos con la mano en la barandilla mientras observaba la alfombra gastada. Imposible saber el color que un día tuvo. En los bajos estaba la portera; le

dediqué una sonrisa a la que correspondió con un rechinamiento de dientes, rictus de difícil interpretación. Todavía me miraba con recelo: no se ganan fácilmente las gracias de la gente. Abrí la puerta vidriera que da al pasillo y lo recorrí. Una vez en la calle doblé a la izquierda y me encontré en la callejuela tranquila; de nuevo a la izquierda, y unos pasos más allá me envolvió el ruido de la avenida. Mucha gente esperando el autobús en la parada; la mayoría debían ir a sus casas a comer y después cogerían otra vez el autobús para volver al trabajo. Un gran camión me los ocultó por un instante. Reaparecieron, llegó el autobús y todos se agolparon a las puertas que iban a abrirse. A mi lado había una empresa y varias oficinas. Me felicitaba por no tener que coger el autobús, por no tener que almorzar con prisas. Empujé la puerta del pequeño restaurante. Casi todas las mesas estaban ocupadas por obreros y pequeños empleados que comían más tranquilamente que los que debían coger dos autobuses; hacían tiempo. Un cliente se levantó y dejó la mesa. Era una mesita para una persona o dos, en un rincón, junto a la ventana. Me instalé en ella. Me senté de espaldas a la sala porque era poco agradable ver toda aquella gente con la cabeza inclinada sobre el plato. Prefería mirar por la ventana. La camarera retiró el plato y los cubiertos del cliente que acababa de marcharse. Pronto volvió para cambiar el mantel de papel manchado de vino tinto y poner platos y cubiertos limpios. Pedí unos filetes de arenque con patatas fritas, buey a la borgoñesa, camembert y media botella de *beaujolais*.

—No, tráigame más bien una botella. Si no me la tomo toda, guárdemela para mañana, ya que tengo la intención de comer aquí todos los días.

Afuera, la circulación continuaba. Sin interrupción pasaban coches amarillos, rojos, negros, algunos taxis, peatones presurosos, muchachas, empleadas con vestidos muy cortos de colores vistosos, que contrastaban con sus caras más bien tristes o preocupadas por la prisa o por otros problemas. El día era gris. No llovía.

Era la primera vez que contemplaba realmente el espectáculo diario de aquella calle. Me pareció muy interesante. Y hasta apasionante. ¡Tanta gente, tantos rostros diferentes y tantos pensamientos probablemente idénticos! O casi. El amigo, la amiguita, dónde pasar las vacaciones ya próximas, el hijo que vendrá y que nadie esperaba, los hijos ya nacidos y que se dejan en la guardería cuando son dos a trabajar. Viejos que todavía trabajaban. Ese anciano ya jubilado con una pequeña pensión, que piensa en la muerte que no estaba lejos, que ya le tendía los brazos. Es curioso. Las cosas son así desde hace siglos. Y luego los colegiales, y las maestras, y los profesores. Dondequiera, en otras calles, en otros barrios, la gente rica. «Pero también yo soy un hombre rico», me dije con satisfacción. Un hombre rico en un barrio de pobres. Tal vez hubiera podido vivir en otra parte, en el distrito sexto, por ejemplo, en casas con hermosas escaleras y porteros bien educados. Mi ánimo experimentaba cierta melancolía, tristeza, y al mismo tiempo cierta fatiga, cierta

inapetencia, y la sorpresa de ver a la gente moviéndose, con sus coches o sin ellos, afanándose, precipitándose, todos en movimiento. Así pues, resulta que nos movemos. ¡Es bien extraño! La camarera me sirvió el filete de arenque con patatas fritas y salí de mi ensueño. También me trajo el *beaujolais*. Me escancié un vaso y, al levantarlo para beber, una nube se entreabrió y el sol inundó el mantel blanco de mi mesa, y el plato, y el arenque, y la botella. Bebí el vaso de un trago, y fue como si el sol entrara también dentro de mí. ¡Cuánta alegría podemos sentir cuando nos mantenemos aparte y no hacemos otra cosa que mirar! Todavía era joven, aún podía haber muchos días soleados en mi vida. Volví la vista y miré a toda aquella gente que comía. Eran otros bajo otra luz. Me incliné de nuevo sobre mi plato. Yo estaba allí para comer como de costumbre, por costumbre, sin apetito. Y ahora tenía hambre, de repente, a causa del sol. Comía con gana el buey a la borgoñesa, el queso, agoté la botella, tomé un café inútil, ya que el café no me gusta. Por eso pedí, después del café, un pastel de chocolate con nata fresca. Todavía permanecí un rato contemplando a la gente de la calle como quien contempla un espectáculo nuevo. Me sentía bien. Me sentía muy bien. Sin el menor deseo de marcharme, pero debía hacerlo, ya que era el último cliente que quedaba en el restaurante. Me levanté de mala gana, saludé a los dueños al pasar y me encontré en la calle. La idea de que podía continuar mirando la calle desde mi casa, por la ventana, sentado o tendido en el canapé, me llenó de alegría. Doblé la esquina, atravesé la callejuela con sus chalets y sus pequeños jardines, y, bajo la impresión de haber hecho un largo viaje, entré en mi casa. La portera apartó ligeramente la cortina, me miró y volvió a cerrar la cortina. Subí la escalera y en el segundo piso me crucé con una señora que bajaba con un perrito que ladró al verme.

—Pillín, cállate —dijo la señora al perro; después a mí—: Discúlpeme, señor; ladra a los que no conoce, pero luego se acostumbra...

—No hay de qué, señora, no hay de qué.

Subí hasta el tercero y llamé a la puerta. No hubo respuesta. Jeanne, pues, ya había salido. Saqué la llave de mi bolsillo derecho, abrí y entré. De la sala de estar llegaba un poco de luz. Entré en la pieza soleada. La sirvienta había hecho un buen trabajo: todo estaba limpio y lucía, el *parquet*, la mesa, el gran aparador. De pronto me di cuenta de que no había comprado el diario de la tarde. Salí de nuevo del apartamento, cerré con llave y bajé los tres pisos. La portera me miró a través del visillo. Llegué hasta la esquina, doblé a la izquierda, otra vez a la izquierda; el vendedor de periódicos estaba en la acera de enfrente. Esperé un momento, y, cuando los coches y dos motocicletas se detuvieron ante el disco rojo, atravesé y compré el periódico; después esperé que la circulación se detuviera en sentido inverso. Inmediatamente atravesé la avenida, doblé a la derecha, y, después de unos pasos, otra vez a la derecha. Anduve un poco y entré en casa. La portera apartó de nuevo la cortina y me miró. Volví la cabeza hacia ella. Al darse cuenta de que la miraba, corrió la cortina. Subí hasta el primer piso; deseaba beber un trago tendido en el canapé.

Había olvidado decir a Jeanne que me comprara una botella de coñac. ¿Volvería a bajar? Estuve indeciso unos momentos hasta que decidí volver a la calle. Una vez en el vestíbulo miré en dirección a la portera, esperando que no me vería. Pero la mujer volvió a entreabrir la cortina y luego volvió a correrla con presteza; la cortina se agitó ligeramente.

Recorrí el pasillo, doblé a la izquierda, después di unos pasos, y de nuevo doblé a la izquierda. Dejé atrás el restaurante: en la esquina había una tienda de vinos y licores. Por suerte, no estaba cerrada. Compré una botella de coñac. Luego deshice el camino; pasado el restaurante, doblé a la derecha, después doblé la esquina y entré en casa con el aire más digno que pude, ocultando la botella. La portera apenas recorrió un centímetro la cortina. Subí de nuevo el primer piso, me detuve un instante para respirar. Continué la ascensión hasta el segundo piso y me detuve en el segundo rellano para respirar un poco más. Después, con la mano en la barandilla, alcancé el tercer piso, me dirigí a la puerta de mi apartamento, a mano izquierda, busqué la llave en el bolsillo derecho: no estaba. Quedé turbado un instante. La busqué en el bolsillo izquierdo. La palpé, recordé haberla puesto, por excepción, allí. Dejé la botella sobre el felpudo, abrí la puerta y la cerré con llave tras de mí. No había encontrado a nadie por la escalera, la gente debía estar en su trabajo. Entré en la sala grande. Dejé la botella y el periódico cerca del canapé y volví al vestíbulo, donde me quité el abrigo y el sombrero. Otra vez en la sala, saqué un vaso del aparador y, tras haber contorneado la mesa, me tendí en el canapé junto a la ventana. Me incorporé para quitarme los zapatos y me tendí de nuevo en el canapé azul. Volví a incorporarme para abrir la botella y verter una buena cantidad de coñac en el vaso que había sacado del aparador; volví a tapan la botella y bebí el coñac de dos tragos. Cogí el periódico y me tendí de nuevo. El respaldo del canapé era poco inclinado, lo que me permitía contemplar mis calcetines verdes. En primera página el periódico reseñaba una catástrofe aérea. En alguna parte, en pleno Pacífico, un avión había desaparecido con ciento veinticinco pasajeros a bordo y los siete tripulantes. Contemplé las fotos de las dos azafatas. Las fotos eran malas. Imposible saber si las muchachas habían sido hermosas. Debían haberlo sido, según las informaciones que daba el periódico. Una de ellas medía un metro sesenta y siete, y la otra un metro setenta y dos. Habían sido rubias. Era una de las grandes catástrofes aéreas. Desde mucho tiempo no se había producido otra tan importante. Me imaginaba a la azafata, la que medía un metro sesenta y siete. Un metro setenta y dos, era quizá demasiado para una mujer. Tal vez se había parecido a Lucienne. Debía de haber tenido unas bonitas piernas, y el uniforme azul marino y el gorro debían sentarle muy bien. ¿Tenía los ojos azules o negros? Azules tal vez, ya que era inglesa y no norteamericana. Yo sólo había tomado el avión dos veces: una vez para ir a Marsella, pero la vuelta la hice en tren, porque en el avión no me había sentido nada tranquilo. La segunda vez había ido a Niza para despedirme de una tía que agonizaba. Esa vez me había sentido más tranquilo y más satisfecho. El viaje fue espléndido, volábamos a través del azul del cielo, por encima

de las nubes. Pero tampoco esa vez volví en avión. Volví en coche con tres amigos: una pareja de media edad y su hijo, que tenía veinticinco años y estudiaba medicina, el último año de medicina. Habría podido haber hecho viajes más largos. Los debería hacer ahora, ya que era rico: ir al Japón, o a América del Sur. «Los haré», me decía; «descansaré durante cierto tiempo, tal vez un año, y después, quizás, empezaré otra vida, una vida de aventuras y placeres, pero no por el momento. Todavía no estoy en disposición de hacer largas diligencias, telefonar a una agencia de viajes, ir a la agencia de viajes, llenar las formalidades que exige la obtención de un pasaporte. Comprarme ropa propia para los viajes. Vestidos elegantes. Tal vez más tarde». Desde mi canapé veía el cielo azul: era esto lo que me hacía sentir deseos de volar. Sin embargo no podía decir que me encontrara mal tendido en el canapé. Volví los ojos al periódico: otro secuestro de un niño, y la guerra un poco por doquier. «Soy egoísta», me dije. ¡Me sentía tan feliz por no tener que hacer la guerra! Y no tener hijos también era una suerte: uno tiembla por ellos. Pero, por ahora, por ahora era feliz al no verme obligado a ir a la oficina. Era libre. Bebí un segundo vaso de coñac, contemplé el cielo, me incorporé para ver a la gente que se agitaba por la avenida; luego me dirigí a la otra ventana, y me encanté con la callejuela tranquila con sus pequeños chalets. Bebí un tercer vaso de coñac, cogí la botella y la puse de nuevo dentro del aparador. Di unos pasos por la estancia, contorneando varias veces la mesa. La luz, el coñac, la libertad, todo me llenaba de alegría. ¿Y si me echara a la calle? ¿Si me llegara hasta la oficina, a esperar a mis ex compañeros de trabajo? ¿Para qué? Estaba bien donde estaba. Habría tiempo para todo. Me tendí de nuevo en el canapé. Permanecí un rato inmóvil. Ora abría los ojos, ora los cerraba. Era un ensueño sin sueños. Me adormecí.

Luego me levanté. Salí de la sala, recorrí el largo pasillo, que hacía un recodo, inspeccioné el dormitorio. El papel que cubría la pared era de flores, rosas sobre fondo blanco. Me gustan mucho las flores. A lo mejor, a quien gustaban era al empapelador. De todas maneras estaba de acuerdo en tener flores por doquier: en la cama, en la butaca, en las paredes. Da alegría, por la mañana, despertarse entre tantas flores. No me recuerdan el campo, pero sí cierto jardín de mi infancia, en donde un amigo de mis padres, horticultor de afición, había llenado su jardín de flores de todas clases. Pero ya lo vería mañana, al despertarme. Volví al pasillo sombrío que era muy largo. A mano derecha, al salir del dormitorio, estaba el cuarto de baño. Entré en él, le eché un vistazo. «Es mi cuarto de baño», me dije, «ya no tengo que hacer cola todas las mañanas como en el hotel, donde todo el piso se precipitaba a los lavabos». También me gustaba aquel pasillo oscuro; tenía algo de misterioso pasearse por él. Hacía pensar en un subterráneo o en los corredores secretos que recorrían las bellas cortesanas para llegar sigilosamente a las estancias del señor. De nuevo en la sala de estar, miraba hacia el lado de la avenida, y luego hacia el lado de la calle tranquila. Estaba indeciso. Si me apresuraba, todavía llegaría a tiempo para encontrar a la salida a mis ex compañeros de oficina. Reflexioné un instante; me dije que todavía había

cosas por ver en los alrededores de mi nueva casa. Hasta ahora siempre había pasado por la callejuela provinciana o por la avenida. Nunca contorneé la manzana. Aquella tarde de principios de otoño era todavía clara. «No, no iría a la oficina».

Entré de nuevo en la gran sala. El azul del cielo ya no era el mismo. El sol ya no le daba el esplendor de hacía unos momentos. Cuando el sol ya no lo hacía brillar tenía de nuevo conciencia de que el cielo era un techo. La tierra es un globo en el interior de otro globo... Intentar concebir la finitud de un globo, dentro de la finitud de otro globo, dentro de la finitud de otro globo..., y que todas esas finitudes estaban vinculadas unas a otras infinitamente, me producía náuseas y dolor de cabeza. Vértigo. No tener el poder de concebir el universo, de saber cómo es todo lo que es, me parece inadmisibile. Sin contar que la forma de las cosas no es más que la imagen que nos formamos de ellas... Desde la edad de doce años este problema me preocupaba periódicamente y me comunicaba la misma sensación de horrible imposibilidad, me daba náuseas. ¿Cómo se las arreglan toda esa gente que se pasean por la calle o que corren tras su autobús? Si se parasen a pensar, a imaginar lo inimaginable, no darían ni un paso más. Había llegado a la siguiente conclusión: No pensamos porque no podemos pensar. La gente no tiene en cuenta u olvida lo impensable; es a partir de lo impensable que piensan, fundan sus pensamientos en ese impensable, y eso, para mí, también es impensable. Y, sin embargo, han inventado la aritmética, la geometría, el álgebra..., pero el álgebra también nos conduce al abismo... Con todo, han construido máquinas, han organizado sociedades, les importa un bledo la cuestión absoluta, la pregunta sin respuesta.

Pretender pensar en lo que no se puede pensar es, al parecer, un orgullo estúpido. Pero ¿qué es el orgullo? El hecho es que no puedo ponerme en marcha. Si creo que me hallo frente al muro del mundo, lo mejor es no querer saber lo que hay al otro lado del muro. No me decido a avanzar contra el muro. Tal vez es una enfermedad. Me he quedado solo al pie del muro. Solo, como un necio. Ellos, en cambio, han ido adelante, hasta han organizado sociedades, mejores o peores, es bien cierto. Han creado mecanismos extravagantes. Yo me limito a mirar el muro y doy la espalda al mundo. En vano me he propuesto, sí, no pensar, dado que pensar no es posible. Es curioso: creen que el mundo, que el universo, que la creación, todo eso, es natural o normal, dado. Y los sabios son ellos, y yo el asno, el ignorante. Nos hallamos en una prisión, ciertamente, nos hallamos en una prisión. No sé nada porque pretendo saberlo todo. ¿Tal vez un día llegarán a dar la respuesta? Dentro de decenas o centenares de generaciones, llegarán a concebir lo inconcebible, podrán imaginar lo inimaginable. Si siguen trabajando, tomando el autobús, escribiendo libros, calculando, yendo a la conquista de los astros... Si los microscopios descubren que existe lo infinitamente pequeño, se comprende que crean de una manera inconsciente y natural que lo conseguirán. Pero yo tengo la impresión de que se apoyan en la nada, y eso también no es más que una palabra. Damos nombres que no quieren decir nada a cosas de las que nada se puede decir, a naderías de las que nada puede decirse. Lo

infinitamente pequeño... Obsesionado por lo infinitamente grande, sólo me faltaría que me dejara obsesionar por lo infinitamente pequeño...

Semejantes tonterías me han impedido avanzar, me han impedido tomarles el gusto a las cosas de la vida. ¡Ah, pero esto no es en modo alguno verdad! Hay cosas que, por lo menos, me causan placer. Pero ya no podía soportar esa angustia. No podía soportar lo que yo llamaba las náuseas de la finitud y las náuseas de la infinitud. ¿Quién no ha sufrido tal situación a los trece años, a los quince años, a los dieciocho años? Y no han ido más allá porque se trata justamente de una cosa que no puede ser sobrepasada... Pero luego no se preocuparon más de ese asunto: porque no les importaba o porque lo olvidaron. Los hay que ni tan siquiera se han planteado la cuestión. Los políticos, por ejemplo. Los tales se encuentran allá o aquí, o en su casa. La finitud les basta sobradamente. No quiero decir que yo sea mejor que ellos. Tampoco quiero decir que ellos son mejores que yo. No quiero decir nada en absoluto. Sí, para mí, eso no significa nada. Los valores absolutos no existen. En este globo, que es un globo encerrado en un globo que está dentro de un globo que está dentro de un globo. De nuevo el terrible vértigo. Me dirigí al aparador, lo abrí, saqué la botella de coñac. Ingerí cinco copas, una tras otra. ¡Dios, que bueno era! Todos los problemas cambiaron de faz, me sentí animado, feliz, más que feliz, libre de todas aquellas preguntas. Estaba prisionero no solamente del globo, sino de la tibia frazada del alcohol que me envolvía. Las náuseas habían desaparecido. Ya no pensaba en lo impensable. Esa obsesión se apartaba de mí. No mirar otra cosa que el muro tal vez es una maldición. Por ahora, esa maldición ha desaparecido. ¡Con qué fuerza deseaba permanecer así, ser como todos los demás! Me sentía tentado de tenderme en el canapé, pero sabía que, de hacerlo, dormiría hasta la mañana siguiente. No, debía salir. Al restaurante.

Me dirigí al restaurante dando la vuelta por el otro lado, lo que me permitió conocer dos calles más del barrio. Primero recorrí la callejuela de aire provinciano con sus casitas y sus jardincillos, después doblé hacia la derecha. Era una calle triste, con casas sucias contiguas a otras casas demasiado limpias, modernas, de cuatro pisos. Varios motociclistas con casco se disponían a partir juntos según el modelo, probablemente, de un film norteamericano, que acababan de proyectar en los cines de barriada y que daba a los jóvenes el gusto de sembrar el terror a su paso. Eran cinco o seis con la mano en el manillar, agrupados alrededor de una motocicleta que debía de tener dificultades mecánicas y con la que se divertían visiblemente haciendo estrépito. Dos o tres de aquellas motos resonaron también mientras me alejaba con la mayor prisa de las terribles máquinas y del terrible estruendo cuya intención agresiva y eficazmente realizada sentía yo dolorosamente. Tres o cuatro obreros en mono regresaban a sus casas no sin antes haber visitado la taberna, a juzgar por su aire. Me sentía burgués. Y desgraciado de sentirme burgués como si hubiera cometido un delito. ¿Qué delito? En vano me decía lo que ya sabía, es decir, que no había delito: mi razonamiento no lograba alcanzar mi irracionalidad. Pensaba en la gente y en los

periódicos de la oposición. ¡Qué fuerza tienen los clisés que rechazáis, pero que terminan penetrándoos de manera insidiosa y que os impregnan! No hay culpa en absoluto. Nadie es culpable de nada. O todo el mundo es culpable de todo: lo que, al fin y al cabo, es lo mismo. ¡Pero cuántos tienen la debilidad de sentirse culpables mientras piensan que no lo son! ¡Qué ruptura entre la razón y la sinrazón! Los que se sienten y al mismo tiempo se creen culpables no tienen más solución que rendirse, abdicar. Todo los empuja al suicidio. Mientras que yo me hago un lío...

Al llegar a la primera esquina doblé a la derecha y me encontré en una calle más ancha, casi tanto como la avenida, paralela a la callejuela provinciana de los jubilados. Tampoco era muy alegre, que digamos. Muy pocas viviendas y muchos enormes depósitos o almacenes. En la acera de la izquierda se levantaban los edificios de la parte trasera de una fábrica. Salían varios obreros. Ni una mala tasca. Un garaje, el de los autobuses que pasaban por la avenida central, la del restaurante. Una muchacha con un vestido de color de rosa contrastaba con el conjunto. Unos pocos árboles de hojas polvorientas. Era una arteria bastante frecuentada en las horas de entrada y salida de los obreros, y por la que circulaban grandes camiones y muchos trabajadores en bicicleta. Casi ya oscurecía. Recorrí unos cien metros más y, al llegar a la esquina, doblé a la derecha. Estaba en la avenida que yo contemplaba desde mi ventana y que ya me era familiar. Tenía la impresión de conocerla desde hacía meses o años. Es cierto que había venido aquí con ocasión de la compra del apartamento, pero puede decirse que hasta esta mañana no la había visto realmente. Me dirigía hacia el restaurante entre la multitud de viandantes. Al frente, en el otro lado de la avenida, la misma clase de gente en la parada del autobús. Abrí la puerta del restaurante y miré con inquietud si mi mesa estaba libre. Lo estaba y respiré tranquilo. Aquella sería mi mesa. El restaurante estaba casi lleno y las luces encendidas. Me deslicé hasta mi rincón, colgué mi sombrero en la percha y me senté. Los faroles de la calle acababan de encenderse. La camarera se me acercó y me reconoció:

—Ha almorzado usted aquí, ¿verdad?

—Sí. Pienso venir todos los días. ¿Podrá reservarme siempre la misma mesa?

Me contestó que era difícil reservar mesas en un pequeño restaurante como aquél. En los grandes restaurantes es distinto. Con todo, me dijo, intentaría reservarme el sitio a condición de que fuera puntual. Le dije que era un hombre metódico y procuraría presentarme a las doce y media, por ejemplo, para el almuerzo, y a las siete para la cena.

—Ya veo que es usted ordenado —me respondió.

Pero tuve la impresión de que le parecía un hombre algo raro. Me presentó la carta. A mediodía ya había comido arenques con patatas fritas. Quise variar y pedí una sardina, y luego un bistec, y, para postres, un pastel al ron. Y, naturalmente, una botella de *beaujoláis*.

—Le gusta la buena mesa, ¿no? —me dijo la camarera.

—Es verdad; me gusta comer bien, y, aquí, por lo que he visto, la cocina es buena. También me gusta vuestro vino.

—El dueño conoce a un pequeño granjero que le envía directamente el vino de su finca. Aquí todo es fresco y limpio. Mire usted a nuestros clientes. Se les ve contentos y comen a gusto. Es el mejor restaurante del barrio. También hay un bar, pero tienen poca gente. Lo llaman hostel y quiere ser elegante...

Me hizo saber que ella era cuñada del dueño, la hermana de su mujer. Un primo suyo también trabajaba en la casa, servía el mostrador. Pero la compra la hacía personalmente el dueño.

—Es bueno trabajar en familia, todos vamos a una. Y ahora me voy, tengo bastante trabajo. Le serviré enseguida.

Volvía la cabeza hacia la ventana. Es distraído mirar a la gente que pasa. Pero prefiero el día. El crepúsculo me pone triste. Ver pasar a tanta gente, gente de toda clase, me reconforta, me anima. De niño, la noche me daba miedo. Entonces, mi madre me llevaba consigo a comprar. Me tomaba de la mano. Era una calle populosa, parecida a ésta, pero más estrecha. Naturalmente, ella conocía a mucha gente del barrio. Se paraba, conversaba con una señora o con una vecina. Cambiaba cuatro palabras con el tendero. Recuerdo aquella multitud bulliciosa que me tranquilizaba a pesar de la semioscuridad, porque la calle estaba mal iluminada. La mayor parte de aquellas siluetas, de aquellos seres ya no existen. Recuerdo una calle de fantasmas. Y, de repente, los transeúntes de hoy me parecían también fantasmas. Nada más que fantasmas. Mi corazón se encogía y volvía la angustia. Tenía miedo. De nada. De todo. Por suerte, llegaron las sardinas y el vino.

—Ahí lo tiene —me dijo la camarera.

Ella misma me llenó el vaso. Se fue. Bebí el vaso y me serví otro. Todo iba mejor. Sentía una especie de júbilo. A menudo experimento esos impulsos hacia la alegría, sobresaltos de felicidad pero sin suficiente fuerza, lo que hace que tales impulsos sean fugaces. Tenía un método para salir de la tristeza o del miedo, pero su éxito era inseguro. El método consistía en mirar con la máxima atención posible objetos o personas situadas a mi alrededor. Mirarlos intensa y fijamente. Hasta que, de golpe, era como si viera todas esas personas, esos objetos, el mundo, por primera vez. Y entonces todo se hacía incomprensible e insólito.

Hice un esfuerzo de concentración con el propósito de olvidar todos los caminos que había visto, y todas las calles, y toda la gente, y todas las cosas. Era lanzado al mundo y tomaba conciencia de él por primera vez. Quería volver a sentir, a percibir aquella novedad del mundo que a veces logro obtener. Como si me hallara ante un espectáculo, es decir, separado, distanciado, sin participar en él, dejando de ser ese actor o ese comparsa que soy, que somos habitualmente, por costumbre. Rodeado por el mundo, pero no en el mundo. A veces, el experimento aumentaba mi angustia, pero casi siempre la anulaba. Nada ya de juicio involuntario y permanente, porque cada vez nos parece que esta máquina universal, y que la gente, y las calles, y que esos

movimientos son feos o bellos, buenos o malos, favorables o desfavorables, peligrosos o tranquilizadores. Lograba obtener una especie de neutralidad moral. O una neutralidad estética. «Ellos» ya no eran mis semejantes; pugnaba por no comprender las palabras que pronunciaban mis vecinos en el restaurante. Así, todo aquello no era más que ruido o los sonidos de una lengua extranjera. Todo se convertía en apariciones fugaces, una especie de ilusión de la nada. Los «otros» pasaban por la calle, por una especie de calle, a través de un cierto espacio por primera y última vez. Sólo yo existía realmente. Lo demás era indistinto, era «todo eso». De nuevo me encontraba ante el muro de lo no-concebible. ¿Dónde estaban los otros? ¿Dónde estaba yo? ¡Cual si los platos, los cuchillos, y los tenedores, y los autobuses, y los transeúntes fuesen cosas o fuesen algo de lo que uno ya no sabe qué hacer, de lo que uno ya no puede servirse! Solamente yo era. A medida que los otros pasaban y se eclipsaban, yo me sentía único en aquel torbellino que no podía ser real. Lo real venía a ser una suerte de espacio vacío que yo llenaba. Una dilatación eufórica del yo, y cuanto más me parecía que «todo eso» apenas existía, tanto más se fortalecía mi certeza de existir. Pero debía frenar esa euforia sin destruirla, tan sólo frenarla realmente. De otro modo, yo adquiriría tales dimensiones que ocuparía todo el espacio, que podríamos llamar existencial, y me encontraría de nuevo contra los muros invisibles de lo inconcebible. No sé si alcanzo a decir exactamente lo que quiero decir. Sobre semejante estado no hay nada que decir. Quizá quiero decir otra cosa o también otra cosa. Una cierta razón me decía que no podía ser solo, estar solo. Los otros eran otros «yo», como yo, seguía murmurándome la razón que trataba de ahogar. Precisamente cuando me siento solo, cósmicamente solo, cual si fuera mi propio creador, mi propio dios, el dueño de las apariciones, es cuando me siento fuera de peligro. De ordinario, uno no está solo en la soledad. Uno se lleva a los demás consigo. Uno está aislado; el aislamiento no es la soledad absoluta, que es cósmica; la otra soledad, la pequeña soledad, sólo es social. En la soledad absoluta no hay nada más. Lo que nos tortura son los recuerdos, las imágenes, las presencias de los otros. Lo que nos fastidia. Hay una soledad fastidiosa e insoportable: es la soledad en la que uno se refiere a los demás, en la que uno los llama, en la que uno siente su necesidad, en la que uno los rehúye porque cree en su existencia. Los otros nos dan miedo, y entonces nos precipitamos hacia ellos para desarmarlos. Pero yo no soy dios, y todas esas apariciones fugaces, y toda esa apariencia no era yo quien las inventaba: «alguien» me las ofrecía, me las presentaba. Ese alguien. Él es el inventor. Yo soportaba, trataba de no soportar, de quedar al margen y mirar solamente, sin entrar en el juego, pero me veía obligado irremisiblemente a tomarlo en consideración.

Sin embargo, todavía no estaba reintegrado, no me sentía completamente agarrado por la existencia, por esa suerte de universo; estaba aún fuera de él por unos instantes. Las voces eran todavía susurros indistintos, la gente eran fantasmas. Luego vino la caída. De repente, la normalidad volvió a ser lo normal y yo estaba dentro. Las cosas recobraron su identidad. Todavía hice un esfuerzo por regresar «afuera»,

allá donde «eso» ya no tiene nombre. Miré lo más fijamente, lo más atentamente posible una mancha de vino sobre el mantel. En otra ocasión ya había hecho esta experiencia con éxito. Se trataba de mirar una cosa cualquiera hasta llegar a no saber qué cosa era. «Aquello» dejaría de ser una mancha de vino; se convertiría en «no sé qué» sobre esa otra cosa, el mantel, que ya no será mantel, ni espacio blanco, ni el lugar de una mancha. Así podía sacar algo, no mucho, pero algo, de aquel espacio que pasaría a ser una cosa indefinible, análoga, empero, a un espacio. Eso fijaba mi yo afuera. Pero no pude concentrarme. Tal vez a causa de la camarera, quien me dijo al pasar:

—¿No le apetece el bistec?

Con todo, cuando estoy bien colocado en aquel «otro lugar», lo arrastro todo conmigo, hasta las frases, anodinas o no, la gesticulación de la gente, que pasa a ser algo semejante a una gesticulación, pero que ya no lo es. A menudo me bastaba con repetir muchas veces, y muy de prisa, la palabra caballo o la palabra mesa, hasta el momento en que la noción se vaciaba de su contenido y toda significación desaparecía. Pero aquella vez fracasé.

—Sí —contesté a la camarera—. Cuestión de un momento. Puede traerme el postre, y luego, no, al mismo tiempo, un café.

Las voces volvían a ser duras y ásperas, las mismas que hacía un momento se habían fundido en un murmullo indistinto.

Sí, todo estaba en su sitio; las lámparas del techo seguían inmóviles: nada, ni un pequeño terremoto. Al principio de esta clase de experimentos, a los quince o diecisiete años, el «otro lugar» llegaba más de prisa. A menudo había una suerte de halo luminoso. Y cuando el otro lugar se iba, yo guardaba largo tiempo, días enteros, el recuerdo de un mundo de luz. Tenía la certeza de ese mundo, de su existencia, y de que podía volver a experimentarlo. Guardaba su alegre recuerdo durante días, durante semanas enteras. Ahora, en cambio, cuando alcanzo mucho más difícilmente y mucho más raramente tal estado, su desaparición me deja sumido en la incertidumbre, en el abatimiento, en una especie de aflicción. Ya ni siquiera estoy seguro de haber sentido lo que he sentido. Ya no estoy seguro de su verdad.

Todo había recobrado su identidad, todas las cosas podían ser llamadas por su nombre. Terminé de comer, tomé el café. Y ahora ¿qué hacer? El juicio nos aconseja que nos alegremos de las pequeñas cosas que nos puede ofrecer la existencia. Durante largo tiempo había utilizado ese principio. Luego aprendí a no dejarme abrumar ni por las pequeñas ni por las grandes cosas que nos ofrece la existencia. Pero la cotidianidad no es fácil de soportar: con todo, al fin y al cabo, la ociosidad debía ser preferible al trabajo. Entre el esfuerzo y el tedio escogería, preferiría siempre un cierto hastío. Aquella noche me fue también difícil abandonar el restaurante. Pedí una naranjada. Aparte de la mía, ya sólo quedaba una mesa ocupada por una pareja, al parecer, de jóvenes enamorados, como tantos millones.

Debía resignarme a partir. Ya había pagado la cuenta. Descolgué el sombrero. Dije adiós a la camarera, tranquilizada al verme partir, bien que me demostraba simpatía. Quizá pensaba ir al cine o reunirse con su amigo ante el televisor. Toma, alquilaré yo también un televisor, para que las veladas no se me hagan tan largas, para llamar el sueño.

— ¡Oh, señor! Estoy tan cansada, que lo que deseo sobre todo es dormir... —me dijo la camarera, la cual, sin embargo, tenía aspecto de estar bien despierta.

No debía meterse en la cama sólo para dormir. Me había dicho que se llamaba Yvonne. Pero en aquel momento ella no tenía tiempo para charlar; no importa, tendremos ocasión de hacerlo mañana, pasado mañana. Salí del restaurante, doblé a la derecha. Mucha gente circulaba todavía por la avenida mal iluminada. Doblé la esquina a la derecha. Atravesé la callejuela en la que los viandantes eran más bien escasos, pero muchas ventanas estaban iluminadas. Llegué a la puerta de mi inmueble. Penetré en el corredor. Pasé ante la puerta de la vivienda de la portera, la cual asomó la cabeza. Le di las buenas noches. Desapareció rápidamente sin devolvérmelas.

«Le daré propinas y le haré regalos para que me sonría», me dije mientras volvía a cubrirme la cabeza. Los ojos que me miran con desconfianza, sobre todo una desconfianza muda, me disgustan sobremanera. En la oficina no nos tratábamos con mucha cordialidad, a causa del patrón, que siempre estaba descontento y favorecía a los más serviles; a causa de las mujeres que nos abandonaban, que pasaban de mano en mano y hacían que viviéramos sobre un fondo de irritación y de pequeñas envidias y pequeños celos, pero, en fin, aquello era, a pesar de todo, una vida. ¿Qué clase de vida? Con pequeñas sorpresas, pequeños incidentes, con reconciliaciones. Mientras subía del primero al segundo piso, un perro ladró detrás de la puerta del apartamento de la derecha. Llegué al tercer piso, abrí la puerta de mi apartamento y la volví a cerrar. Di la luz, colgué el sombrero en la percha. Di la luz de la sala de estar. Corrí las cortinas. Me tendí en el canapé. Luego me levanté y me hundí en la butaca. «Estoy en mi casa. Estoy bien». ¿Tan bien como parece? Sí, a pesar de todo. Existen países donde uno puede esperar lo peor; la policía, por ejemplo, puede entrar en tu casa a cualquier hora del día o de la noche. Tampoco hay peligro de ladrones. Ni el barrio ni el apartamento son ricos. Pero debería buscarme pequeñas ocupaciones. Conocer mejor el barrio. Conocer bien la casa. ¿Debía intentar establecer relaciones con los vecinos? No estaba muy seguro de ello. La gente puede perturbar vuestras costumbres. ¿Y de qué hablaríamos? No tengo nada interesante que decir a los demás. Y lo que dicen los demás tampoco me interesa. La presencia de personas extrañas siempre me ha molestado. Se levantaba una suerte de tabique entre los otros y yo. No siempre. En realidad, cinco o seis caras bastan. Me será fácil reglamentar mi nueva vida en poco tiempo. Entonces me vino la idea de tomar un poco de coñac, pero pensé en el despertar del día siguiente, en las posibles náuseas, en la resaca. «En fin, veremos cómo me organizo», me dije. Es poco, pero, con todo, presenta cierto

interés. La vida es sorprendente, pueden sobrevenir las cosas más inesperadas. Pequeñas cosas, no grandes. No deseaba grandes aventuras; son desagradables, fatigosas, y al cabo aburridas.

Solamente cuando conozca mejor el barrio y todos los rincones de mi apartamento podré darme cuenta de los pequeños cambios, de las pequeñas metamorfosis de la luz. Aún no conocía en detalle mis muebles, el número de flores que había esparcidas por la casa, la calidad de los colores. Me levanté y me acerqué al sitio donde guardaba mis libros, una veintena. Los había leído todos. Ciertamente que había interrumpido, hacía tiempo, la lectura de algunos de ellos. Pero hay libros cuyo desenlace se adivina. A veces, no obstante, me gusta leer dos veces los mismos libros. Uno se da cuenta de muchos detalles que le habían pasado inadvertidos. Incluso un hecho, una escena. Finalmente, no me decidí por ninguno. Apagué la luz de la sala, y, a lo largo del pasillo, me dirigí al dormitorio. Abrí la puerta, di la luz y empecé a desnudarme.

«Es la primera vez en mi vida que duermo en esta habitación y en esta gran cama». Me dije que no olvidaría fácilmente ese primer contacto. ¿Por ventura no se iniciaba una nueva era? «Ya no tengo necesidad de despertador», me dije. «Es seguro que los de la oficina me envidian». Apagué la luz. Me gusta evadirme en el sueño. A menudo me repetía esta frase sin llegar a comprenderla del todo. ¿Evadirme de qué? Soy siempre yo el soñador. Sólo sueño sobre lo que pasa en mi vida de todos días. Sueños neutros, grisalla, sueños que no expresan, me parece, ni deseos, ni horrores. Dicen que tenemos deseos muy profundos. Alguien puede ayudarlos a ponerlos en claro. Me gustaría aclararlos. Solamente dos o tres veces, creo, he tenido sueños azules. Sueños que a uno le pesa no recordar y no poder retener al alba, cuando uno no puede tocar más que sombras fugaces que se apagan con la claridad del día. Y toda nuestra vida se va en jirones. Es necesario resignarse para no sufrir. Es necesario resignarse. Siempre me digo que es necesario resignarse. Muchas veces casi lo consigo. No es una resignación profunda, real. De vez en cuando la rabia apunta. Al principio es un cierto descontento que crece en mí, que me invade, que me aprieta. No, jamás me consolaré, jamás podré olvidar, jamás podré ver el otro lado del muro que llega hasta el cielo. ¿Cómo resignarse a la ignorancia en la que estamos sumidos a pesar de las ciencias, a pesar de las teologías, a pesar de las sabidurías? Desde mi nacimiento no he aprendido nada, y sé que nunca aprenderé nada. Quisiera demoler los lindes, los muros de la imaginación. Pero nunca serán derribados y moriré tan ignorante como nací. Es inconcebible no poder concebir lo inconcebible. ¿Cómo pueden tan fácilmente vivir entre los muros tantos técnicos, tantos políticos, tantos sabios, tantos campesinos, tantos artesanos, tantos pobres y tantos ricos? No se trata de orgullo; no es que quiera saber más que los otros: deseo que todos sepamos. «¿Es inimaginable? Pues no imaginemos lo inimaginable», escribe un filósofo del que pude leer algunas páginas, hace tiempo, de pie en una librería, entre las hojas de un libro sin cortar. Nunca pude salir de mi sorpresa inicial de cara al mundo, sorpresa e

interrogación que no tienen respuesta. Nos dicen que nos liberemos de esa sorpresa y pasemos a otra cosa. Pero, entonces, ¿sobre qué bases podremos edificar un saber o una moral? Esta base en ningún caso puede ser la ignorancia: y todos vivimos en la ignorancia, sin otros puntos de partida que la nada. ¿Cómo construir sobre la nada? Disponemos de algunas experiencias prácticas. Sé que puedo desplazarme, que puedo ir al restaurante. Sé que han hecho restaurantes. Sé que existen máquinas, mecanismos. Sé que hay una técnica. Me parece muy extraño ver que existe indiscutiblemente una técnica que se sostiene tranquilamente sobre nada absolutamente. Este es otro nivel de mi asombro. ¿Quién nos lo permite, o cómo es posible que sea permitido, cómo puede hacerse? Ya que yo creo, ahora y siempre, que un conocimiento limitado no es un conocimiento. El universo entero, y todos los seres, somos manipulados por instintos, por reflexiones posibles de corto alcance que nos han sido dados. Somos actuados, no actuamos. Creo que como para mí y por mí, pero la verdad es que como a causa del instinto de conservación. Creo que amo y que hago el amor para mí, cuando en realidad lo hago para perpetuar la especie, y obedezco unas leyes que me lo imponen. Digo «leyes» porque no dispongo de otra palabra imaginable para nombrar esas cosas, esos principios que me actúan. Vivimos condicionados, no solamente sociológicamente —eso es obvio—, sino también biológicamente, y hasta cósmicamente. Y todas estas palabras que acabo de decir también están dichas antes de que yo las diga, plantadas en mí. Pero esta manera de hablar y de pensar, por decirlo de algún modo, no abarca la realidad, ya que apenas sé qué cosa son estas palabras y qué cosa es la realidad. Lo ignoro en absoluto, y tampoco sé si la realidad es la expresión de algo, ni qué significa esto que estoy diciendo.

Trato de aplicar mi vieja solución: dejar de pensar, si a eso puede llamársele pensar, y si el pensamiento es realmente pensamiento.

Sufrimos. Sufro, soporto. Contentarse con soportar ya es una forma de resignación. Y cada vez que experimento un poco de resignación me siento aliviado. Una suerte de calma, un reposo. Voy a dormir. Calma, calma.

Y después, de repente, inesperada como cada vez que me asalta, la idea de que voy a morir. La muerte no debería darme miedo, puesto que no sé de qué se trata; por otra parte, ¿no he dicho que conviene dejarse manipular, resignarse? Inútil. Salto de la cama, siento un miedo violento, enciendo la luz, voy de un lado para otro por la habitación, voy a la sala, doy la luz. No puedo permanecer echado, ni sentado, ni de pie sin moverme. Y me muevo, me muevo, recorro toda la casa, doy todas las luces y corro, corro. Millones de seres sufren la misma angustia. ¿Por qué, además, se nos empuja a obrar de esta manera? Ningún razonamiento, ninguna palabra tiene sentido. Sudo de miedo. Como tantos otros, como tantos otros. Cada uno de los millones de seres está dominado por una angustia tal que se diría que mueren, en cada ser, él mismo y todos los millones de seres. ¿Por qué? ¿Y cómo? Quizá se deba al hecho de haber cambiado de domicilio y porque ya no tengo las preocupaciones de la oficina.

Por eso me abrumba esta angustia de repente, cual no la sentía desde hacía mucho tiempo. Cambio de vida, vivo una vida nueva, y vuelvo a experimentar las angustias y los miedos que una vida triste y rutinaria borraba. La angustia volvía fresca, como el primer día del primer asombro y de la primera angustia. Nadie es nada. Y, al mismo tiempo, cada uno es todo el universo. «Me meteré en la cama, y me calmaré, y no pensaré más, no pensaré nada». Finalmente, la fatiga se me impone. Como una renuncia, una buena fatiga, dulce, me llega con los primeros albos del día; por fin puedo acostarme, cubrirme, apaciguarme, adormilarme.

Cada alba es un comienzo o una reanudación. Es una resurrección. La muerte se aleja, va a esconderse fuera del día. La mañana es un renacimiento: he aquí algo más que un símbolo. Uno lo experimenta psicológica y físicamente. Se ve y se siente. Cuando yo era niño y, ya torturado por mis angustias, mi madre recibía por la tarde, después del trabajo, a dos o tres vecinos de la escalera que se instalaban, para charlar, en una salita contigua a mi dormitorio, mi madre dejaba abierta la puerta de mi habitación. Yo ya debía de tener miedo de la oscuridad y del silencio, porque era feliz de oír cerca de mí el susurro de las palabras de los mayores, un susurro tranquilizador. Prolongaba lo más posible mi estado de duermevela antes de dormirme suavemente, acompañado por aquella suerte de concierto. Ahora me gusta dormir antes de despertarme y escucho los ruidos de la mañana, los pasos del vecino de arriba, una ventana o una puerta que se abre, el olor del café, las radios. Pero lo que más me gusta es oír el rumor sordo del primer metro o del primer autobús. Pero el rodar del metro, que ya no oiré en este barrio, aquel ruido subterráneo que hace vibrar levemente las paredes, aquel rumor profundo me aliviaba, y volvía a dormirme enseguida. Poco después, estallaba, ¡ay!, la repentina estridencia del despertador. Pero aquí ya no lo sufriré. Aparte el grito del despertador, los ruidos en general no me molestan. Los martillazos, el roncar de los automóviles, el zumbido de las sierras mecánicas, el golpeteo de las máquinas, los domésticos, es decir, no trato de no oírlos, de oponerme a ellos. Los escucho atentamente. Así se constituye una especie de paisaje sonoro, lleno de interés auditivo, cual una música concreta.

El timbre de la puerta me despertó. Las once. Era Jeanne, la mujer de la limpieza. Excusa su demora, ya que su hora eran las diez, pero había tenido mucho trabajo y su marido estaba enfermo. Sin embargo no mostró remordimiento, porque se dio cuenta de que yo acababa de levantarme y que su retraso me había permitido dormir una hora más. Le dije que empezara por la sala y yo me metí en el cuarto de baño. Ese cuarto no era muy luminoso; daba a un patio interior. Era necesario dar la luz. ¡Vaya gabarro, la higiene de cada día! Siempre procuraba demorarla lo más posible. Los domingos, sin la obligación de la oficina, a veces no estaba listo para ir al restaurante hasta las dos, y a menudo dejaba de afeitarme. Pero los días laborables no tenía otro

remedio que darme prisa. Ahora, todos los días serán festivos. Temía abandonarme, descuidar la higiene personal. Era un peligro. Esas perezas, esas abulias matinales me desasosegaban. Pediría a Jeanne que viniera más temprano: a las ocho, no, ni tanto ni tan poco: a las nueve, y así me vería obligado a asearme y vestirme a una hora decente. Aquella vez me di prisa. Con una suerte de alegría. Me decía: «Saldré, veré la calle, la gente, mi nueva ciudad». Ya me imaginaba la animación de las calles a plena luz del día. Hoy mismo, o mañana, me pasearé por la callejuela de los jubilados. Salir. Observar a la gente con una mezcla de interés y de desapego. Buena cosa. Me sobraban razones para ser feliz. ¿Por qué no aprovecharse de todo cuanto pueden mirar los ojos, de todo cuanto los oídos pueden escuchar? Estar rodeado y a la vez fuera de todo eso. Un espectador en el escenario, en medio de los actores. Cualquiera cosa es apasionante, divertida, curiosa, dramática, insólita, misteriosa: seguir con los ojos un perro que se dirige apresuradamente hacia quién sabe dónde. Seguir con la vista a las personas que corren apresuradas, hacia quién sabe qué objeto. Mirar a la gente que mira. Todo es espectáculo imaginado por... ¿por quién? Por Dios, confesémoslo. Confesemos que creo en Él. Pero la creación es como un espectáculo, en efecto, incluso si es un espectáculo del cual desconozco todas las circunstancias. En todo caso es alucinante. Nadie puede negarlo. Es posible que Él haya dejado que el mundo se hiciese solo. Es posible que a veces me engañe. Tal vez no es verdad que Él nos condiciona en todo cuanto hacemos. Oh, sí: basta con levantar el ligero telón que cubre al mundo de la cotidianidad y de lo banal, que están más en nosotros mismos que en el exterior; nada es banal si miramos atentamente drama y comedia a la vez. Digo tonterías, no quiero decir esto, quiero decir otra cosa completamente distinta. El espectáculo que los hombres ofrecen, su teatro, no es más que un pobre sucedáneo del gran teatro.

Ya es demasiado tarde para tomar el desayuno. No importa. Iré al café a tomar un aperitivo. Casi ya es mediodía y podré quedarme en el café, en la terraza, si no hace demasiado frío, o dentro, leyendo el periódico. Dejé la llave a Jeanne; al salir la pondrá debajo del felpudo. Me pareció que ella quedaba un poco decepcionada al verme partir tan pronto. Tenía ganas de hablar. El día anterior me había dado cuenta de que tenía tendencia a contar su vida. ¿Acaso le contaba yo la mía? Hubiera querido que se la contara. Era un secreto entre yo y yo. «¿Por qué un secreto?», me dije. No es un secreto ni un no-secreto. Lo cierto es que no me gusta parlotear.

Salí. Bajé alegremente, silbando, dos pisos y medio. Me detuve. Pensaba en la portera. Procuré adoptar un aire digno y respetable. Pisé los últimos peldaños con calma, casi con solemnidad. La portera no dejó de apartar la cortina, de entreabrir la puerta, de mirarme con aire severo. Me dije: «De ahora en adelante trataré de pasar de puntillas». La saludé tímidamente, lo cual me dio rabia, porque, al fin y al cabo, era mi empleada y yo me portaba con ella correctamente. Pero, ¡toma!, esa vez la mujer llegó a esbozar una sonrisita. Quizá me lo pareció. En todo caso no frunció las cejas. Mi buen humor se desvaneció al pensar que todos los días debería pasar por la

portería afrontando su crítica muda y su desprecio. Me asaltaron ideas negras. Salí a la calle, doblé a la izquierda, me crucé con un anciano en la callejuela provinciana, doblé de nuevo a la izquierda y di algunos pasos por la acera de la avenida. Atravesé. Llegué muy cerca de la parada del autobús, ante la entrada principal de la alcaldía; avancé aún unos metros, doblando a la derecha, pasé frente a la fachada lateral de la alcaldía, en la que se abre la pequeña puerta por donde entran los funcionarios; di la espalda a esta puerta y atravesé la calle en la que había un pequeño café en cuya entrada un vendedor de periódicos ofrecía su mercancía. Compré un periódico y me senté en la terraza cubierta a una mesa redonda junto a la puerta vidriera. Pedí y me bebí un *campari*, después otro, después un tercero, después un séptimo. Hice un esfuerzo para no pedir otro. Tal vez a causa del camarero, a quien requería demasiado a menudo y que tenía un aire burlón y sobre todo irritado. Quizás era una impresión falsa. En fin, siete *camparis* me bastaban. La ligera alegría que había sentido aquella mañana, con pequeñas intermitencias, por culpa de Jeanne, que me había molestado con su parloteo, y después a causa del enojo que me produjo la mirada de la portera, aquella ligera felicidad creció, ahogó la angustia, hizo que naciera la quietud. Tuve que dominar el deseo que sentía de soltar la risa, una risa tal vez estúpida. Tal vez estúpida. Cosas sin importancia. Eché una rápida ojeada a los artículos de política interior e internacional; una vez más, supe que, en el interior, la gente no se entendía, que el descontento de los campesinos crecía, el de los obreros también, así como el de los artesanos y comerciantes. Parecía que incluso la policía estaba inquieta, y que los agentes amenazaban con ocupar los ministerios. Los intelectuales rabiaban. Y también los estudiantes, porque no querían trabajar, o porque no había trabajo para ellos, o no habría bastantes empleos una vez hubiesen terminado sus difíciles estudios, enojosos, inútiles, o tan interesantes e indispensables al progreso de la humanidad que su trabajo debía ser mejor pagado. No les sería, pues, otorgado el rango que les correspondía al incorporarse a una sociedad que, sin embargo, no valía nada. Respecto a ese tema yo pensaba lo mismo, pero por razones distintas: la sociedad no puede ser fundada sobre moral alguna, sobre ninguna religión; la condición existencial en ella misma, social y extrasocialmente, es inadmisibles. Nunca leo los artículos ideológicos hasta el final. Dejé por un momento el periódico y miraba a la gente que pasaba casi sin verla, ya que pensaba, de repente, que no era verdad que los hombres estuviesen condicionados y actuados. ¿Quién sería éste o éstos que están condicionados? ¿Quién es este Yo? ¿Existe? Sí existe. ¿Pero es? Solamente si creemos en un alma arrojada al mundo y sufriendolo. Quizá no somos más que nudos, cruzamientos efímeros de energías, de fuerzas, de tendencias diversas y contradictorias que la muerte desbloquea. Pero esas fuerzas, esos fenómenos energéticos somos, al fin y al cabo, nosotros mismos; hemos sido hechos, producidos, actuados, pero también nos hacemos, obramos y somos obrados. ¡Ah, si tuviera talento filosófico! ¡Cuántas cosas sabría! Sabría las mismas cosas, pero las comprendería mejor, y además podría explicárselas a otros y cambiar ideas. También

podría haber sido matemático. Un matemático, un estudiante, un primo de Lucienne, me dijo que las matemáticas pueden probar la existencia de Dios. Otro me dijo que las matemáticas y la física estaban fundadas sobre postulados o axiomas que se apoyan, unos y otros, en la nada. Y, sin embargo, eso, todo «eso» está construido. Se puede partir de cualquier postulado, de cualquier axioma y edificar encima de ellos. Lo real no existe. Ni lo falso, ni lo verdadero; sin embargo, todo marcha, todo se verifica, todo se construye. Dios nos permite esta libertad; permite que voluntades, deseos, interpretaciones, hipótesis, contradictorios o no entre sí, sean todos válidos unos y otros para hacer algo. Otro estudiante, hablando con otro estudiante que no era de su opinión, hace ya algunos años, cuando yo comía en el restaurante cercano a la oficina, sostenía que si Hitler hubiese ganado la guerra, sin teorías racistas, su biología, sus teorías económicas se habrían verificado y hubieran podido fundar una cultura tan sólida como una visión biológica y económica marxista. Las teorías matemáticas más diversas y contradictorias, y toda clase de geometrías, todas las geometrías, no sólo no dificultan la arquitectura, sino que, por el contrario, la ayudan. Lo que sirve de base y de punto de partida es nuestra intención, nuestra hipótesis. Y la hipótesis no es otra cosa que nuestra voluntad o la expresión de los diversos grupos de personalidad o de raza. Todo se verifica. El hombre hace lo que quiere. Los «hombres», no yo. Yo no entro en este negocio. Después de mi séptimo aperitivo pensaba que no hay nada real ni irreal, ni verdad, ni mentira. Todas las filosofías y todas las teologías son buenas o malas, según se quiera o no se quiera. Esta observación me dio risa. De nuevo miraba a la gente que pasaba por la calle. Son todos diferentes unos de otros. Y son todos los mismos. Sólo existe la práctica. Sólo hay la práctica, nada más. ¿Qué significa eso? Es cosa de cucos eso de filosofar sin haber aprendido a filosofar y después de siete aperitivos. Volví a mi periódico; jamás leo la página deportiva. Esos equipos que se lanzan unos contra otros ilustran perfectamente un hecho: no es el balón lo que cuenta; y cuando los equipos mayores, que son las naciones, se lanzan unas contra otras, o cuando las clases sociales se hacen la guerra, no es por razones económicas, ni por razones patrióticas, ni por razones de justicia o de libertad, sino simplemente por el conflicto en sí mismo, por la necesidad de hacer la guerra. Pero no soy polemólogo. Además, me importa un bledo que se hagan o no se hagan la guerra. No tengo agresividad, o apenas; eso es lo que me diferencia de los demás. Pero, en cambio, leo de buena gana los reportajes sobre crímenes. No es que sienta ninguna simpatía por los criminales. Tampoco tengo demasiada piedad por las víctimas, o raras veces... ¿Por qué me gusta leer tales noticias? Porque rompen la monotonía cotidiana. Es algo palpitante. Nunca he terminado ningún artículo de política nacional o internacional. Quiero decir que el comentario no me interesa. Soy yo el comentarista de los hechos. Sé que los hombres quieren, y a la vez no quieren, hacerse la guerra; sé que los hombres son los instrumentos de otros hombres; pienso que, a veces, querrían de buena fe amarse entre sí, y que casi siempre se detestan, como a pesar suyo. Se aburren sin saberlo. Es

posible que no se aburran. Yo me aburro a menudo. Siento vértigo y miedo al tedio; hace algún tiempo sufrí una depresión, tal vez para estar inconscientemente a la moda, debida al tedio, o tal vez por ser ella misma tedio. Si uno escribe sobre el aburrimiento es que no se aburre. El tedio paraliza, o sólo inspira acciones destructivas, o conduce al hombre a un estado próximo a la muerte. Era insoportable. Nadie me puede ayudar. No puedo agarrarme a nada. Cuando digo insoportable me parece que la palabra está muy lejos de la verdad. Era mortal, sí. Como si me ahogara en el aire. No podía abrir ninguna ventana a la calle, al mundo, a un semejante. La asfixia. ¿Qué más puedo decir...? Semanas y meses durante los que moverme exigía un esfuerzo considerable y tan doloroso como la inmovilidad. Intolerable. Sí, intolerable. Absolutamente intolerable. La comida no tenía sabor. Un muerto que no estuviese muerto, un viviente que ya no fuese viviente. Solo en un desierto ilimitado. O, al contrario, en una celda rodeada de muros muy altos, con una luz gris arriba, incapaz de leer un libro. ¿Qué podía importarme lo que la gente decía? Sus palabras, indiferentes, o amistosas, o desagradables, no me alcanzaban, o las rechazaba, o las rehuía. Verlos pasar por la calle uno tras otro me producía náuseas. Dos o tres personas juntas que discutían me daban miedo. Y si los veía, con o sin uniforme, circulando en filas cerradas, la multitud pacífica, o tumultuosa, o armada, me desmayaba. ¡El codo contra codo! Que la suerte me libre de ello.

Pero tampoco podía soportar la soledad. Durante días y días y más días iba de la puerta a la ventana, de la ventana a la puerta, sin poder detenerme. No era la angustia, era el tedio, un tedio material, un tedio físico. Ni moverme, ni estar quieto, ni sentado, ni de pie. Todo era sufrimiento, gangrena del alma. ¡Con tal que no vuelva a las andadas! Los segundos se prolongaban terriblemente. El refugio era el sueño. Pero, ¡ay!, no podía dormir toda la noche y todo el día. Y durmiendo soñaba que me aburría. En otro tiempo, esa crisis irritó a mi patrón, ya que me habían dado un certificado de enfermedad. El médico no podía hacer nada por mí, y me llevaron a una clínica donde me sometieron a un enérgico tratamiento; luego volví a mi trabajo, y ya no fui más al hospital. El tedio es peor que la angustia, es precisamente lo contrario; el angustiado ya no se aburre; así, yo pasaba del tedio a la angustia, y de la angustia al tedio. No, ya no me aburro, pero siento que, en el fondo, el tedio está cerca, que me acecha, que me amenaza, que puede crecer, envolverme, ahogarme. ¡Ah, pero no! El mundo está lleno de interés, lleno de interés. Basta con mirar. Hay gente que se contenta con mirar los árboles, con pasear. Me habían aconsejado que paseara. Pero los paseos eran más aburridos que el mismo tedio, más tristes que la tristeza. ¡Con tal que no recaiga en el abismo del tedio! Mirar atentamente el mundo que nos rodea; muy atentamente. Despojarlo de su «realidad», luchar por recobrar una y otra vez el asombro original. Recobrar la sensación de lo extraño. Despertarse, y ver, y sentir todo lo que el mundo es en verdad. Sí, la existencia, el mundo, la gente, todo eso es fantasmal. Sólo es fundamental lo que se halla fuera de todo eso, al otro lado del muro. Ser lanzado al mundo es la miseria. Volver sin cesar al principio, no

abandonarse, no dejarse engañar. Adosado al muro, ver el mundo a partir de ahí, o bien volverse de cara al muro, adherirse al muro. ¿Tal vez cederá? ¿Cómo explicarme eso a mí mismo, adosado al muro y viendo el paso de las cosas? No siempre es posible. Pero es la única manera de escapar al tedio, al tedio negro. Dejemos eso. Ahora me siento bien. ¡Qué bueno es el alcohol! Pagué la nota, me levanté para marcharme, me tambaleaba un poquito, eran las doce y media. Que no llegue al restaurante con retraso y encuentre mi mesa ocupada. No quiero otra, estoy habituado a ella. Salí del café, atravesé la calle, un automovilista me insultó, seguí la acera hasta la parada del autobús, frente a la entrada principal de la alcaldía. Atravesé la avenida por el paso de peatones, una muchacha me empujó con el codo y se excusó; luego di un codazo a un hombre y me excusé. Me encontré cara a cara con otro y lo contorneé. Subí a la acera y me encontré justamente ante la puerta del restaurante, siempre con el periódico en la mano. Abrí la puerta, y mi primera mirada se dirigió a la mesa: estaba libre y ostentaba un cartoncito que decía «reservada». Había bebido demasiado y pensé que no pediría la acostumbrada botella de vino. Llegó Yvonne, me dio los buenos días con una sonrisa y me preguntó:

—¿Le traigo su botella de *beaujolais*?

La timidez o la tentación me hicieron aceptar. Me aconsejó el plato del día: cordero con nabos y patatas. Me llenó la copa. Noté que me miraba con una especie de inquietud amistosa. Vacíé la copa de un trago. Aquella suerte de ligera flojedad que da el alcohol había desaparecido y cedió el lugar a la pesadez. Pero no era desagradable. No sentí el sabor del cordero con nabos, no recuerdo si tomé queso o postre, o ambas cosas. Pero recuerdo el café final:

—Aquí tiene el café. Es muy cargado. Le despejará.

No me despejó. Apenas recuerdo que Yvonne me acompañó hasta la puerta, que anduve un trecho casi pegado a la pared, que doblé la esquina y que llegué a la puerta de mi casa. Tuve un sobresalto de lucidez: sobre todo no zigzaguear por el corredor y mantenerme bien derecho al atravesar la portería. La portera apartó la cortina, me miró y me siguió con la vista mientras subía los primeros peldaños de la escalera. He olvidado lo demás. Sólo recuerdo el trabajo que me costó desnudarme. Por la mañana me despertó el timbre de Jeanne. Llegaba más temprano, como le había pedido. Me observó con un aire malicioso mientras me decía que mi aspecto no era muy lúcido. ¡Aquella jaqueca y aquel mareo! Sólo había un remedio: un vaso de coñac, mejor dos.

Mi «toilette» fue muy sumaria. Al salir del cuarto de baño me tomé un tercer vaso de coñac. Eufórico a medias, ingerí el fortísimo café que la mujer me había preparado a guisa de medicina, me dijo. Enseguida me tendí en el canapé con el periódico que ella me había traído. Un padre de familia había asesinado, a hachazos, mientras dormían, a su mujer y a su hijo. Una mujer había matado con un revólver, mientras dormían, a su marido y a su hija. Dos enamorados se habían suicidado en el cuarto de un hotel. Un campesino sexagenario había matado, a escopetazos, a su vecino de

cincuenta años y cazador furtivo. Finalmente habían encontrado en el Sena el cadáver hinchado de la joven desaparecida. Un francés casado con una japonesa, que lo abandonó por un alemán, se había hecho el harakiri. Un hombre que había abierto el grifo del gas con la intención de suicidarse no había muerto, pero provocó la voladura de la casa, entre cuyos escombros apareció ileso, mientras que sus vecinos, un matrimonio de jubilados y su nieto, habían perecido aplastados. También había guerra en alguna parte. En una batalla, diez mil muertos y quince mil heridos. En América, un avión había estallado en pleno vuelo; otro, en Asia, se había incendiado durante el aterrizaje. No sé dónde, secuestraron a no sé quién. En otro país había tenido lugar otro secuestro, pero esta vez fueron elementos de derecha los que dieron el golpe, mientras que el primero había sido obra de elementos de extrema izquierda. Revueltas en África: habiendo obtenido la descolonización y la independencia nacional, unas tribus luchaban a muerte entre sí, como lo hacían antes de la colonización. La independencia nacional les permitía reanudar costumbres arcaicas. Evidentemente, era desconsolador. El mundo perecerá por falta de oxígeno. Unos astronautas regresan de la luna. Una nueva filosofía del deseo preconiza la multiplicación de los carnavales. El Vaticano aconseja el amor y la caridad entre los hombres. Una asociación internacional con sede en Yokohama pide a los hombres que se maten unos a otros alegremente. Es interesante. Pero, al parecer, se trata de una broma de mal gusto. La gente no se mata tan alegremente como alguien cree. Los hombres no se matan unos a otros porque sí: es indispensable la energía de la cólera. Desde el principio de la guerra civil, en un país lejano, ha habido un millón de muertos. Los adversarios reciben la ayuda de tres grandes potencias que les proporcionan armas en abundancia.

La Sociedad Protectora de los Animales desea que los hombres respeten la vida de las focas. Un joven mata a su padre porque el viejo era burgués. En otro país en guerra civil, una población entera, hombres, mujeres, niños y ancianos, es aniquilada con lanzallamas por los compatriotas del pueblo, porque la secta religiosa a la que pertenecen les prohíbe hacer la guerra y tomar partido por ninguna de las dos facciones en lucha.

Todo ello me causa una viva decepción. Siempre lo mismo, es fastidioso. Ahora bien, ya que la gente, sea como fuere, ha de morir, ¿qué importancia tiene cortarles la vida un poco antes? Pero, en fin, todo lo que pasa, a pesar de su monótona repetición, contribuye a mantenernos el espíritu despierto.

Estaba casi amodorrado cuando Jeanne entró en la sala.

Mientras frotaba los muebles para sacarles brillo, la mujer me reprendió diciéndome que yo llevaba una vida malsana. Se había dado cuenta de que bebía demasiado y el alcohol dañaba la salud. No estaba nada bien para un hombre en la flor de la edad. ¿Es que no pensaba en la conveniencia de trabajar como todo el

mundo? Me había caído una herencia, muy bien. Pero esto no era razón para no hacer nada. Por lo menos debía casarme. ¿Por ventura tenía la intención de vivir siempre solo como un impotente? Debía fundar una familia, tener hijos. El hombre está hecho para eso, y son tan monos cuando son pequeños. Y luego, cuando crecen y el padre se hace viejo, los hijos no le abandonan, le ayudan. Morir solo, ignorado de todos, es más triste que vivir solo. Yo no sabía lo que me esperaba. Ella tenía un marido con el cual no se entendía muy bien, era la verdad, pero ahora estaba enfermo y ella lo cuidaba. Tuvieron un hijo, lo habían criado y educado; luego se casó y los abandonó. Tenía buen corazón y toda la culpa era de su mujer. No sabía por dónde andaba. Parece que tienen un bebé. También tenía una hija, a la que asimismo había educado y vigilado; era una buena chica. Lo había sido. Pero luego se casó y tuvo un hijo que nació muerto, y entonces ella abandonó a su marido y volvió con sus padres. Un día se marchó de casa y se dio a la mala vida. De vez en cuando tienen noticias de ella por unos primos; dicen que se droga... A veces, las malas compañías... Los hijos son ingratos. Una se desvive por ellos. No es fácil criarlos y educarlos como Dios manda. Cuando son mayores te plantan, te olvidan. Más vale no tener hijos, o tenerlos buenos y no ingratos. Nada bueno puedes esperar de los ingratos.

Le dije que tenía razón. Pero ni por esas. Hablaba y hablaba, con el estropajo en la mano derecha mientras gesticulaba con la mano izquierda. Tuve que prometerle que me casaría y tendría hijos. Pero la mujer no se convencía. Se lo juré. Al fin se marchó. Todavía era demasiado pronto para ir al restaurante. ¿Y si antes diera un paseo? Un largo paseo por todo el barrio. Podría ser apasionante. Podría ser apasionante, por ejemplo, descubrir un nuevo café. Por suerte no faltan cafés. Tomar el aperitivo cada día en un café distinto. Una verdadera exploración. Y cambiar también de aperitivo. Ayer fue el campari, hoy podría ser el vermut. Sentí un deseo tremendo de tomar un vermut en una taberna desconocida. Me invadió una alegría irresistible. Miré por la ventana para ver si Jeanne ya no estaba en la acera de la callejuela charlando con alguien. Si la viese o me viese ella, podría detenerme y preguntarme cualquier cosa o presentarme a la otra persona, por ejemplo, y armar una discusión entre tres.

Ya se había ido. Me precipité fuera del apartamento. Ella estaba abajo, hablando con la portera. Al verme se callaron. Seguro que estaban hablando de mí. ¿Por qué meterse conmigo? Que me dejen tranquilo. Yo hago lo que me viene en gana. Y no hago nada si ésta es mi voluntad. Es cuestión mía. Es indignante. Atravesé la portería a buen paso, pero antes de salir vi, de reojo, que las dos mujeres me miraban fijamente. Esperaban que me alejara para proseguir su maledicencia. ¿Qué se habían imaginado? La culpa es de la portera, una chismosa, y fue seguramente ella quien inspiró a Jeanne su sermoneo sobre mis costumbres. Jeanne, al fin y al cabo, es una buena mujer.

Con todo, debemos contar con los demás, con los otros. Los otros existen desde el momento en que me molesta profundamente que se metan con mis cosas. Eso basta para hacerme salir de mis casillas y caer en su terreno. Me hacen salir de mi realidad y me encierran en la suya. Más bien en su punto de vista. Uno adopta, sin querer, su óptica. Uno se da cuenta de que debe contar con los demás. No puedo prescindir de ellos, es evidente, pero lo que yo quiero es contar, sobre todo, con «otras cosas». Son éstas las verdaderas. Doblé la esquina, hacia la izquierda, y anduve un buen trecho, atravesé dos o tres calles —el tiempo era gris— antes de llegar a la taberna en la esquina de una calle y de la avenida que se prolongaba indefinidamente, tal vez hasta los antípodas. Entré en la taberna. Pedí y bebí dos vermouths. Había muchos clientes junto al mostrador. Obreros, blancos y negros, albañiles y peones con la ropa manchada de yeso, y también un hombrecito con una gabardina muy usada, que hablaba con otro individuo también descuidado en el vestir, pero mucho más alto; su conversación era abundante, pero en voz baja. Parecían agentes de seguros. Los otros, los obreros, hablaban casi a gritos, dándose golpazos en la espalda. Se interpelaban de un extremo a otro del mostrador.

Poco a poco volvía a ver el mundo como algo extraño, insólito. También tomé conciencia, con la acuidad que caracteriza esa intuición o ese estado, replegado sobre sí mismo, de que aquellos hombres me eran completamente ajenos. ¡Cuán difícil es penetrar en el alma de los demás! Sin embargo, esa vez, hubiese querido hallarme más cerca de ellos. ¿Qué pasaría si llegara a sentirme más cerca de ellos, con ellos? Sería, sin duda, interesante. Viviría. Estaban separados de mí como por un cristal espeso, irrompible.

¿Habría algún modo de hermanarse con ellos? ¡Mis semejantes! Para mí eran marcianos. ¿Quién estaba detrás del cristal, como en un parque zoológico, ellos o yo? Fui más lejos en el sentido de la separación. Esforzándome, conseguí imaginar que sus movimientos, sus ademanes, me parecieran desordenados, lenguaje cuyo sentido no comprendía. Sus palabras eran sonidos indescifrables. Simples gritos. Palabras que perdían toda su sustancia como cortezas sin contenido. Ruido. Abrían la boca, cerraban la boca, se echaban el contenido de los vasos en la boca, ese agujero en el que uno mete cosas que luego saldrán por otros agujeros. Volvía la cabeza hacia la calle, y las fachadas de las casas ya no me parecían fachadas. Los viandantes ya no me parecían viandantes. Luego miré mi mesa, mi vaso, mi mano. Movía los dedos. Me daba risa. Después llegó la angustia. Enseguida la estupefacción. Miré a mi alrededor: ¿qué era todo aquello? La pregunta me pareció insensata. ¿Qué era preguntarse qué era? ¿Y qué era...?

Al cabo de todo, al cabo de todo, yo era. Pero estaba allí, en el corazón de las cosas. ¿Se desgarraría todo, vería lo que hay detrás? ¿O lo que no hay? Insuficientes mis ojos. Volvía a coger el vaso con temor, con esperanza. Con todo, lo sentí. Aquello me despertó. O me adormeció.

Un día vinieron a instalarme el teléfono. Dudaba donde colocarlo. ¿En la sala, cerca del canapé, por ejemplo? ¿O más bien en el dormitorio, en la mesita de noche? Podría ser agradable charlar con la gente (ya que tenía la intención de tomar o reanudar contactos), tendido en el canapé a la luz del día mientras vería pasar la gente lejos, por la calle. ¡Tenía tanto que decirles sobre el tiempo pasado desde mi partida! ¿Qué habría sucedido en la oficina durante aquellos cuatro meses de invierno? Matrimonios, entierros, nuevos empleados... También tenía ganas de volver a ver mi bar de entonces. Guardaba buenos recuerdos de aquellos tiempos. La vida es maravillosa cuando uno la contempla en su conjunto, en su pasado, en aquella suerte de espacio en que se convierte el tiempo que ha quedado atrás. El pasado constituye un bloque, una especie de casa o una especie de castillo que puede ser visitado pieza por pieza, piso por piso. ¿Cómo no me había dado cuenta del interés de esos recuerdos? Parecía mentira. Iré allí pronto, uno de estos días, en la delicia de la primavera que volvía. Los árboles ya echan hojas. La vida, que me había parecido una carga, ahora se me ofrecía como un ornamento, un monumento, un espectáculo. Contemplar el mundo desde el punto de vista de un muerto, si ello era posible. Es mágico. Es mirífico. ¡Y las cosas adquieren una importancia tan grande, una significación tan evidente! Siento la nostalgia del tiempo pasado. No importa. Puedo ir allí cuando me plazca. ¿Qué ha sido de Lucienne? A lo mejor ya tiene un hijo. ¿Y Juliette? ¿Y Jeanine? ¿Y el dueño? Un buen hombre, un pobre hombre, al fin y al cabo. ¡Y pensar que me parecía un tirano! Era más bien cómico. ¿Por qué no sabemos reírnos a tiempo? Nada es grave, puesto que todo pasa. O más bien se aleja. Y el recuerdo constituye como un todo con perfiles precisos que la memoria puede abarcar, escrutar, analizar, reconstruir. ¡Qué pesar debe sentir el hombre que se va de este mundo al darse cuenta de que todo fue como un milagro, las cosas más nimias, el olor del café por la mañana, una pelea divertida —porque hay peleas bien divertidas—, una mosca en la sopa, el uniforme de un dragón, el dragón en su uniforme! Las enfermedades, la epidemia, la tortura, la guerra, una vez pasadas se tornan inofensivas; todo puede ser observado, contemplado en su insólita realidad. Sí, hablaré, hablaré por teléfono con todo el mundo.

Sin embargo no instalaré el teléfono en la sala de estar. Deseo recibir visitas y llamadas, es verdad, pero no me gusta que me estorben. No he querido que el número de mi teléfono conste en la lista. Un visitante importuno, al ver el aparato, puede pedirme el número. Así pues, decidí colocarlo en el dormitorio. Con todo, daré el número a ciertas personas. Pero no quisiera de ningún modo que me despertaran demasiado temprano o demasiado tarde.

El operario encargado de la instalación me dijo que podría colocar un enchufe en cada habitación: «De tal manera que el abonado puede disponer del teléfono en el

lugar donde más le convenga en cada caso». En efecto, la cosa era fácil, y el precio razonable.

Descolgué el auricular. ¿Por qué esa fiebre, esa impaciencia? Marqué el número del estudiante de filosofía. Seguramente ya no era estudiante y debía de haber obtenido el título en noviembre último. Estaba nublado. Sin duda iba a llover. Un cielo gris es desagradable, me entristece. Y si el tiempo gris se prolonga demasiado, sólo hay un recurso: nublar-me, yo también, con alcohol. Pero aquella vez me sostenía la impaciencia y la esperanza de hablar con el estudiante. Oía la llamada al otro extremo del hilo, yo esperaba, nadie respondía; cada vez más decepcionado, mantenía el auricular pegado a mi oído. Hice bien en persistir. Una voz femenina me respondió.

—¿Está André en casa? —dije con aprensión.

—Sí, está aquí, acaba de llegar.

Le di mi nombre y le pregunté si disponía de un momento para mí, si no le estorbaba. Me dijo que no, sinceramente; que, de verdad, sinceramente, tenía mucho gusto en oírme y deseaba saber de mí, después de tanto tiempo, y que el examen final había sido satisfactorio. Enseñaba en un colegio, y al mismo tiempo preparaba su tesis. Incluso había pensado en informarse de mi nueva dirección en la oficina. Le dije que allá no sabían mis señas, y que hacía dos o tres meses tenía la intención de ir a verlos para invitar a algunos de mis ex colegas, pero que el tiempo había pasado sin darme cuenta; que visitar mi antigua oficina era para mí una verdadera aventura, un viaje. Pero ahora estaba decidido, y sería para mí una fiesta. Charlamos largo rato; me aseguró que no tenía prisa y me pidió que le contara mi vida.

Tuve la cortesía de rogarle que me hablara primero de él. Así lo hizo. Estaba prometido con la mujer que había recibido mi llamada. Era muy joven, dos años más joven que él, bonita, inteligente, estudiante.

Le dije que, en cuanto a mí, todo iba bien. Llevaba una vida de reposo y de tranquilidad, bien que de vez en cuando me aburría. No iba al cine. Reconocía que era un error. De buena gana vería buenas películas. Leía poco. Pero pensaba leer, porque los otros, y lo que dicen, y los problemas que plantean, comienzan a interesarme. Por otra parte, todo es interesante; unas cosas más que otras, naturalmente. Pero no es que haya grados en el interés que puedan inspirarnos la gente y las cosas. Nuestra preferencia es una cuestión de subjetividad, y no de verdadera jerarquía.

Me dijo (¿se burlaba de mí?) que yo había ganado profundidad en la soledad, y que, sin duda, había meditado mucho. Después le hablé de cosas corrientes; le hablé de mi portera, que, al principio me miraba de una manera rara, como si yo fuese un hombre extravagante. Me mostraba una evidente antipatía. No, yo no tenía manías persecutorias. Le había hecho pequeños regalos; le había dado pequeñas propinas que ella aceptaba, pero que parecía tomar como una humillación. Cada vez que pasaba

por delante de ella me observaba de una manera molesta. Mis idas y venidas coincidían, al parecer, con los momentos en que ella barría la entrada y yo me llevaba bajo mis suelas el polvo escaleras arriba. Me miraba con malos ojos. Me hacía preguntas vagamente indiscretas: «¿Otra vez usted? ¿Adónde va? ¿Por qué sale tanto? Y, sin embargo, no va usted a trabajar. Tiene suerte. No es como nosotros». Pero después, poco a poco, esa hostilidad, esa desconfianza desaparecieron o, por lo menos, ya no eran visibles. Se había acostumbrado a mis salidas y entradas regulares, a mi extraña soledad. Una vez me dijo que tenía aspecto de andar ocultándome de la policía. O de algún rival. Le aseguré que no tenía cuentas pendientes con nadie, y que jamás tuve ningún contacto con la gente de mal vivir.

—En efecto —añadió—, no tiene usted el aspecto de un hombre de armas tomar.

Pero ahora la historia había terminado. Ya no le preocupaba, había dejado de interesarle. Me daba cuenta de ello. Correspondía a mi sombrero, ya que llevo siempre sombrero, con un movimiento de cabeza automático. Parecía no verme. En todo caso, ya no me miraba. Como si yo formara parte de los pisos y los rellanos. No era como antes, cuando apartaba el visillo de la puerta vidriera de su portería para lanzarme miradas feroces. Yo tenía una asistente, Jeanne, que me contaba siempre sus historias. Estaba harto de ella. No había cambiado desde los primeros días y no para de hablar. No para. Me ensordecía, interrumpía mis meditaciones, mis pensamientos, exactamente como el primer día, pero aún no había cambiado. Era difícil deshacerse de ella, me llamaba, me tiraba de la chaqueta. En vano intentaba huir de ella de puntillas; tenía el oído muy fino.

—Pero tal vez le canso con mi charla —dije a mi interlocutor—; soy pesado como Jeanne.

—No, no —respondióme—, me interesa, su caso me interesa.

Mi amigo era filósofo, pero también psicólogo, psicoanalista. Es formidable ser psicólogo, interesarse así por la gente, formidable la vocación de escuchar a los demás.

—¿De manera —me preguntó— que las cosas le van a usted bien, o casi bien?

—Sí, sí —le contesté—, pero a veces tengo todavía la impresión de estar separado de los demás, la impresión de estar metido en una jaula de cristal.

Evidentemente, esto era bastante fastidioso. Precisamente el hastío era mi enemigo, y cuando no me sentía encerrado en una jaula de cristal y tendía moralmente la mano a los demás, los muros de cristal retrocedían y todo el universo me parecía rodeado de muros invisibles. Pero a través de los cuales no se veía nada... El cielo era una bóveda, y detrás de las casas, detrás de la ciudad, detrás de los campos, estaba el horizonte, la puerta cerrada del horizonte. ¿Es normal todo esto? El tiempo era a la vez muy corto y muy largo, así me parecía; los segundos eran interminables, cada segundo significaba un arañazo, y los años eran breves. Todo se iba. Lo sé, no es nada nuevo, todo el mundo se lamenta, más o menos, del paso del tiempo. Pero esta contradicción era para mí insoportable. Llevaba todo el peso del

momento que me abrumaba de tal manera que no veía la posibilidad de aprovechar, es decir, de gozar de ese momento. Las cartas tristes de mucha gente expresan tedio, angustia.

—Tal vez creerá usted que no hago más que proyectarme y que atribuyo a los demás mi terrible hastío, mi depresión. ¿Cree usted que los demás son alegres, que son despreocupados, o que tienen pequeñas o graves inquietudes que, con todo, no alcanzan a abrumarles? ¿Cree usted que los demás viven? No es normal, ¿verdad? Sería mejor que trabajara, pero ¿qué haré? No puedo en modo alguno volver a la oficina y hacer las ocho horas diarias. Prefiero aburrirme un poco. Por otra parte, no siempre me aburro, no me aburro durante todo el día. Hay el despertar. Ciertamente, el despertar es penoso. Una jornada entera ante mí, una inmensa playa desierta, sin fin. Me levanto, hago y bebo mi café. Jeanne lavará la taza, el plato, la cafetera. Cuando tomo el café paso un buen momento. Ya ve usted que no todos los momentos son malos. Los buenos pasan de prisa. Debería encontrar el medio de profundizarlos y alargarlos. Hay sensaciones súbitas de alegría o de gozo. Se desvanecen pronto. Si esas sensaciones existen, si existen esos chorros, es que existe un manantial inagotable, hay una fuente, tal vez haya también un lago intacto, rodeado de montañas blancas con laderas doradas por el sol y la luz de un paraíso interior. Existe ese lago en algún lugar. Me lo pregunto, casi lo creo, no lo creo tanto, no lo creo nada. Cuanto más me hundo, más lodo encuentro. Una sucia charca. Me contradigo, sí, me contradigo, lo que significa que hay también en el interior impulsiones favorables, algo parecido a un combate. No siempre estoy aplastado, no siempre estoy hundido. Sé que el mundo es siempre, incansablemente, virgen. Esto me da como una razón de vivir. Pero no tengo de ello una conciencia suficiente, con todo mi ser. Mientras que la pesantez o el espesor vienen sin que yo lo piense, los siento como si existiesen realmente, como si fueran el fondo y la materia de todo.

Me respondió que todavía podía continuar hablando conmigo por teléfono, que hoy no tenía clase y disponía de un rato, y hasta más. Mi caso, afirmaba, era bien conocido por los psicoterapeutas. Me citó unos ejemplos, nada excepcionales, de enfermos que tenían la impresión de que todo el universo era excrementicio. Le respondí que, afortunadamente, no era ése mi caso. Sólo cieno, pero también un lago puro, y nieve. La gente normal se halla entre los dos extremos. Ni la luz ni la tiniebla. Entre una y otra se ocupan de sus negocios, de sus problemas, de sus preocupaciones diarias, viven de esto. Los hombres viven de esto. Es lo humano. Yo sólo puedo vivir en estado de gracia. ¿Quién vive en estado de gracia? Sin embargo, no vivir en estado de gracia es inadmisibile. Para mí no hay término medio entre la gracia y la mierda. Los otros se mantienen más o menos serenos. Se acomodan a pesar de tal carencia. Yo pido demasiado, soy demasiado orgulloso, sólo pienso en mí... ¿Por qué no me acerco a los demás? He aquí el problema, ahí reside la verdadera impotencia. Los demás aceptan la condición que les ha sido dada. Sólo sufren en casos de grandes catástrofes: la muerte de los suyos, la guerra, el hambre, las enfermedades. Confieso

que todo esto reclama también mi interés. Quizá sea vergonzoso, pero este interés me lo produce mi entumecimiento. Espero con impaciencia y placer que mi asistenta llegue y me traiga el periódico. Me precipito sobre el periódico y me deleito de manera morosa, pero con efectiva delectación, leyendo los grandes titulares que se refieren a la guerra, a las atrocidades, a los incendios, a las inundaciones, a la contaminación que aumenta y que tal vez nos asfixiará. Una mezcla de miedo y atractivo. La lectura de tales noticias me ocupa más de media hora todas las mañanas. Es algo vivo y palpitante. Después paso a los crucigramas. Una hora más. Luego llega el momento del aperitivo; luego, el del almuerzo; luego, el de la siesta. Dos o tres horas difíciles de pasar, y llega la cena. Y otra vez a casa. En la cama me sumerjo en un sueño profundo. A la mañana siguiente, la misma angustia, y luego el café me devuelve los ánimos, y así sucesivamente.

—Vea usted como organizo mi jornada. Pero, sobre todo, hay esto: la sorpresa de ver que existo y de que las cosas existen. Y también la impotencia para concebir el infinito. Esto ayuda poco a vivir, pero no renuncio a plantearme el problema. Evidentemente, me dirá usted que todo esto es trivial. En efecto. Nacido en el horror, en el sufrimiento, vivo también en el horror del fin, de la salida. Caigo en una trampa increíble, inadmisibles, infernal, entre dos acontecimientos terribles.

Me responde que todo esto es trivial; que todo es bien conocido. Debería leer más, o, simplemente, leer, ya que no leo en absoluto. Los gnósticos, por ejemplo, podrían instruirme. Por lo demás, todo el mundo se ha planteado esos problemas.

—Lo que usted dice no es nuevo. Evidentemente —respondo—, usted conoce esos problemas; usted ha leído, es un sabio, pero esas cuestiones me sacuden, las siento vivamente en mí. Para usted, esos problemas no son más que cultura. No quiere usted despertarse todas las mañanas con la angustia de preguntarse cuáles son las respuestas y de responderse que no hay respuestas. Pero usted sabe que todo el mundo se ha planteado esos problemas y que nadie los ha resuelto, porque no tienen solución. Lo que pasa, en su caso, es que, para usted, todo esto está ya catalogado. Ya que usted sabe que tales problemas están planteados, sabe quienes los han planteado, conoce los tratados y libros que los han abordado y sabiendo todo esto, ya no se los plantea y ha dejado usted el asunto a un lado, en algún rincón de su memoria. Como le decía, para usted se trata de una cuestión de cultura. Muchos han cultivado la desesperación y la han convertido en un tema literario o en un tema de arte. Pero esto no me ayuda. Es cultura, cultura. Mejor para usted si la cultura ha podido conjurar el drama del hombre, la tragedia.

Me dijo que volveremos a hablar de todo esto, que le gustaría que fuese a verle. Ahora ya no disponía de más tiempo porque le reclamaban ciertas ocupaciones profesionales. Yo era un neurótico obsesional; no era normal machacar siempre las mismas cosas. Me dijo que conocía un especialista que podría tratar mi caso. La angustia metafísica, cuando va tan lejos como la mía, debe ser tratada. Existen

píldoras de todas clases que curan la angustia metafísica. La angustia ya no resiste a la quimioterapia.

Y colgó el auricular. Pensé que era extraño que se considerara anormal el hecho de vivir preguntándose continuamente qué es el universo, cuál es mi condición, qué he venido a hacer aquí, y si realmente se puede hacer algo. Me parecía que, por el contrario, era anormal que la gente no piense en ello y que viva en una especie de inconsciencia. Tal vez los demás, sin formulárselo, irracionalmente, confían en que un día todo será aclarado. Tal vez llegue un mañana de gracia para la humanidad. Tal vez llegue un mañana de gracia para mí.

A veces, antes de dormirme, antes de sumergirme en el abismo del sueño, sonreía, medio lúcido, pensando que tal vez, al cabo de unas horas, el alba me traería el conocimiento y la liberación, y que el alba sería eterna. A veces pensaba en ello a primeras horas de la noche. Pocas veces, sin embargo, porque a menudo regresaba a casa borracho, inconsciente, insensible, liberado de la obsesión de lo insoluble y lo incurable, y todas las mañanas no es jamás la mañana que sueño y espero. Siento como una amargura enorme, que procede tal vez del hígado, diría el doctor. Sea como fuere, es una amargura que no puedo ahuyentar. Trataba de dormir, de prolongar el sueño, intentaba que la noche y el sueño no tuvieran fin. La perspectiva de la larga jornada que me esperaba, que ya me había cogido, la idea de tener que luchar durante largas horas contra el tedio, no siempre con éxito, me trastornaba. Todo era penoso, cualquier gesto, la vista de aquellos muros y de aquel cubrecama con sus flores. Pero era necesario que me levantase antes de la llegada de Jeanne. Ella se levantaba temprano, trabajaba. Me avergonzaba de mi ociosidad o de aquella parálisis moral. Sacaba un pie fuera de la cama, luego el otro, me levantaba, arrastraba mi cuerpo como un fardo, la angustia se apoderaba de mí. Lavarme y afeitarme me parecía un trabajo durísimo, de peón. Entré en el cuarto de baño como un condenado. La cosa duraba media hora. Antes me lavaba con agua fría. Es un esfuerzo que se me había hecho imposible. Entraba en el baño con una especie de pavor. Ello simbolizaba, sin duda, un antiguo miedo al agua. Tenía la impresión de que la bañera llena de agua era una suerte de tumba. Meterme en el agua era como enterrarme en vida. Y luego era necesario afeitarse. Me miraba en el espejo un rato antes de empezar. Paseaba la mano por las mejillas. Sentía el pelo duro, que ya empezaba a encanecer. Me contemplaba a disgusto: la nariz demasiado grande, los ojos de un azul pálido, inexpresivo, el rostro algo abotagado, los cabellos despeinados, demasiado largos, ya que no iba muy a menudo a la peluquería, las orejas demasiado grandes, las arrugas aquí y allá..., nadie era como yo, todo el mundo debía darse cuenta de que no era como los demás. Tal singularidad debía ser molesta. Sin embargo, mi cara no tenía nada de anormal. Era como los demás sin ser como los demás. El carácter insólito de mi persona debía transparentar a través de mi piel. Con todo, nadie me miraba por la

calle, la gente no se volvía para mirarme. Pero tal vez sí..., tal vez la portera, la vecina del perrito, mi asistenta, que meneaba la cabeza al mirarme, y también la camarera del restaurante que me trataba de una manera muy particular, medio amistosa, medio despectiva. Con los demás no solía cruzar la mirada. Pero si me miraban lo hacían con una especie de hostilidad. Sí, era eso: todos me manifiestan hostilidad o indiferencia. Pero yo también siento por ellos la misma hostilidad y la misma indiferencia. ¿Que podían reprocharme? Que no viviera como ellos, que no me resignara a mi destino. Y yo ¿qué les reprochaba? Nada. Sobre todo cuando pensaba que en el fondo eran como yo. Eran yo. He aquí por qué los miraba con malos ojos. Porque eran otros sin ser del todo otros. Si hubieran sido realmente distintos de mí, habría podido tomarlos por modelo. Ello me habría confortado. Tenía la sensación de soportar el miedo total y la angustia de millones de seres humanos, el malestar de todos. En otras condiciones, cada uno de ellos viviría la misma angustia, el mismo miedo a la vida, el mismo malestar. Pero la gente no profundiza en su vida. Primero adolescentes, luego adultos, finalmente ancianos, viven en una suerte de inconsciencia o de resignación inconsciente. Se defienden como pueden y cuanto pueden contra ellos mismos. Pero si profundizaran en sus sentimientos, cada uno viviría la angustia y el miedo de millones de seres humanos. Esta angustia está en cada uno de nosotros, lo cual me parece una crueldad cierta de la divinidad: cada uno es a la vez único y todo el mundo, cada uno es lo universal. Con lo fácil que habría sido que la angustia y la desesperación y el pánico hubiesen sido repartidos a partes iguales entre todos los miles de millones de seres humanos. Entonces nuestra angustia habría quedado enormemente reducida. Pero no es así: cada cual arrastra en su muerte al universo entero que se hunde.

Preparé lo necesario para afeitarme; no utilizaba máquina eléctrica. Me enjabonaba, trataba de fumar mientras me afeitaba, lo que resulta bastante difícil, y cuando terminaba sentía un gran alivio, como quien acaba de vencer una enorme dificultad. Si Jeanne no estaba allí haciendo la limpieza, me precipitaba al salón, abría el aparador y tomaba dos vasos de coñac que me ponían en forma. Pero si Jeanne estaba allí, me reprochaba mi doble libación, y esto me molestaba. Es mejor levantarse temprano.

Ya no sabía dónde me encontraba, a pesar de saberlo, claro está. Tenía la sensación de estar allí y, al mismo tiempo, de estar fuera de allí. Me parecía que todo se movía o se había movido. Un cambio extraño, fácil de sentir inmediatamente, pero imposible de explicar con palabras. Aquella era mi casa, la misma casa, la misma butaca, el mismo canapé, la misma alfombra, y, sin embargo, aquello no era la misma alfombra, ni el mismo canapé ni los mismos libros, ni las mismas paredes. Una rareza inexplicable. O más bien una rareza que me hacía creer que había un error en mi manera de explicarme las cosas. No, el mundo ya no era el mismo. Ni la situación de

los objetos. Ni el cielo, ni los individuos. ¿Quién era yo? ¿Dónde me encontraba? Una angustia inexpresable, ya que hasta las palabras habían cambiado de significado. Podía desplazarme, ir a la cocina, bajar la escalera, ir a comprar el periódico, volver, pero todo ello tenía lugar en un mundo que ya no era el mismo mundo.

En otro tiempo, al producirse este cambio, me invadía una especie de alegría. Ahora era el miedo. Me veía de repente arrancado de raíz y trasplantado en otra parte en un mundo habitual. ¡Como si el mundo pudiese ser habitual! ¡Como si el mundo pudiese ser normal! ¡Como si percibir los latidos de nuestro corazón y sentirse respirar fuese natural! Miraba un objeto que estaba situado delante de mí: un metro setenta de alto, un metro veinte de ancho, con una puerta de dos hojas que podían abrirse y cerrarse. Y, dentro, estantes, y perchas, y vestidos, los míos, y lencería, la mía. Evidentemente, si me hubiesen preguntado qué era este objeto, habría respondido que era un armario. Pero aquello ya no era un armario, no podía creer sinceramente que era un armario, y, sin embargo, no era otra cosa. Yo habría podido responder a todo el mundo que aquello era un armario. Pero las palabras mentían. No solamente los objetos ya no eran los mismos objetos, sino que las palabras ya no eran las mismas palabras. Las palabras me parecían falsas. Los objetos, a mi parecer, habían perdido su función. Yo los utilizaba para algo, pero me parecía que esos objetos no estaban destinados al uso que yo les daba, e incluso que no tenían empleo alguno. Como si no tuviese el derecho de tocarlos. Estaba sumergido en un mundo nuevo del cual no sabía qué hacer. Un mundo inútil. Me encontraba en un mundo paralelo, en el mundo negativo del nuestro; todo aquello no era mío, no podía ser mío. ¿Dónde me habían transportado? El mundo oscilaba: todo un conjunto había sido sustituido por otro. Estaba en otra creación: como en otra creación. Debía aprender de nuevo el sentido de las cosas y su función. Pero las funciones no revelaban la esencia de las cosas. Y todo lo que estaba a mi alrededor era otro. Y yo era otro. ¿Se hundiría el piso? Yo lo rechazaba todo. ¿No sería yo mismo rechazado? ¿Dónde? ¿En qué? ¿Qué podían ser este «dónde» y ese «qué»? Si intentaba abrir un libro y leer en él cosas que otras veces me habían parecido triviales y cotidianas, esa trivialidad y esa cotidianidad me saltaban a los ojos, inexplicables. Tocaba un velador y me preguntaba por qué aquello podía llamarse así, y qué significaba esta palabra. ¿De dónde era yo? ¿Quién era quién? Este estado me producía miedo y malestar. No estar uno en su casa. No tener casa. No tener un «su». Mover las manos y mirarlas. Agitarlas me ponía en la situación del bebé que se mira las manos sin saber qué son. Si esto hubiese sucedido en la felicidad cual si fuese un descubrimiento, me habría sentido dichoso. El descubrimiento, en otros tiempos, me sumía en el gozo. El gozo ya no me invadía. Ya no me emocionaba. El gozo proviene de darse cuenta de golpe, de una manera que podría llamarse sobrenatural, que el mundo está ahí y que uno está en el mundo, que uno existe, que yo existo. Ahora todo parecía probar la inexistencia de las cosas y mi propia inexistencia. Tenía miedo de desaparecer. Escuchando o mirando atentamente la casa o por la ventana, me parecía que los pequeños seísmos

imperceptibles, pero bastante frecuentes, habían dado al mundo una gran fragilidad. Todo se agotaba, todo amenazaba con hundirse en una nada cualquiera. El universo o la realidad resistían cada vez menos. ¿Habrá algo detrás de ese decorado? ¿Habrá algo, otro decorado, o no habrá nada? ¿Y qué cosa es nada? Me siento desquiciado en un mundo desquiciado. Es curioso observar como todo es a la vez tan presente y tan ausente, tan duro, tan compacto y tan frágil. ¿Existe realmente todo esto? ¿Ha existido alguna vez? Bastaría un desfallecimiento un poco más intenso para que todo se rompiera en miles de pedazos. Me siento como uno de los puntos luminosos de un haz de fuegos artificiales. La náusea del vacío. Y luego la náusea de lo colmado. ¿Cómo eso puede sostenerse todavía, y por cuánto tiempo? Si es que el tiempo existe. Tal vez sólo existe lo instantáneo.

Me siento en la butaca. Echo una ojeada maquinal al periódico. Crímenes, guerras, delitos, anuncios de películas: nada. ¿Cómo esta nada puede pesar tanto? ¿Y cómo esta pesadez puede ser al mismo tiempo tan ligera? Material e inmaterial a la vez. Este mundo de cartón-piedra, este decorado de teatro puede ser sustituido por otro en cualquier momento. Me imaginaba este mundo del cual yo soy uno de los actores. Autor, o apenas un comparsa.

Me levanté discretamente, me puse el sombrero, el abrigo; temblando, bajé la escalera; ya en la calle, anduve con paso inseguro, tocando de vez en cuando los muros, temiendo a un mismo tiempo que me aplastasen o que desaparecieran. Llegué al restaurante. La camarera me miró y me preguntó si estaba enfermo; me dijo que tenía los ojos extraviados. A mí me pareció que era ella quien tenía los ojos extraviados, y que estaba de un humor huraño. Me dejé caer en mi silla habitual, ante mi mesa habitual, miré por la ventana y contemplé un rato las siluetas huidizas que parecían surgir de la niebla para hundirse de nuevo en ella y desaparecer.

—Las cosas no van bien, ¿verdad? Tampoco hoy.

—Tampoco hoy. Hoy menos aún que los otros días. Si es que existen otros días.

—Han existido otros días. Otros días existirán. Se diría que está usted entre brumas.

—Usted es bruma.

La camarera me miró con atención:

—¿Qué le pasa, señor? ¿No ha hablado con su médico?

—¿Está usted segura de existir?

La camarera abrió más los ojos.

—Claro que sí. ¿Quiere asustarme? Usted también existe. Se lo aseguro.

—Tal vez no hay nada detrás de todo esto —dije, indicando con la mano las ventanas, las paredes, la calle.

—¿Qué quiere que haya detrás? Es esto, es todo.

—¿Nada más que esto? No sería suficiente. No es gran cosa. ¿Y en qué se sostendría?

La camarera estaba un poco asustada. Me había mostrado simpatía desde el primer momento, pero siempre me había tenido por un poco desequilibrado.

—Está usted inquieto, descontento... Yo no, yo estoy contenta. Quizá me diga que nadie puede saber si está contento o descontento.

Se fue y volvió inmediatamente con una botella de coñac.

—Una copita de coñac le entonará. Le pondrá en forma.

Bebí la copa de un trago. Me sentí algo reconfortado. Y le dije:

—¿Cree usted que todo esto puede durar mucho?

—¿Qué quiere decir «todo esto»?

— ¡Todo esto!

—Todo esto no va a desaparecer de la noche a la mañana, se lo garantizo.

—Y cuando deje de ser, ¿qué habrá en su lugar? ¿Habrá algo distinto, otra cosa? ¿No ve usted que todo se va al cuerno, mírelo por donde lo mire? No, no lo ve.

—Me siento bien firme. Y trabajo muchas horas. Cuanto más se trabaja, más se vive. Claro que con menos trabajo viviría mejor. ¡Hay tantísimas cosas en el mundo!

—Y esas cosas, ¿qué son, dónde están? —¿Cómo quiere que responda a esas preguntas? Jamás he pensado en todo eso. Ni quiero hacerlo. A usted, la gente le da miedo. Usted sí que me da miedo... Tengo miedo por usted. Sus nervios están desquiciados. Pero no es cosa grave. Puede arreglarse. Tome otra copita y vaya a ver al médico.

—¿No ve usted que los médicos están todos enfermos? Sabemos que dentro de poco tiempo todo va a terminar, que todos moriremos, y te dicen que estás loco porque piensas en la muerte y sufres toda clase de angustias. Son ellos los locos de atar. Yo pienso normalmente. Son ellos los anormales.

—Voy a prepararle un buen bistec con patatas fritas. Es esto lo que le conviene.

—Bien cocido, por favor.

Miraba a los clientes que llegaban al restaurante, se sentaban, creían estar tranquilos, despreocupados.

—Mírelos bien —dije—. Todos están encerrados en ataúdes transparentes.

Algunos clientes me miraron. La camarera se acercó y me dijo a media voz:

—Cállese usted. Lo tomarán por loco.

Había, en efecto, cierto rumor en la sala del restaurante y miradas que se volvían hacia mí.

—Que me encierren. Ya lo estoy. Como todo el mundo. Encerrado, y a la vez demasiado abierto. El cristal es invisible.

Salí con las miradas que sentía detrás de mí. Me dirigí a la plaza grande, bastante lejos, que aún no conocía bien. Distaba unos dos kilómetros. ¿Estaba allí desde hacía

tiempo, o la habían inventado recientemente? Bullía de gente. Otra vez un tumulto. En medio de la plaza, un grupo de policías eran casi aplastados por las dos multitudes que se enfrentaban. Los insultos alternaban con los golpes. Golpes de porra a la cabeza. Crujidos, estallidos; los cerebros saltaban de los cráneos y de las cajas invisibles de cristal. Los hombres se enzarzaban. Incomprensiblemente, siempre luchaban tres contra uno. La plaza estaba sembrada de yacentes. Por las cuatro calles que afluían a ella iban llegando camionetas cargadas de policías. También ellos estaban metidos en ataúdes de cristal invisible, así como los cascos. Me lancé en medio de la multitud gritando:

— ¡Ya estáis dentro de vuestros ataúdes! ¿Por qué tanta prisa en pelear? ¿Por qué tanta prisa? ¡Pronto no quedará nadie!

Nadie me oyó, o no quiso oírme. Una extraña papilla comenzaba a extenderse por la plaza y las aceras. Las cabezas estallaban y volaban hechas pedazos, como los coches y los camiones. Yo seguía gritando.

—También podéis zozobrar sin ruido y tranquilamente. La desintegración puede ser menos brutal. En fin, cada cual escoge según su gusto.

Me confundí con la multitud. Me encontraba junto a los que peleaban. Pero no recibía ningún golpe. Diríase que no me veían. Como si para ellos fuese un espectro. También ellos eran espectros, pero violentos o agitados. Trataba de eludir el brazo de unos, el puntapié de otros. Los policías estaban metidos en el corazón de la refriega con sus porras, sus cascos, sus escudos. ¿De qué lado estaban? A no ser que estuvieran contra todos.

Logré encaramarme hasta el pie de la estatua que se levantaba en medio de la plaza. Desde allí gritaba:

—¡Oídmme, escuchadme! ¡Soy vuestro árbitro! Podéis llegar a un acuerdo. Pacíficamente. Discutamos juntos. Todo puede hacerse amistosamente.

Ni uno solo de los combatientes me prestó atención. Seguían cayendo a mi alrededor. Todavía les grité:

—Todo puede arreglarse amistosamente. Elegid delegados. Dad instrucciones a vuestras delegaciones. Bien lo veo, bien lo comprendo: de manera alguna queréis llegar a un arreglo, no queréis entenderos. ¿Por qué tenéis tanta prisa? ¿Por qué tanta prisa?

Clamaba en el desierto, en el vacío. Una mezcla de lleno y de vacío. Hablaba en el vacío. O en lo demasiado lleno.

—¡También yo soy un hombre como vosotros! Hablo la misma lengua.

No, no hablaba la misma lengua. Abrazado a la estatua, seguía gritando. Sin embargo podían verme, podían oírme. Tengo una voz bastante fuerte y miembros bastantes largos. Me tomaban por un espantajo. Más bien me tomaban por nada. Tal vez ni me veían. Sólo un policía me preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Luego volvió a su ocupación de romper cabezas.

Descendí lentamente y, de nuevo en medio de ellos, cogía a uno y otro por la manga:

—Estáis locos —les decía—. Decidme de una vez lo que queréis. Yo lo arreglaré todo.

Me rechazaban bruscamente. Uno de ellos me dijo:

—Eres tú el loco. ¿No comprendes que luchamos por nuestros derechos?

—Por nuestra libertad —dijo otro.

Les pregunté de qué clase de derechos se trataba. Les pregunté qué clase de libertad reivindicaban. Nadie me respondió. También ellos volvieron a su trabajo de romper cabezas.

El suelo estaba lleno de cristales rotos y de sangre. La lucha se hacía cada vez más violenta. Nuevos grupos desembocaban en la plaza sin cesar. Algunos bajaban de los balcones de sus casas. Otros descendían por los canalones de sus buhardillas. Yo me retorcí las manos, solo en medio de la multitud.

—Sin embargo es bien sencillo. Podría ser bien sencillo.

—Si fuera sencillo no sería tan complicado —exclamó uno de los combatientes.

Los que caían con la cabeza rota tenían cierto aire de beatitud. Los que rompían las cabezas ajenas tenían un aire de victoria. A menudo sucedía que éstos caían después, a su vez, con la cabeza rota.

Un hombre rechoncho se acercó a mí y me dijo:

—¿No te has dado cuenta de que esto es la guerra civil?

El hombre volvió a la refriega.

Así pues, aquello era la guerra civil. Todavía oyó que le gritaba:

—Eso significa que queréis matar.

—¡Eso significa que ya no podemos aguantar más!

—Basta con cambiar las instituciones. Pero tampoco eso os bastaría.

Todavía les grité:

—Cambiar las instituciones no os bastaría. Todas las instituciones y todas las sociedades son malas. Leed los periódicos. ¿Hay sociedades buenas, acaso? La guerra es la fiesta, es la fiesta que vosotros deseáis... ¿No sabéis que, en México, las únicas canciones alegres son las canciones revolucionarias? Revoluciones para unos, revoluciones para otros, toda suerte de revoluciones. ¡Revoluciones por, revoluciones contra, lo mismo da! Lo importante es matar y hacerse matar. Sé que la vida no existe. Sé que nada existe realmente. Pero veo que todo esto se mueve, que los hombres se lían a porrazo limpio. La inexistencia es sangrienta. No vivimos. Es extraño. La gente mata y se mata para probarse que la vida existe. ¡Pero no hay nada, digo yo, no hay nada, no hay nada! —grité con todas mis fuerzas.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que no había nadie. Una gran plaza desierta en una gran ciudad, que, con todo, parecía una plaza de provincia. ¿Había

visto realmente a aquellos aporreadores y a aquellas aporreadoras? ¿Había visto las camionetas de la policía? ¿Había visto en el suelo la sangre derramada? ¿Había oído cantos de guerra y cantos de fiesta? ¿Dónde estaban los monstruos? ¿Y su alegría?

Un anciano se acercó a mí y me dijo:

—Lo que ha creído ver sucedió hace casi dos siglos. Esta plaza se llama, y con motivo, «Plaza de la Revolución». De la futura, de la próxima, de la probable. Vuelva a su casa. Todo acaba igual. Hay otras instituciones contra las que lucharemos. No hoy. Quizá será mañana. Quizá fue ayer. Un abuelo mío luchó y le rompieron la cabeza; otro abuelo también luchó, en este mismo lugar. Éste murió mucho después. Murió en su casa. En su casa. Parece que su mujer lo envenenó. Pero no fue por las instituciones, no fue por la política.

Me cogió del brazo y me condujo hasta un extremo de la plaza y pude tomar el camino que llevaba a mi restaurante.

Aturdido por el fragor que me había ensordecido, despavorido por tantos vidrios rotos y tantos cuerpos tendidos, conmocionado por los golpes que otros habían recibido, abrí la puerta de mi restaurante. No había nadie, excepto la camarera, que todavía estaba allí.

—¿Dónde están los clientes encajonados en sus ataúdes de cristal? ¿Han muerto en la revolución?

Me miró inquieta.

—Comieron y se fueron. Se pelearon, y tal vez se mataron unos a otros en algún lugar. O tal vez volverán esta noche a la hora del aperitivo, conversarán y comerán. No he oído ningún ruido extraño.

—Sin embargo hay esto, nada más. Mire, tengo las manos llenas de sangre y no he asesinado a nadie.

—Son manchas de pintura. Tal vez tocó usted algo recién pintado. Déme las manos, se las limpiaré con un trapo húmedo.

Me miraba con infinita conmiseración, y me dijo:

—Está usted trastornado. Son los nervios...

—Es usted la que está trastornada de no estarlo. Ignora lo que pasa a su alrededor. Yo mismo sé algo, pero no lo sé todo.

—Está demasiado solo, señor.

—Estoy rodeado de gente, rodeado por la multitud. Por la multitud o por la nada.

Mientras limpiaba mis manos, repitió:

—Está usted solo, demasiado solo. Necesita una mujer. Si cree que yo puedo hacerle compañía...

Me besó. «Ya sé que la iniciativa debió de haber sido mía», pensé. Pero ¡fue tan dulce! ¡Y me pareció tan verdadero, tan real!

Ella se instaló en mi casa. La cama era grande. Había sitio suficiente. Por la mañana era muy agradable ver los pechos desnudos a la luz del sol. A veces me daba miedo. Yo padecía insomnios, y una vez ella dormía, roncando levemente, con la camisa remangada y los muslos separados. El sexo femenino siempre me ha parecido una especie de herida en el bajo vientre entre los muslos. Algo como una sima, pero, sobre todo, como una herida abierta, enorme, incurable, profunda. Siempre me ha producido un efecto de piedad y de miedo: una sima, sí, era esto. La cubrí suavemente. Ni se despertó. Y yo seguí errando por la habitación, por el apartamento, como un sonámbulo. Fumaba cigarrillo tras cigarrillo, yo que había perdido el hábito de fumar, hasta que, fatigado, me instalé al lado de ella. Lo más lejos posible de la herida, tratando de olvidarla, al borde de la parte de la cama que había reservado para mí. Acabé durmiéndome sobre el costado derecho.

A pesar de lo mucho que tenía que trabajar en el restaurante, ella se ocupaba también de la casa, ya que había despedido a Jeanne. Los vecinos se sentían más cómodos al ver que convivía con una mujer. Al cruzarme con ellos sonreían con un aire más alegre y más feliz, más tranquilo. Yo les parecía más normal, menos inquietante. Me gustaba aquella mujer con su sonrisa llena de salud a pesar de cierta fatiga que se revelaba en sus rasgos. Por la mañana cantaba en la bañera. Yo no cantaba nunca. Ni tan sólo silbaba. Era presa de un sufrimiento terrible que parecía injustificado. Y pensar que, a mí, lo que me parecía injustificado eran la salud y la normalidad.

Cuando por la mañana me despertaba antes que ella, sentía una especie de alegría profunda que hacía mucho tiempo no había experimentado. Un recuerdo muy lejano, mitad claro, mitad oscuro, mitad sombra, mitad color, surgía en mí. Era algo muy lejano en el tiempo, e infinitamente próximo, muy extraño y muy familiar, muy verdadero, y a la vez falso, era... hacía mucho tiempo, mucho tiempo... Y luego, un acontecimiento..., ya no podía recordarlo, algo había sucedido. Y ante aquella imagen mitad clara, mitad oscura, una especie de torbellino. A veces me preguntaba si no éramos, ella y yo, el principio de un mundo nuevo. Un mundo restablecido. Un mundo sin agujero ni grieta. Un mundo seguro en cuya creación Dios había acertado. Un amigo mío, muy erudito, me dijo una vez que, en la Cábala, Dios había intentado crear el universo veintisiete veces. Parece que esta vez es la vigésima-octava y que es la menos mala. ¿Cómo debían ser las otras? ¿Cuándo acertará del todo? Tengo la impresión de que ya ha renunciado a una nueva prueba y que nos deja caer en el abismo de la nada. Tal vez no somos más que una isla precaria que no será añadida al universo definitivo. Se perciben señales. Por las mañanas, a la hora del alba, cuando ella aún dormía, cortejos funerarios, fabulosamente fúnebres, cargados de flores y coronas con inscripciones, pasaban y repasaban bajo mis ventanas. Había señorones negros con sombrero de copa y grandes damas de luto riguroso, con velos negros cubriéndoles el rostro. Una vez la desperté:

—Ven, mira —grité— lo que pasa por la calle.

Ella se levantó, medio dormida, miró por la ventana y volvió a acostarse diciéndome que soñaba despierto. Otras veces, durante semanas enteras, no pasó nada, a pesar de mi espera.

Ella se vestía, se lavaba apresuradamente y partía a su trabajo; yo no podía dejar de observar sus manos agrietadas. Por mi parte, yo procedía con toda calma, tomaba el café con leche que ella me había preparado antes de salir, regado con un poco de coñac o un poco de ron y me vestía lentamente. La encontraba a la hora del aperitivo en el restaurante, en pleno trabajo, como si fuese otra. Luego almorzaba. ¡La impotente tentativa de ir, como ella me decía, a dar un paseo, a ver a los amigos! Lo intentaba, pero no podía, y regresaba a casa a esperar la hora del aperitivo de la tarde, de la cena, del regreso con ella a casa. A veces ella me prodigaba sus consejos, pero pronto dejó de hacerlo; a menudo ni nos hablábamos. Íbamos por la calle cogidos del brazo, llegábamos a casa, subíamos la escalera, entrábamos. Hojeaba el periódico, y, dominado por el deseo que tenía de ella, esperaba a que se desnudase. Me acostaba febrilmente a su lado. El amor era como un espigón sobre el abismo, una forma de desesperación, una manera de morir aceptando la propia muerte. Luego nos dormíamos enseguida. Pero yo no tardaba en despertarme y empezaba mi deambular por el apartamento, con el cigarrillo en la mano. La angustia se apoderaba de mí: «¿Cuánto tiempo resistiría Yvonne aquella vida», me preguntaba a menudo, «cuánto tiempo?». Era una mujer sana y no podría soportar por mucho tiempo lo que los médicos llamaban mi neurastenia.

De vez en cuando le proponía que dejara el trabajo en el restaurante. Pero pronto dejé de pensar en ello. Ella no exigía nada, pero yo podía mantenerla. Con todo, no estaba seguro de que fuésemos, ella y yo, una nueva Eva y un nuevo Adán. ¡Vaya tarea! Ello me hacía pensar que yo sería como un nuevo Atlas. Durante siglos y siglos. La idea de engendrar a Caín me producía pánico. En mis malos momentos pensaba que era una tontería querer empezar de nuevo, justamente cuando nos hallábamos cerca del fin y era tan fácil acabar. Experimentaba también el pesar por lo que podía haber vivido y no viví. Tantas acciones, tantas aventuras, tanto amor, tantas cosas que se nos escaparon por falta de atención y porque no sabemos vivir y dejarnos penetrar por la plenitud del instante. Pero eso sólo era literatura. Los recuerdos que sobrevivían de mis edificantes lecturas de niño.

La presencia de la camarera me era en aquel momento infinitamente útil. Sus manos agrietadas me daban pena, pero, con un poco de cuidado, aquellas manos serían muy bellas. Ella era bastante bonita, más bien pequeña. Tenía las pestañas largas, bellos los ojos negros, el rostro algo rudo. Tenerla siempre a mi lado, toda la vida, hasta el fin, ella encorvada y yo andando con dificultad apoyado en un bastón... Esta visión me horrorizaba. Con sólo mirar por la ventana podía ver el cuadro. Había centenares de ancianos que pasaban por la calle con su bastón y su espalda doblada. ¿Quizá se reunían en algún lugar? Recordaba un mitin de viejos. Con voz débil y entre toses, decían que la vida era bella y proclamaban sus derechos a pensiones más

elevadas, pero también a la reintegración en el mundo del trabajo. Yo era más viejo que ellos.

La idea de que yo podía dar a la camarera una vida mejor se confundía con todos esos pensamientos. ¿Qué debía hacer? Ya que mientras tanto la cosa iba bien, es decir, más bien que mal. Mañana veríamos. Ella o yo tal vez moriríamos pronto. Quizás ella moriría antes. A mí, la idea de un accidente me angustiaba, y titubeaba largo rato antes de cruzar una calle.

Cuando vi que estaba bien despierta, con una amplia sonrisa y la impresión de ser muy generoso, le dije:

—Hace muchos días que quería decírtelo. Tengo bastante dinero y tú podrías dejar el trabajo. ¿Sabes? Tengo bastante dinero...

Me respondió que hacía tiempo, desde el comienzo de nuestras relaciones, esperaba que le hiciera esta proposición. Ahora dudaba como había dudado yo mismo. Le parecía difícil vivir con un neurasténico. Cuidarme y tener que reconfortarme constantemente no era fácil, no era nada fácil. Prefería trabajar y no tener otras obligaciones, y, además, no sabía si podría seguir conmigo por mucho tiempo. Una persona le había prometido otro trabajo; y el caso era que esa persona resultaba de su agrado.

—¿Piensas dejarme? ¿Pronto?

Sentí un pesar enorme, amargo. Había tenido la felicidad junto a mí. Fracasaba de nuevo. El Destino quiere ayudarme y la Providencia me envía a sus ángeles, pero yo los rechazo o no los reconozco. En los jardines, en las calles debía de haber abundantes fuentes de vida que yo no percibía. Ciertamente debía de haberlas. Cuando salí tendí el brazo con la esperanza de dar con una de ellas, por azar. El tiempo era seco, no había una gota de agua. Unos viandantes me increparon. Sin embargo, seguía mi camino con la ilusión desesperada de hallar la vida y con la desesperación de verme pronto abandonado. Vivir con un neurasténico es más penoso que trabajar duramente. No podía olvidar esas palabras que ella había pronunciado. Cuando llegué al restaurante, ella estaba allí trabajando como si nada hubiese sucedido. Me parecía vivir la vida doblemente: por un lado, algo continuaba en esta especie de eternidad de lo cotidiano; por otro, se había producido un trastorno, un gran agujero se había abierto. Después de comer, la esperé como de costumbre, regresamos a casa como de costumbre. Ella guardaba silencio. Su rostro había cambiado, era el de una estatua o de un rostro de estatua que esconde un secreto. Por un cliente supe que ella dejaba el establecimiento. Aquella noche tampoco hablamos. La espiaba en espera de una palabra, de una mirada.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, me anunció su partida. Yo había pasado una noche pésima, la mitad sin poder dormir, la otra mitad llena de sueños confusos y pesadillas. Mi ambiente era ya propicio para recibir la noticia. Había soñado que el mundo huía bajo mis pies velozmente y que yo debía correr, desalentado, para

alcanzarlo. Estaba en una pasarela tendida sobre el abismo. Trataba de volar, pero caía pesadamente entre zarzales y fieras.

—Lo siento muchísimo —pude articular al cabo.

—Y yo siento que lo sientas. Tú callabas, estabas hundido en tus pensamientos. No sé siquiera si eran pensamientos, quiero decir pensamientos como los nuestros. No estás loco, pero a veces lo pareces.

—Es porque tengo razón... Es porque veo y sé. ¿Cómo explicártelo? ¿No te sentiste nunca asombrada de hallarte en el restaurante, o en la calle, o delante de mí? ¿No encuentras nada de extraño en todo eso? En todo eso —repetí, levantando los brazos.

—¿Lo ves? Tú y yo no estamos hechos de la misma madera. Miramos las cosas con ojos distintos.

Estaba hundido en mi butaca, como paralizado. Ella hacía sus preparativos. Una maleta, dos maletas. Oí cómo cerraba la puerta del armario en la habitación del fondo. Volvió y metió más cosas en la maleta con un aire indiferente, según me pareció. La ayudé a cerrar las maletas. Entretanto, me dijo:

—Me duele haber tomado esta decisión. Pero eres demasiado... Eres demasiado como eres. Creí que conmigo tu enfermedad se arreglaría.

—¿Qué enfermedad?

Con el dedo indicó su cabeza.

—En fin, ya me comprendes. Con todo, te aprecio; siempre te he apreciado. No podía soportar tu silencio, tu aire, tus ojos de mono asustado. Además, todo tiene un final.

Cogí las maletas y bajamos a la calle. Llamé un taxi. Todavía le pregunté:

—¿Quién me servirá en el restaurante?

—Una camarera nueva. Le he hablado de ti. Ya verás, es muy amable. Te reservará la mesa.

Pensaba que no podría volver nunca más al restaurante, que debería buscar otro. O tal vez cambiar de casa. Pero esto era más difícil. Me besó levemente y se fue.

Es curioso. Diría que una parte del mundo se había hundido en el abismo. ¿Adónde han ido a parar las vidas pasadas, las viejas catedrales, las multitudes? Todo ha caído. Tal vez se encuentren en algún lugar, no sabemos nada, somos ignorantes.

Me hallaba en la frontera del mundo. Ante mí se abría el abismo sin fondo de lo ignorado. Toda la creación estaba detrás de mí. El universo, a mi espalda, me empujaba hacia el abismo con todo su peso. ¡Qué vértigo! ¿Retroceder? Miedo de moverme. Un paso más, una caída y sería agarrado, engullido, disuelto por la nada. Si cerraba los ojos crecía el vértigo, la náusea. El cosmos basculaba. Este mundo, ¿era demasiado pesado, o quizás evanescente? De un momento a otro puede desaparecer.

O bien aplastarme con su pesantez. Me hundía entre lo lleno y lo vacío.

Alguien me ayudó a levantarme. La calle estaba allí como siempre, con los mismos viandantes, las mismas casas. Sentí el brazo firme de un joven. Él existía, yo existía.

—Todo está en su sitio —dije—, es asombroso, señor. Todo está en su sitio. Gracias por haberme ayudado.

—Desde siempre y para siempre. No hay nada que temer.

—Justamente, es la nada lo que hay que temer.

El suelo era firme. La seguridad del joven me había convencido. Me encontraba mejor. Mis pasos vacilantes se afirmaron. Por un instante me invadió una especie de alegría. Tal vez nada estaba perdido, tal vez nada se perdería. Tal vez el tiempo, en su movimiento, se confundiría con la eternidad. Tocaba las paredes con las manos para cerciorarme de su realidad dura y compacta. Tal vez lo que existe se identifica con lo que es. Tal vez todo eso, todo ese mundo, es una realidad indisoluble, o los revestimientos de lo real absoluto. Un simple telón que lo oculta. Esos millones de imágenes, de voces, sincrónicas o sucesivas, todo está sostenido tal vez por bases inmutables, fundamentales. Es posible. Deseaba desesperadamente que todo aquello fuera. Me faltaba verosímilmente algo esencial. Yo no era como los demás. ¿Tenía una especie de debilidad morbosa, un espíritu enfermizo? Los que caminaban tranquilamente detrás de mí, delante de mí, a mi lado, ¿tal vez sabían intuitivamente lo que yo ignoraba? ¿Era yo el único que experimentaba aquel pánico, un pánico permanente, día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto? Una pesadilla. Pero despertaré y volveré a encontrar la realidad de lo que no se mueve detrás de lo que se mueve.

Personas y más personas andaban, me rozaban, me miraban al pasar. ¿Eran sombras con ojos? Miradas pavorosas, o tranquilizadoras. Viandantes que pasaban, pasaban.

Llegué al restaurante. Me senté a mi mesa. Pero no, a pesar de todo, todo era tranquilizador. La nueva camarera sonreía al servirme el aperitivo.

De repente, la idea de que la otra se había ido, de que volvería a estar solo, me abrumó. En el momento en que el taxi se puso en marcha, llevándosela, yo estaba casi insensibilizado, medio aturdido, pero ahora adquiría plena conciencia de su partida. ¿Había existido el tiempo en que ella estaba allí? ¿Son palpables esos instantes? ¿Son evidentes todas esas imágenes, verdaderos todos esos recuerdos? ¿Estaría sólo más o menos seguro de lo que podía tocar? ¿Lo que había vivido era real o imaginario? Aquello ya no existe. Tal vez no existió nunca. ¿Cómo asegurarme de que los recuerdos no eran más que sueños, fantasmas? Sólo humo, todo aquello, vapores, ni humo siquiera. El tiempo aniquilaría en el olvido aquellas imágenes. Aquello ya no existía, aquello no existía. No era nada. No había nada.

—Era amiga suya, ¿verdad? —pregunté a la nueva camarera.

—Sí, era amiga mía. Me ha prometido que no nos olvidará. Tendremos noticias tuyas. Tranquilícese usted.

Antes de que me sirviera los entremeses me había bebido todo el vino. Pedí otra botella. Como de costumbre, contemplaba por la ventana el movimiento de la calle. Nada de todo aquello será nunca más. ¿Cómo es posible que lo que ha existido no sea nunca más? ¿Dónde ha sido, pues? ¿Dónde ha desaparecido? ¿Dónde ha sido? ¿Dónde se abismó? ¿Puede, por lo tanto, reencontrarse en alguna parte? Ni polvo siquiera. Sí, lo que fue, si es que realmente fue, no se puede extinguir. ¿Y qué significa «aquello ya no es»? Al avanzar en el tiempo lo dejé atrás. Si me vuelvo para contemplar el camino recorrido desde lo alto de la etapa presente del devenir, no veré más que bruma. Tal vez volviendo sobre mis pasos, haciendo la ruta en sentido inverso, podría sentir, tocar lo que fue. Ay, el pasado es como si no hubiese existido jamás; el pasado, imágenes que se dislocan. ¿Quién puede probar que el pasado fue? El pasado es un muerto sin cadáver. Érase una vez... Érase una vez.

Ahora estaré solo. Sentía el peso de mi infortunio. Bebí mucho. Pagué la cuenta, me levanté, saludé a la nueva sirvienta, doblé a la derecha, llegué a la esquina, seguí mi calle, entré en mi casa, di los buenos días a la portera. Se había dado cuenta de que la otra había partido. No me sonrió. Debía pensar que si ella había partido, era por mi culpa. Que yo era anormal. Tal vez deseaba saber detalles del caso; hubiera podido hablarle. Debí explicarle. Pero decidí subir la escalera; titubeé un buen rato ante mi puerta con la llave en la mano. La vecina del rellano salía con su perrito. Abrí la puerta. Entré. Ella se había olvidado una zapatilla. Estaba en el pasillo. Un rastro. Ella había estado allí. Había habitado allí. La única cosa palpable de lo que fue. ¿Cómo es que el presente se convierte en pasado? ¿Qué cosa es el tiempo? El proveedor de la nada. Todo debería nacer presente, inmutable. Recogí la zapatilla. Era un testimonio. Me quité el abrigo, el sombrero, los colgué en el perchero en el pasillo oscuro, pasé a la sala, me hundí en la butaca, cerca de la ventana. Mi apartamento era un desierto tan vasto como el mundo. Seguramente se había ido para juntarse con otro, iba en busca de otro. Sentí algo desagradable, algo parecido a los celos. Era extraño. ¿La quería, pues, realmente? Sí, bien cierto. Así resultaba que yo conservaba lazos con el universo. Eso me produjo un sentimiento casi placentero.

Tras una larga calma, empezaron las hostilidades. De momento, la batalla tenía lugar en la plaza, bastante lejos de la calle. Sin embargo, algunos vecinos de mi barrio participaban probablemente en ella. Pocos, quizá dos o tres. Vi a uno de ellos, al atardecer, con la cabeza vendada. Un día, a la una, cuando me disponía a almorzar en el restaurante, vi a otro que llegaba con la carabina en bandolera. La mayoría de los clientes no le dedicaron ni una mirada y siguieron comiendo. Pero algunos lo rodearon junto al mostrador. El hombre de la carabina pidió un *pastis*. Los demás le imitaron. Llegaba del combate. Hablaba en voz alta. Todos lo miraban y lo escuchaban respetuosamente. Daba las razones de su alistamiento, razones que me parecían justificadas. Tampoco yo estoy de acuerdo con el mundo. Hablaba de la

sociedad. Gesticulaba mucho. Estaba excitado y su excitación iba en aumento a medida que su relación se prolongaba. Los demás, cinco hombres y una mujer, movían la cabeza en señal de asentimiento. La mujer, pequeña, flaca, nerviosa, morena, decía que había que terminar de una vez con «aquello».

—Por suerte todavía quedan hombres —gritaba mientras volvía la vista hacia la gente que comía en las mesas, que no la escuchaban o lo aparentaban.

En el pequeño grupo que rodeaba al hombre de la carabina había dos obreros con mono. Otros dos eran, al parecer, pequeños empleados de mediana edad. Uno de ellos había luchado en las filas de la revolución, en un país que identifiqué con Cerdeña. El último, un viejecito con barba blanca, había sido anarquista en su juventud. El buen hombre decía que era preciso actuar e imponerse.

—En mis tiempos —añadía—, en mis tiempos ...

—Sí —afirmaba el hombre de la carabina—. Ahora o nunca.

—Deben de comprenderlo.

—Las cosas están pidiendo un cambio —dijo uno de los obreros, después de apurar de un trago su vaso de *pastis*.

El dueño ofreció una ronda que todos aceptaron de buen grado.

—Esto no podía durar —exclamó el combatiente.

También yo pensaba lo mismo.

—Con muchachos como tú... —dijo uno de los empleados.

—Hay que llegar hasta el final —dijo el anarquista—. ¡Ah, quién fuera joven!

—Un país de haraganes... —continuó el combatiente

—Estamos hartos —dijo la mujer.

—¡Y tanto! —dijeron todos a coro—. Sólo merecen el desprecio...

—El desprecio no basta.

—Hay que acabar de una vez por todas.

—Serán eliminados —dijo el combatiente—. Todos saldremos ganando.

—Exactamente.

—Seremos justos —añadió el combatiente—. La justicia es dura, ya lo verán...

—Son unos inconscientes.

—Hasta cierto punto.

El combatiente volvió la vista hacia nuestras mesas. Tuve la impresión de que se dirigía particularmente a mí. Abrió la boca. No sabía dónde meterme. Luego dijo:

—Todo esto abre el apetito. Siento un vacío en el estómago...

El anciano de la barba blanca le propuso comer allí mismo con él y con los cinco compañeros que le rodeaban. Volviéndose hacia el grupo, el combatiente rehusó:

—Aceptaría muy gustosamente —dijo—, pero mi mujer me espera. No quiero que crea lo peor. Y también quiero descansar un poco. A las tres debo regresar a la barricada.

Levantó la mano en señal de saludo y exclamó:

—¡Abajo los polizontes!

—¡Abajo los polizontes! —le respondieron.

Y se dirigió hacia la salida acompañado por las miradas de los del pequeño grupo.

Le vi por la ventana en la calle. Andaba con un aire marcial. El grupo se dispersó. Algunos se sentaron a una mesa, otros salieron a la calle.

Me sentía incómodo. «Debo hacer algo», me decía sin mucha convicción.

—Un coñac —dije a la camarera.

Con todo, no creo que lleguen a pegar fuego a la casa. Yo seguía la vida de siempre. Había contratado una asistenta muda. Necesitaba dos horas diarias para hacer la cama, barrer, lavar el vaso en el que yo había bebido, airear el apartamento y luego cerrar las ventanas. También limpiaba las cortinas.

No, no pegarían fuego a la casa. La batalla se libraba lejos. En la calle, los viandantes no tenían aspecto de sentirse inquietos. La señora del perrito salía a la misma hora. Los dos jubilados que habitaban la casita de enfrente, con jardín, daban su paseo todos los días, apoyándose mutuamente. El ruso blanco, alto, cojo, volvía a su casa, con el bastón en una mano y el pan en la otra. Estaba también el señor cargado de provisiones que volvía del mercado porque su mujer ya no podía salir de compras; seguramente era paralítica. Me lo dijo la portera, que ahora me trata más amablemente. Se había acostumbrado a mi manera de vivir, ya que la gente se acostumbra a todo. Sin embargo llegaban hasta el barrio detonaciones de armas de fuego, pero eran tan lejanas que sólo se oían si uno afinaba bien el oído. Al cabo de unos días ya no pensaba en ello, aun cuando al atardecer los disparos eran más perceptibles. Me levantaba tarde. Me arreglaba para salir cuando llegaba la asistenta. La hora del almuerzo. A menudo pensaba en la primera camarera. ¿Cómo se llamaba? ¿Yvonne o Marie? Su sustitua era amable conmigo. Nada más. La añoranza, el recuerdo de la otra, a veces se hacían dolorosos. Cada vez menos. Con todo, sentía un vacío en mi vida. No era éste el único. ¿Debía tomar la iniciativa y decir a la nueva camarera cuánto me agradecería que reemplazara a Yvonne o Marie?

Por la avenida donde estaba el restaurante, a veces se veían pasar dos o tres hombres con carabina. Se confundían con los demás viandantes, como si nada. Seguramente se dirigían a la plaza donde se libraba la batalla. Más bien parecían ser cierta especie de paseantes. Nunca pasaban por mi calle, que seguía con su ambiente provinciano, tranquilo. No obstante, las descargas parecían cada vez más próximas. Los vecinos salían a la misma hora: el anciano, el ruso blanco, la señora del perrito, el cual torcía ligeramente la cabeza y enderezaba las orejas. Los veía desde mi ventana. Daban la impresión de estar algo inquietos o extrañados, o así me lo parecía. Sea como fuere, desde mi ventana del tercer piso veía, más allá de la calle bordeada de casitas, unos resplandores rojos que sin duda procedían de la gran plaza.

En el restaurante, a las horas de comer, los clientes estaban como siempre en sus mesas con la nariz apuntando al plato. No volví a ver al combatiente. Debía estar muy

ocupado. Quizás había sido herido, o muerto, o estaba en la cárcel; quizás abandonó la lucha o había salido de viaje. ¿O tal vez habíase dicho que aquello no conducía a nada, que aquello no podía dar explicación alguna de nuestra existencia? Esto es lo que yo pensaba. Nada podía aclarar el misterio. La gente que se agita, que actúa, que empuja a los demás a la acción, encuentra en ello una evasión, un olvido que por mi parte yo encontraba en el alcohol.

Un día, hacia el mediodía, mientras me preparaba para ir al restaurante, vi por la ventana a un hombre manchado de sangre que corría perseguido por tres policías. Los tres desaparecieron por la esquina de la calle. Esta vez, las ventanas de mis vecinos y las de los de las casas de enfrente se abrieron una tras otra. Se asomaron muchas cabezas. Bajé la escalera y en la entrada de la casa, en el extremo del pasillo, estaba la portera discutiendo con otra portera vecina, una mujer de cabellos blancos, muy arrugada, a la que no había visto antes, pero de la cual me habían hablado. Casi nunca salía de su garita. Ella había oído los «¡Alto!» que gritaban los policías durante la persecución. Los dos jubilados, el marido de la mujer paralítica, el ruso blanco con su pan, rodeaban a las dos porteras. Nunca había visto nada semejante en aquella calle tan pacífica.

—Será un ladrón —decía el jubilado.

—Tal vez un revolucionario —dijo el ruso blanco.

—Oh, usted ve revolucionarios por todas partes. Aquí no es como en su país; estamos en Francia.

—También ha habido revolucionarios en Francia —respondió el ruso blanco.

—Sí, en el 89 —dijo el jubilado—, pero hace mucho tiempo. Aquí hemos comprendido las cosas, no volveremos a las andadas.

El señor cargado de provisiones pensaba que en la ciudad había desórdenes graves.

—¿Qué me dicen ustedes de esos resplandores rojos y de las detonaciones que se oyen?

En efecto, las detonaciones se habían hecho más intensas, todo el mundo las oía.

—A mí no me dejan dormir —dijo la mujer del jubilado.

El señor de las provisiones añadió:

—Son disparos de fusil —dijo—. Lo sé porque he sido cazador.

Intervine en la conversación:

—¿Y esos resplandores rojos, qué deben ser?

Las dos porteras no habían visto los resplandores.

—Porque duermen en los bajos —añadí—; porque las ventanas de las porterías dan al patio.

—Todo eso no es nada católico —dijo la segunda portera.

—Claro que no —reafirmó mi portera.

—Tranquilícense ustedes, no pasará nada —respondió la señora del perrito—. Me lo ha dicho mi marido.

El pequeño grupo se dispersó. Yo me fui a almorzar. Al doblar la esquina vi en la misma acera del restaurante cuatro hombres armados, uno detrás de otro, que andaban con paso acelerado, en dirección a la plaza, lanzando miradas a uno y otro lado. Tenían una actitud defensiva. «¿Contra quién?», me dije. Dos agentes de policía estaban allí de plantón. Ni se movieron. Como si no los vieran. Por otra parte no tenían autoridad para intervenir. Eran policías del tránsito. Abrí la puerta del local y entré. Me dirigí hacia mi mesa, en el rincón, junto a la ventana. Miré a mi alrededor. Los clientes hablaban de mesa a mesa.

—¿Pasa algo? —pregunté a la camarera que me traía el vino.

—No lo sé, no lo creo; los periódicos no dicen nada de particular.

—¿Y los resplandores rojos que, al parecer, vienen de la plaza?

La gente estaba un poco inquieta en aquella calle tan plácida donde nunca sucedía nada, donde nunca debía suceder nada. La mayoría de sus vecinos eran viejos. Sólo deseaban una cosa: morir en paz. Yo, en cambio, vivía en un ambiente de catástrofe, independientemente de lo que pasaba en el exterior. O, más bien, lo que pasaba fuera, pasaba en mí. El exterior comenzaba a reflejar el interior. O viceversa. Hasta aquel momento no me había dado cuenta de ello.

Tomé conciencia de mi malestar. «Es cierto», me decía, «me siento mal, no estoy en mi centro desde que nací. ¿Por qué?» Algo no funcionaba. No obstante, la gente vivía. Hasta estos últimos tiempos, parecía contenta, o por lo menos resignada. En todo caso, aquellos hombres y aquellas mujeres no se planteaban ningún problema importante. No temían la muerte, o más bien no pensaban en que un día morirían. Yo había vivido siempre con esta obsesión. Después de la partida de mi amiga, cuando me despertaba durante la noche, me asaltaba la angustia: sudores fríos, pánico: moriría a la madrugada. Ella ya no estaba allí para decirme:

—Vuelve a la cama, eso no es nada.

Y recuerdo que entonces me bastaba con oír su voz, o con tocarla, o con que ella me tomara la mano para que la angustia se disipara. Los otros, todos, sentían tal vez las mismas angustias. Pero encontraban remedio en la acción. No amaban la vida, puesto que se rebelaban. Por suerte, la sociedad es mala. ¿Qué harán si un día llega a constituirse una sociedad buena? Ya no podrán rebelarse contra ella, y entonces el objeto de la angustia aparecerá en toda su desnudez, en todo su horror. Para mí, la angustia radicaba ahí: ninguna sociedad podría remediarla. Además, todas las sociedades serán siempre malas. ¿Ha habido alguna sociedad justa, satisfactoria, a lo largo de los siglos? Los hombres se matan entre sí en las guerras y en las revoluciones. Los hombres se hacen matar. Se matan en los demás. O tal vez intentan matar la muerte.

Después, una enorme tristeza, una aflicción infinita se apoderó de mí. Había soportado aquella angustia sin darme cuenta de ello. Era el «¿Por qué?» lo que me

había impedido vivir con alegría. Un «¿Por qué?» no muy consciente. Ahora era consciente del todo.

Dominado por estos pensamientos, iba y venía por el apartamento, de una habitación a otra, del pasillo al salón, hasta la ventana a través de la cual se percibían cada vez más distintos, cada vez más evidentes, los resplandores rojos de la plaza grande. Me había habituado a aquellos resplandores, ya no me interesaban o no me divertían. Lo que me abrumaba era el paisaje interior. Todo mi pasado desfilaba ante mí: un paisaje de desolación, un desierto sin oasis. Más bien un desierto gélido. De uno a otro horizonte, esos bordes de la tapadera, no había nada, ni una flor, ahí la tierra seca, allá el polvo, más allá el lodo. ¿Era mía la culpa? ¿Era únicamente mía la culpa? Había tomado las cosas por el lado malo. ¡Qué amargura, qué dolor, que aflicción, que atascadero! ¿Habría podido haber alegría en mi vida? ¿Habría podido haberla? ¿Habría podido haber luz esplendente en lugar de ese gris sucio, de esa triste claridad? ¿Habría podido haber luz? ¿Y amor? ¿Habría podido haber...? ¡Cuántas ocasiones perdidas! Las mujeres me habían abandonado porque era incapaz de amar. Mi última oportunidad había sido Yvonne o Marie. Pero había amor en mí. Metido en chirona. En las grutas y las prisiones y en los calabozos de mi alma. Las puertas estaban cerradas y no tenía la llave. Todo estaba enterrado muy lejos, profundamente. ¡Sí, que atascadero! Sentía un pesar sin límites. Era preciso acabar con ello. Mi punto de partida había sido un error. En verdad, no hubo punto de partida. ¿Qué puedo hacer ahora? Esperar, esperar en la angustia. ¿Esperar qué? ¡Ah, si fuera posible empezar de nuevo! Este ha sido mi deseo. Pero para empezar de nuevo es necesario que antes algo termine. En este caso, ¿podría esperar algo distinto? Todo estaba perdido. ¿O tal vez no? Yo creía que todo estaba perdido.

Sin embargo había mucha gente a mi alrededor, gente que vagaba, se movía, era transparente, comía, dormía, callaba, hablaba para no decir nada.

Esos hombres y mujeres, ¿eran sonámbulos en la vida para siempre? Veía que ahora despertaban, por lo menos algunos de ellos. Sentían nostalgias. Hacían algo. Esos hombres con carabina, ese fuego, esa precipitación...

Desde el principio han habido miles de millones de hombres. Hoy somos más de tres mil millones. ¿Cómo se las han compuesto durante siglos y siglos? Pensaba en esas muchedumbres. ¿Una inconsciencia infinita?

Al día siguiente, o al subsiguiente, por la mañana, desperté un poco más tarde que de costumbre. Llamaron a la puerta: debía de ser mi asistenta, la muda. Interrumpí mi aseo para ir a abrir. La mujer parecía muy asustada. Emitía sonidos inarticulados. Me había acostumbrado a ellos y podía entenderla. Sus gritos eran de horror. Con la mano me indicó la ventana del salón. Fui allá y abrí. Un hombre estaba tendido en la acera, bañado en sangre. Agonizaba. Los vecinos lo rodeaban. Cerré la ventana y bajé la escalera, con rastros de jabón en el rostro.

Aparté a los dos viejos jubilados, que meneaban la cabeza, y me acerqué al hombre que yacía en el suelo.

—Nunca se había visto cosa igual —decía el jubilado.

Su mujer aprobaba con la cabeza.

—¡Las cosas que hemos de ver! —dijo la portera—. ¡Qué tiempos estos!

—¡Es el hijo de la señora que vive en la esquina, la que perdió a su marido el año pasado!

En efecto, acompañada por la portera de los cabellos blancos, se acercaba la madre de la víctima. Al ver a su hijo, se echó sobre él entre sollozos.

—Yo bien le acabo de decir que no se deje vencer por el dolor. Yo bien se lo he dicho.

—Los jóvenes de hoy en día —dijo el caballero de las provisiones— no saben lo que es el peligro.

—¡Pobrecito mío! —decía la madre—. ¡Pobre hijito mío!

El herido estaba inconsciente. Era un joven, de veinte a veinticinco años, fino, delgado, moreno, con el pelo ligeramente ondulado. Sacudían su cuerpo repentinas convulsiones.

—Es terrible —decía la gente.

La madre seguía gritando y gimiendo:

—¿Qué le han hecho? ¡Era tan dulce, tan bueno!

Finalmente llegó una furgoneta de la policía. Cuatro agentes se apearon y se abrieron paso brutalmente. Yo recibí un codazo.

—¡Circulen! —gritaron—. ¡Circulen!

—Ustedes no son guardias de la circulación —exclamó el ruso blanco.

—Cállese y váyase —le dijo el segundo policía, mientras lo empujaba—. Esto no es de su incumbencia. ¿Pretende darnos lecciones?

Los policías ensancharon el círculo.

—¿Quién es esta mujer? —gritó el tercer agente señalando a la madre abrazada al cadáver de su hijo, ya que el muchacho estaba bien muerto. El cuarto agente agarró a la madre por los brazos, mientras el primero apuntaba algo en un carnet. La mujer seguía gritando y sollozando:

—¡Hijo mío, mi pequeño Raymond!

—¡Por favor, señora!... No le despertará con sus gritos. ¿No ve usted que ya no respira?

El muerto iba en mangas de camisa y llevaba unos pantalones tejanos. La camisa era azul con manchas rojas: la sangre. Calzaba sandalias. Uno de los policías le cacheó y sacó del bolsillo de su pantalón una navaja de muelle.

Dos agentes levantaron el cuerpo a pesar de las lamentaciones y los esfuerzos de la madre, que se obstinaba en abrazarlo. Cargaron el cadáver en la furgoneta. Los otros dos levantaron a la madre que había caído al suelo y lloraba sobre la sangre de

su hijo. Tenía las manos ensangrentadas cuando la subieron, también a ella, a la furgoneta:

—Y ustedes circulen, si no quieren buscarse complicaciones.

El vehículo se puso en marcha con los agentes, la madre y el muerto.

Una gran mancha de sangre aparecía en la acera. La gente contemplaba, como hipnotizada, aquella mancha. El perrito de la señora olía la sangre y la lamía. La señora tiraba de la correa. Con la mano me quité el jabón que tenía en la cara. La gente se dispersó gesticulando.

—¿Recuerdan? Es el que corría la semana pasada, con el rostro ensangrentado.

—No, aquél era otro, su enemigo.

Afeitado a medias, sin corbata, me dirigí hacia el restaurante.

—La vida es así. Todos debemos morir —decía una voz detrás de mí.

—Tarde o temprano...

Yo tenía una sed terrible. Necesitaba alcohol. Doblé la esquina, entré.

Algo había cambiado. Me preguntaba si era el mismo restaurante. Sí, era el mismo. En aquel momento había numerosas personas sentadas a las mesas, comiendo, con las carabinas colgadas en el respaldo de las sillas. De los bolsillos salían culatas de pistola. Eran los clientes de siempre y otros nuevos. Casi todos iban armados, tanto los habituales como los demás.

—Caramba, hay que defenderse —me dijo la camarera al ver mi expresión de sorpresa.

—Vino —le dije—. Tráigame vino.

Observaba a la gente que comía. De momento no me era fácil reconocer a los clientes de todos los días. Sus caras habían cambiado. Algo fundamental se había transformado. Eran los mismos sin ser los mismos. Aparecía un aspecto desconocido, otra personalidad.

Hablaban entre sí, a mi alrededor, sin tener en cuenta mi presencia. Llegaban a mis oídos alguna que otra palabra suelta:

«Lucha de clases», «el carnicero de la Plaza Roja», «el cuchillo entre los dientes», «los ricos», «los pobres», «el proletariado», «antirrevolucionarismo primario», «la dictadura, sí, pero en la libertad», «libremente consentido», «el futuro que canta», «las auroras sangrientas», «será una nueva noche de San Bartolomé», «esto se pagará con la sangre y en la sangre», «hay que admitir que ellos se lo han buscado con su corrupción», «esos cerdos burgueses», «los obreros son pobres porque beben, son todos alcohólicos», «¿y qué me dice de la droga?», «colectivismo», «individualismo», «totalitarismo», «la sociedad de consumo», «los bebedores de la sangre del pueblo», «nuestros dirigentes se venden al mejor postor».

Un hombre alto, flaco, con expresión furiosa, se levantó de repente, dio un tremendo puñetazo sobre la mesa, que hizo volar platos y copas, y gritó con voz de trueno:

—¿Y la fraternidad? ¡No olvidemos la fraternidad!

Se hizo un silencio. La gente parecía amedrentada. Dejaron de comer por unos instantes. El hombre volvió a sentarse. Luego las discusiones continuaron:

«Estamos hasta la coronilla», «más de la mitad de la humanidad vive en la miseria, se muere de hambre», «nosotros somos unos privilegiados», «basta de privilegios», «abajo los privilegios», «algo debe cambiar», «los hombres siguen siendo los mismos», «las revoluciones pasan», «evolución o revolución».

«Todo tiene un final. Todo tiene un principio».

«Es la cuadratura del círculo».

«Sólo la juventud tiene bastante entusiasmo para...»

«Los jóvenes son más lúcidos que nosotros».

«La experiencia de los viejos».

«Los jóvenes son unos grullos».

«Los viejos son unos grullos».

«Hay jóvenes grullos y viejos grullos».

«Cuando uno es grullo lo es para toda la vida».

«No permitiremos que sigan manejándonos».

«La revolución para el placer».

«No podemos más, fijaos: metro, trabajo, paciencia, catre».

«La fiesta, ¿sabéis? Podemos vivir en fiesta».

Quedé impresionado por el elevado nivel de la conversación. Por las interesantes preocupaciones de todas aquellas personas que hasta entonces parecían estar dormidas. Tuve la sensación de que algo se movía en mí: el deseo de moverme. Tal vez había cosas que eran posibles. Tal vez se podrían, por lo menos, ensanchar, empujar los límites. Aquel día, la concurrencia era muy numerosa, y la camarera andaba tan atareada, que el dueño tuvo que ayudarla en el servicio de los clientes. El negocio marchaba viento en popa; los dos mostraban un aire de satisfacción en medio del barullo. Algunos clientes se quejaban de la lentitud con que eran servidos. Un hombre muy gordo, una especie de gigante, abroncó a la camarera, que, según él, no se daba bastante prisa. Decía que dentro de media hora debía concurrir a la manifestación y ver lo que pasaba en la plaza grande. La camarera respondía agriamente: hacía todo cuanto podía, y nadie le impedía al cliente ir a otro restaurante. El hombre gordo replicó:

—¡Sois comerciantes! ¡Al fin y al cabo, unos explotadores!

—La explotación del hombre por el hombre —dijo alguien.

Diríase que en la sala había penetrado un estremecimiento de cólera.

—Yo soy una trabajadora —respondió la camarera—, me gano la vida con el sudor de mi frente, mientras que ustedes no saben más que hablar; palabras, nada más que palabras.

—¡Putá! —escupió a la camarera el hombre gordo.

Era demasiado. Todo el heroísmo que dormía en mí despertó de golpe. Me levanté:

—¿No le da a usted vergüenza? —le dije.

—¡Cerdo pequeño-burgués! —respondió el hombre, rojo de cólera—. Acércate un poco y verás lo que pasa... Acércate.

Cometí la imprudencia de hacerlo. Recibí un puñetazo en pleno rostro y caí sentado en mi silla. La camarera, exasperada, propinó dos formidables bofetadas al hombre gordo, que volvió a sentarse, palpándose las mejillas. Luego, ella se me acercó con una servilleta y enjugó la sangre que manaba de mi nariz.

—Usted no está para estos trotes —me dijo amablemente.

El incidente pasó casi desapercibido. Pero el nerviosismo crecía en el restaurante. Mientras bebía un café concentrado que me sirvió la camarera y con la otra mano apretaba el pañuelo contra mi nariz, un estallido de disparos se dejó oír en la calle, y, como obedeciendo a una orden, los hombres tomaron sus carabinas y se levantaron apresuradamente.

—¡La cuenta! ¡La cuenta! —gritaban desesperadamente la camarera y el dueño.

Algunos les arrojaron los billetes:

—¡Vuestro puerco dinero!

Otros se encogieron de hombros y no pagaron. Y unos pocos ni siquiera se encogieron de hombros. Salieron empujándose.

—¡A las armas, ciudadanos! —gritaba la gente—. ¡Nos las pagarán! ¡Nos las pagarán, los *boches*!

Se lanzaron impetuosamente calle abajo, por la derecha, en dirección a la plaza grande. Se juntó una multitud armada de carabinas o de porras. La calle rebosaba de gente que gritaba, juraba, cantaba. También yo salí. Me arrimé a la pared para dejarlos pasar. Sonaban disparos. La calle se vació. Todavía se oían las imprecaciones y los cantos. En la calzada yacían, muertos, dos policías y una vieja.

A media tarde miraba por la ventana de la sala de estar de mi apartamento. La calle estaba inhabitualmente agitada. La gente discutía en grupos acaloradamente. Veíanse caras nuevas. Jóvenes, hombres de cuarenta, de cincuenta años, muchos de ellos con barba. Llevaban carabinas, otros pistolas. Disparaban al aire. Salían de los pequeños patios, de los pequeños jardines, se despedían con la mano de la familia, de sus parientes. ¿Dónde estuvieron metidos hasta aquel día? Era la primera vez que los veía. Debían habitar en pequeñas buhardillas, tal vez eran trabajadores de los turnos de noche. Muchos de ellos iban acompañados. Las mujeres, sus madres, sus esposas, con el pañuelo en la mano, enjugaban las lágrimas. Abrí la ventana. Los viejos, más dignos, los animaban enérgicamente. Oía las palabras que me traía un viento ligero, pues el tiempo era bonancible y el cielo estaba sin nubes, indiferente. «Yo hice la guerra del 14», decía un anciano arrugado. Otro, no tan viejo, decía: «La Resistencia». «Yo también estuve en las barricadas, en el 27 o en el 37, en el 47 o en el 35». ¿Cómo pudo haber tantas barricadas en esos últimos años? No siempre debían

referirse a Francia. Quizás en el Brasil, quizás en España, quizás en el Congo, quizás en Palestina, quizás en Odesa, quizás en China, quizás en Irlanda. Debían de ser franceses voluntarios en diversas revoluciones, o revolucionarios extranjeros refugiados en Francia. En todos los países había sucedido algo parecido. Ciertamente, los resultados fueron, a veces, positivos. Quizás yo mismo me aproveché de ellos sin saberlo. También hubo fracasos; por eso era necesario volver a empezar, continuar...

Uno de los militantes levantó la cabeza y me vio:

—¡Ven tú también! ¿Qué haces ahí arriba?

—Os estoy mirando y me sorprende —grité.

—¡Gandul! —profirió otro, señalándome con el dedo.

Cerré la ventana y me hundí en mi butaca. «Tal vez debería ir con ellos», me dije sin convicción. Debería hacer como todo el mundo. ¡Mas, ay!, por suerte o por desgracia, mi cansancio... «¿Por qué?», me preguntaba. «¿Si no pueden cambiar el sol de sitio, si no podemos evitar la muerte?» Creo que se mataban unos a otros justamente porque no podían rechazar la muerte. Entonces se lanzaban unos contra otros, se rechazaban unos a otros. Aquello funcionaba rabiosamente. Aquello funcionaba porque no podían explicar lo inexplicable. La guerra, la revolución, la paz, el hastío, el placer, la enfermedad, la salud, el amor, las buenas mujeres, los niños que balbucean. Y ese largo camino. Ese largo camino. La palabra amor que acababa de venirme a las mientes me produjo de repente una añoranza sin nombre. Comprendí que el amor habría podido ayudarme, sustituir la explicación. Estar loco de amor. En efecto, todo era tan inverosímil, que tal idea podía parecerme seductora. Soñaba un viaje en un hermoso navío, el mar, el cielo. O el desierto. O tal vez descubrir las ciudades abandonadas. Sin duda había en nuestro mundo lugares sin hombres. La imagen del mar sin límites, de un desierto en calma, suscitó en mí una especie de alegría, una especie de esperanza. Amar el desierto, amar el azul de los océanos, amar la blancura de las naves, todo esto me parecía posible. Amar a la gente me parecía más arduo. No detestarla, de acuerdo. ¿Pero cómo amar a esas criaturas que se mueven, que hablan, que se agitan, que meten ruido, que exigen, que desean, que se mueren? Era más bien cómico. ¿Cuál puede ser el objeto, el término del deseo? ¿Cuál puede ser el objeto del odio, de la matanza, o simplemente de la conversación? Nos arrastramos en lo inexplicable. Esperar. Tener confianza. El corazón rebosante de amor. Había corazones rebosantes. Pero admitamos que tenga miedo. No era en modo alguno el miedo lo que impedía, lo que detenía mi impulso. Pero admitamos que tenga miedo. Es humano el miedo. «Es humano, es humano», y no podía contener la risa. La palabra «humano» me daba risa. En cuanto a tener o no tener miedo, no hay criterios. Unos lo tienen y otros no. Según como se mire, la cosa es más bien divertida. Estaba agitado por la no-agitación. Es una de las formas de estar agitado, pero los agitados de mi especie no actúan. Yo no hubiera debido sufrir.

Sin embargo, sufría. Estaba agitado por el sufrimiento. Era preciso admitirlo. Había en mi turbulencia, una turbulencia que, extrañamente, me paralizaba... Impulsos contrarios y contradictorios. Una vez más lamentaba no haber hecho estudios de filosofía. Tal vez hubiera llegado a saber algo, a saber cosas.

Llamaron a la puerta. Era la portera, que venía a decirme que la muda, mi asistente, había muerto a consecuencia de un disparo. Ignoraban quién había disparado. ¿Un rebelde? ¿Un policía? Alguien le había dado el alto y ella había seguido andando.

La portera se me ofreció para hacer los encargos, la compra, la limpieza.

—Alguien debe ayudarle, señor. Debe usted hacer provisión de té, de azúcar, de galletas, de carne en conserva, de confituras, de café, de patatas. En su casa hay sitio de sobra, tiene una buena despensa. No sabemos si podremos salir a la calle.

En efecto, los disparos se multiplicaban. Pero había momentos de calma. Ella conocía un tendero que tenía la puerta metálica bajada, pero los clientes podían entrar por la trastienda. Claro que cobraba un poco más caro.

Acepté su ofrecimiento, naturalmente. Sin embargo, no poder ir al restaurante me contrariaría mucho, lo echaría en falta. La imaginación me había fallado. ¿Cómo no había previsto tal situación? ¿Por qué no había huido al producirse las primeras alarmas, con mi dinero, que ahora se devaluaría, sin duda, a causa de todos aquellos disturbios y de los cambios que les seguirían? Hubiera podido tomar un tren azul, un avión blanco de los que surcan el cielo, un barco, o simplemente un automóvil con chófer. Ahora podría pasear tranquilamente por una ciudad brillante bajo el sol, por calles de casas rosadas, subir a torres inclinadas, hubiera podido visitar museos en países extranjeros saturados de arte. Pero yo solo me habría aburrido. Hubiera debido proponérselo a Yvonne o Marie; tal vez era esto lo que ella esperaba: viajes, viajes... Pero no, me sentía mejor aquí, en medio de la agitación. Aquí vería cosas desacostumbradas.

No podía aguantar más. Aproveché un momento de calma para hacer una salida.

—Dése prisa —me gritó la portera—; ahora están comiendo, pero pronto volverán a las andadas. Ahora disparan en nuestra calle contra todo lo que se mueve. No atraviese la calle, métase en su pequeño restaurante y vuelva pronto.

Me dirigí allá con cierta prisa, doblé la esquina, seguí por la avenida y entré en el restaurante que, por suerte, estaba abierto.

—Entre usted, rápido —me dijo la camarera—. Mañana quizás abramos. Pasado mañana, lo dudo.

Me senté a la mesa de siempre. Había señales de bala en la pared.

—Sí —dijo ella—. Los de dentro disparaban contra los de fuera, y los de fuera contra nuestros clientes. Hay morro a la vinagreta.

—¿Os vais?

—El dueño no ha querido ponerse al frente de la revolución. Ya no tiene edad para eso. Además, no está seguro del éxito. Y se lo echan en cara.

—Si fueran revolucionarios de verdad —dijo el dueño, que acababa de aparecer tras el mostrador—, tal vez les echaría una mano. Pero, en realidad, son unos reaccionarios.

—¿Y los otros, los adversarios?

—También son reaccionarios. Son dos bandas de reaccionarios. A los primeros les pagan los lapones, a los segundos los turcos.

Por las ventanas se veían pasar grupos armados. Algunos, desde la calle, nos mostraban los puños. Otros nos hacían muecas de desprecio. O golpeaban los cristales como si quisieran romperlos. La camarera trasladó mi cubierto a una mesa alejada de las ventanas.

—Mirad —dijo el dueño—. Todos tienen facha de otomanos.

—No sea usted racista —le dije.

Luego callé y tragué saliva.

—Yo sí soy racista —dijo la camarera—, porque me gustan todas las razas.

—No hay razas —dijo el dueño.

—Entonces no me gusta nadie —respondió la camarera—, excepto los amarillos.

—Los amarillos son una sarta de traidores —dijo el patrón—. Cuando trabajaba en la fábrica, eran ellos los que rompían las huelgas. En todo caso, no seré yo quien se meta en esa revolución de barriada. Nos instalaremos en el centro. Allá hay calma.

Entró un hombre. Llevaba bombín, polainas y mostacho.

—He atravesado el campo de los insurgentes para venir a vuestro barrio. Quería ver si habían incendiado mi establecimiento. Es cierto: en el centro, más allá de la plaza grande, a un kilómetro, hay calma. Extensiones de calma. Las calles están tranquilas. Hay poco tránsito. La gente no sale de casa. Contemplan la revolución en sus televisores. Por otra parte, más allá del centro, en los suburbios del oeste, los árboles ya han echado hojas. También hay las autopistas, coches que huyen velozmente... Y los campos. Los manzanos en flor. Y el río espléndido que va hacia el mar... Y las playas, las grandes playas. Y después el océano. En este momento está en calma, tan en calma como los lagos de la montaña. Después, las islas. Follajes. La primavera eterna. Mujeres desnudas. Estamos en una cárcel, ciertamente, pero la cárcel es espaciosa y bonita, con parques y jardines. En los jardines, los guardas son bonachones. Sonríen a la gente y no llevan porra. Y en las islas no hay guardianes de ninguna clase, en todo caso no se ven, se esconden en la espesura, duermen.

De repente, el universo se me apareció en toda su vastedad y variedad. En el mundo había caminos, montañas, había prados, fuentes, un cielo sonriente, hombres fraternales. Hay países donde quieren a los extranjeros y los acogen. Les dan de beber y de comer. Habitan casas sin tejado, ya que nunca llueve. Las estrellas son tan bajas que parecen al alcance de la mano. Frutas.

Yo tenía dinero en un banco del centro de la ciudad. Tomé la decisión de ir allí, costara lo que costara. Me prestaron un casco. No quise carabina. En la mercería recién adquirida por un armero había chalecos antibalas. Pero sólo para los combatientes. Me dirigí hacia la plaza grande, con la intención de atravesarla, de pasar al otro lado, al centro de la ciudad, donde había calma. La avenida estaba cortada por una barricada. Agité en el aire un pañuelo blanco. Una bala lo atravesó. Corrí hacia el otro extremo de la calle. Allí se levantaban las grandes fábricas y las altas chimeneas que los insurgentes habían derribado y que eran como muros infranqueables en medio de la calzada. No había paso ni por la derecha ni por la izquierda. A la derecha estaban los campos atrincherados de los rebeldes con centinelas que disparaban sobre quienquiera se acercase, o soltaban ráfagas por simple juego. A la izquierda estaban los campamentos de la policía que detenían a todo el mundo.

Me vi obligado a volver sobre mis pasos, a meterme en medio de la muchedumbre embravecida. Pude llegar hasta la puerta de mi restaurante. Ya cerraban. Vi a la camarera que se agachaba para pasar por debajo de la puerta metálica que estaba casi bajada.

—Diga a Yvonne que me espere —le grité.

—No sé dónde está —me respondió—. Hace más de un año que no la veo.

—¿Está casada? ¿Tiene hijos?

—Cuatro —fue la última palabra de la camarera, que desapareció detrás de la puerta.

¿Cuánto tiempo hacía que Yvonne me había dejado? Meses, años. El tiempo vuela. Muchas veces había oído esta constatación en boca de toda clase de personas. No era la primera vez que yo la sentía en toda su verdad. El tiempo se va, el tiempo se ha ido: heme aquí al borde del abismo.

Doblaba la esquina para llegar a mi casa. No fue cosa fácil. En aquel extremo de la calle, precisamente, estaban levantando una barricada. Dije que era vecino del barrio, que tenía mi casa en aquella manzana.

—¿Eres vecino de este barrio y ni siquiera sabes el santo y seña? Por esta vez puedes pasar.

Avancé, y vi que en el otro extremo de la calle levantaban otra barricada.

Mi casa se encontraba mediada la calle. Llegado a mi puerta, pude ver la bandera de la barricada del otro extremo. Era la misma que la de la barricada que acababa de dejar atrás. Una bandera verde con una media luna y un haz de trigo.

—¡Pero es la misma! ¡Las dos banderas son iguales! —grité.

El viejo de la casita de enfrente se acercó a mí:

—Vaya a decírselo. Son del mismo partido. Se matan unos a otros.

—Por algo tienen los gemelos. Debe tratarse de dos jefes rivales del mismo grupo.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, dos ráfagas de disparos partieron, una de cada lado. Estábamos entre dos fuegos. Mi sombrero fue agujereado por una bala. El viejo cayó gritando:

—¡Viva...!

Un chorro de sangre le impidió aclarar quiénes eran los que deseaba que vivieran. La mujer del anciano salió de la casa de enfrente. Al ver a su marido en el suelo, lanzó un grito terrible, naturalmente. Me amenazó con el puño:

—¡Todo eso es culpa tuya, puerco burgués!

Las ráfagas se tornaron más intensas. Entré rápidamente, sin preocuparme de la vieja y de su viejo. En el mismo pasillo de la portería arrojé rabiosamente mi sombrero:

—¡Nunca más llevaré sombrero! —grité.

— ¡Entre usted! ¡De prisa! —dijo la portera—. Suba y verá las provisiones que le he traído. Hay todo lo que necesita y en cantidad. Para meses.

—¿No ha olvidado los...?

—No he olvidado nada. Pensé en lo que usted piensa ahora. Hay para meses, para años. Como a usted le gusta estar solo, será feliz allá arriba. Siempre que no nos corten la electricidad y el agua...

Subí hasta el tercer piso, abrí la puerta de mi apartamento. En efecto, había todo lo necesario. De todo. Botellas en abundancia: vinos de Burdeos, de Borgoña y de Saboya y de Alsacia y de Turena, y aguas minerales. En la despensa y en el pasillo. Estaba lleno. Sacos enteros de comida. Los ratones, y menos aún las ratas, no subirían hasta mi piso. Además pensaba levantar barricadas contra las ratas y los ratones en puerta y ventanas. En las canales. Y tenía veneno para los roedores. Y hasta una pistola. Apenas podía acercarme a las ventanas, ya que las balas perdidas rompían los cristales. Con todo, arrimado a la pared, miraba al sesgo la calle de vez en cuando. Los hombres salieron de las barricadas y se lanzaron al asalto unos contra otros. Disparos, fragor, gritos de rabia, gemidos de los heridos, estertores, hombres de las ambulancias. La lucha no cesaba. Había bastantes cadáveres esparcidos por la calzada y las aceras. Continuamente llegaban refuerzos para cubrir las bajas de uno y otro bando. Gemían, aullaban, cantaban, se insultaban. Los vecinos de la calle que no participaban en el combate parecía que se divertían con el espectáculo. Se asomaban a las ventanas, desafiando el peligro. De vez en cuando, algún curioso era alcanzado por una bala perdida. Pocas veces. Otras veces, algún fusilero disparaba adrede sobre aquellos mirones; aquella curiosidad irritaba a los combatientes. Mientras la jugra duraba, todo estaba permitido. Es explicable. Es humano. Entonces, los curiosos cerraban precipitadamente la ventana y se retiraban al interior de la casa. Pero, a veces, el tiro acertaba y el herido caía a la calle: ¡paf! En medio de la calzada, imaginaos. En los momentos de calma, los de uno y otro bando se disputaban los cuerpos de las víctimas inocentes. De esta forma podían acusarse mutuamente de

asesinos de viejos, de mujeres, de niños. A decir verdad, la cosa no era divertida, ni mucho menos. Estaba harto de tanta sangre, de tantos cadáveres.

«De todo eso podrían sacarse bonitas estampas de Epinal», me dije.

Decidí no esperar más. No podía resistir por más tiempo esos horizontes sangrientos, esas ruinas teatrales o cinematográficas, esos acontecimientos que alimentarían toda una literatura, decenas de miles de libros. Por otra parte, aquello parecía no tener fin. Duraría años y más años, eso sí, con la esperanza azul al final. Las llamas de los incendios y la pesada humareda me impedían ver el cielo estrellado de la cárcel cósmica. Cierta leyenda oriental, árabe, me parece, nos dice que más allá, encima del techo celeste, detrás de esa envoltura, resplandece una luz cegadora que los hombres percibimos por los agujeros que son las estrellas.

Decidí arreglármelas para atrincherarme contra todo el mundo.

Ya no tenía ninguna necesidad de salir de casa. El agua, el gas, la electricidad, la calefacción funcionaban a maravilla. Todo ello nos llegaba a través de grandes tubos enterrados a gran profundidad, y gracias a ello los insurgentes y los contrainsurgentes, carentes de los medios para cavar tan profundamente, no podían sabotear las instalaciones. Destruían, en cambio, fábricas, garajes, inmuebles administrativos radicados en el barrio. Pero, de vez en cuando, debían tomarse un descanso, por lo que respetaban algunas casas, ciertas calles, la mía especialmente, donde vivían los padres y otros parientes, a los que visitaban periódicamente, o donde tenían sus buhardillas. Asimismo guardaban en esas casas sus provisiones y sus depósitos de municiones. A veces, alguno de esos depósitos hacía explosión, pero era por azar. En nuestra casa no había municiones ni vivía en ella ningún pariente de los combatientes. De vez en cuando venía uno de ellos, melenudo y barbudo, introducido por nuestra única militante, la señora del perrito, cuyo marido, como por azar, acababa de morir. La misma señora del perrito trajo también, al cabo de un tiempo, a otro combatiente, con barba y la cabeza completamente rapada, que al parecer formaba parte del ejército popular adverso. La señora hacía lo que se llama el juego doble. Alguna vez, los dos insurgentes enemigos coincidían en casa de la señora, pero, considerando seguramente que nuestro edificio era un *no man's land* o territorio neutro, los tres hacían buenamente *ménage á trois*.

Yo pensaba en aquellos tubos y en aquellos cables subterráneos que nos traían el calor y la luz del centro de la ciudad. ¡Cómo estarían burlándose de mí mis colegas de la oficina! El conflicto en nuestro barrio hacía tanto tiempo que duraba, que los del centro se pudieron dedicar a plantar nuevos parques con hermosos y extensos espacios verdes. Los árboles deben de haber crecido; todo debe de ser bonito y alegre allá. Y yo estaba encerrado en aquel barrio peligroso, castigado por la rabia, y el furor, y la sangre, y la muerte.

Desde hacía algún tiempo, los fusileros disparaban también sobre mis ventanas. ¿Me consideraban tal vez como un neutralista peligroso? A mí, que ignoraba en absoluto el sentido de su lucha. Sin embargo, el hecho debía responder a una razón.

Un día, ya acostumbrado al ruido y al peligro, estaba leyendo un periódico de antes de los acontecimientos, cuando me levanté de mi asiento para ir a orinar. Había oído un ruido de cristales rotos, y al volver para instalarme de nuevo en mi canapé vi un magnífico casco de granada exactamente en el sitio donde iba a poner mis posaderas. En vista de ello decidí tomar las medidas necesarias para que accidente parecido no volviera a producirse. Se trataba de dar la impresión a los de fuera de que mi apartamento estaba desocupado, muerto. Puse grandes colchones y almohadas en las ventanas. Todo quedaba completamente tapado. Ni un hilo de luz podía traslucirse.

Decidí instalarme en la pieza del fondo, cuya ventana daba a un patio interior. Allá no llegaba ruido alguno. Había mucha luz porque era el tercer piso, y como la habitación daba al sur, incluso había sol. Un rayo, rayos de sol. Muchas familias habían enviado a los niños al campo o a pensionados. No pocos padres habían abandonado también sus apartamentos. Los niños de más de doce años habían sido reclutados; me lo dijo la portera, y me lo confirmó mostrándome un periódico de los sublevados, que había encontrado en la entrada de la casa. De aquellos niños, unos constituirían una formación militar o paramilitar, la «Cohorte de los Gravoches» parisienses, y los otros la «Legión de los nuevos Bara». Había, además, una tercera agrupación: los «Boy-scouts de los Suburbios». Éstos estaban encargados de recoger y cuidar a los heridos de los dos campos y de requisar gallinas y otras vituallas, para las que expedían bonos a favor de los combatientes de los dos, tres o cuatro partidos.

El patio interior al que daba la ventana de mi nuevo dormitorio estaba lleno de basura, que formaba un montículo en el cual crecía la hierba, e incluso algunos arbolillos floridos. Podía, pues, arrojar allí mis residuos, que se metamorfosearían en plantas verdes, en flores, en césped. Había tantos sacos de provisiones y tantas botellas a todo lo largo del pasillo, que me vi obligado a arrimarlos bien a derecha e izquierda y así dejar una pista por donde poder pasar, yo y también la portera, mi último vínculo con el mundo de pólvora y de fuego que me rodeaba. Mi nuevo dormitorio era un oasis, una pequeña Suiza. Probablemente saldría muy poco de él. Y con motivo. Allí reinaba una calma deliciosa. Sentía una gran tranquilidad al ver que no había nadie detrás de las ventanas mudas. Sabía que pasaría el tiempo sin sobresaltos y podría soñar y beber todo el alcohol que me viniera en gana.

El tiempo pasó. Pasaron meses. Tal vez años. La portera me traía de vez en cuando estampas de Epinal en las que se veían a los guerreros de la revuelta, con su carabina, su barba, su gorro, o sin barba ni gorro. Aquella revolución ya había entrado en la historia. En una de aquellas estampas aparecía la muerte heroica de

Bara, que caía atravesado por las bayonetas. Otra imagen representaba un *gavroche* con los brazos en alto, herido de muerte. Frente a él, los malos todavía le disparaban. Los malos vestían uniforme verde.

Un día, la portera me explicó que, finalmente, los insurgentes habían volado algunas casas de nuestra calle. Fue sin duda lo que yo había tomado por un terremoto. Agucé el oído y sólo percibí el ruido de disparos muy lejanos.

—Sí —me dijo la portera—, parece que ahora la batalla se libra sólo en la plaza grande.

E incluso allí había disminuido de intensidad. Entre el tiroteo, o durante los momentos de calma, la gente salía a hacer sus compras. Quise saber si mi restaurante todavía estaba en su sitio.

—No queda nada de su restaurante, señor —me dijo la portera—, ni de la casa donde estaba.

Nuestra casa y dos o tres más de la misma manzana eran las únicas edificaciones que quedaban en pie. Había muy poca gente en nuestra calle. Los jubilados, el ruso blanco, la señora del perrito; los demás habían muerto. No todos a causa de la guerra civil, sino de vejez, de un infarto, de otras enfermedades.

—Pero todo se está reconstruyendo. Habrá trabajo para mucha gente. ¿Sabe usted a qué precio se paga ahora el metro cuadrado en nuestra calle?

La portera también murió. La sustituyó su hija. Me di cuenta de ello al cabo de algún tiempo. La nueva portera reponía mis provisiones, se llevaba las latas de conserva vacías. Era discreta y me importunaba raramente.

Mi dormitorio era claro. Mucha luz. Solamente salía de mi refugio para ir al cuarto de baño a lavarme y afeitarme. Pero cuando el día estaba nublado no me afeitaba. Luego volvía al dormitorio por la pequeña pista que había practicado entre los montones de bebidas y alimentos. Todos los días rehacía mi cama, y barría el suelo. Abría la puerta para dejar en el pasillo la ropa sucia y recoger la limpia. Todo ello me fatigaba mucho; me fatigaba como para tener el derecho a echarme en la cama durante casi todo el día y contemplar el cielo y el techo. Yo estaba a la espera. Una espera de no sé qué. Pero viva y vibrante. Cuando nubes ligeras cruzaban el cielo azul, intentaba interpretar algo, probaba de leer en el cielo. Ya no me sentía infeliz como antes. ¿Era la edad, que me había vuelto más juicioso, o bien había embotado las fuerzas que actuaban y se combatían en mi alma? Con todo, no se crea que fuera feliz. Las cosas eran así. Dentro de la inmensa cárcel universal, me había construido una prisión más pequeña, a mi medida. Un rincón donde poder vivir. Era muy pequeño, me daba cuenta de ello. Por lo menos era a mi medida. Un pequeño rincón en el presidio que me ocultaba el presidio. Un presidio sin trabajo. ¿Me aburría? ¿Estaba resignado? Fatigado sí lo estaba. Pero podía echarme en la cama como quería y cuando quería. Pasaba horas enteras, días enteros en posición horizontal. Ningún

esfuerzo, excepto el de la espera. Mirando el cielo siempre intentaba adivinar el más allá del cielo. «¿Existo yo?», me preguntaba. En todo caso, mi yo estaba aquí, entre dos infinitos, el grande y el pequeño. ¿Qué era yo? Por un lado, un punto. Por otro lado, un conglomerado de galaxias. En mí nacían universos, se abrían, se deterioraban, morían. En mí había galaxias, miles de millones de siglos para los sistemas cósmicos. Había miles de millones de kilómetros para seres que yo no conocía, miles de millones de seres que actuaban en mí, que se indignaban, que se sublevaban, que se combatían, que se amaban, que se detestaban. Todo eso estaba en mí.

Mi casa y las dos o tres casas vecinas eran ahora una manzana rodeada de solares con vastos talleres y almacenes de materiales. Reconstruían lo que había sido demolido. Se demolía para construir. Se construía para demoler. Los muros de dos o tres inmuebles me defendían contra los ruidos de la reconstrucción. Además, tenía mi método. No me oponía a los ruidos, no me tapaba los oídos, no me irritaba, no echaba pestes. Por el contrario, los escuchaba con la mayor atención. Era una suerte de música. El ruido no me crispaba los nervios, me los calmaba.

Hacían unos días magníficos. Tal vez era debido a que habitaba en un barrio del sur, donde hace mejor tiempo y más calor que en los barrios del norte. Una mañana, cerca del mediodía, mientras contemplaba el cielo azul por encima de los tejados como solía hacer, vi aparecer una grieta, una pequeña hendedura que se extendía silenciosamente de un extremo a otro de la bóveda celeste. La grieta era luminosa, con una luz más intensa que la luz del día —¿cómo lo diría?—, más azul que el azul del cielo. Yo esperaba algo. El ruido de los trabajos continuaba normalmente, como si tal cosa. Evidentemente, es necesario contemplar larga y atentamente el cielo. Los hombres no levantan los ojos. El trabajo, las preocupaciones los absorben. Yo seguía contemplando aquella especie de lagarto que cruzaba el cielo. Me dolían los ojos de tanto mirar. Lentamente, el rayo luminoso, luz en la luz, desaparecía gradualmente, como había aparecido, sin dejar rastro. La raya volvió a aparecer en la noche estrellada, más larga que durante el día. Era como un relámpago instalado de un extremo a otro del horizonte. Las estrellas contiguas palidecían, casi parecían apagadas; sin embargo, el rayo luminoso partía de una estrella, un rayo de una claridad tan intensa como la luz de dos soles. De nuevo me invadió la alegría. Tomé el hecho como una promesa y no como una amenaza. Llegó el alba, que me pareció gris cuando la hendedura desapareció del cielo. La joven portera me trajo mi café hacia las ocho; ella no tenía la costumbre de mirar más arriba de los tejados. No había visto nada. Además, por la noche dormía. Y durante el día estaba demasiado ocupada. El domingo miraría el cielo. Por lo demás, nadie de la casa, ni los obreros que trabajaban en las construcciones vecinas, entre los que tenía algunos amigos, y con los que había hablado cuando iba a la panadería, ni tampoco el panadero, nadie dijo nada del fenómeno. Yo era el único. Le dije que tal vez el fenómeno no se repetiría antes del domingo próximo.

—Yo no sueño con los ojos abiertos —me respondió maliciosamente.

—Le aseguro que lo he visto —añadí—, lo he visto con mis propios ojos.

—Si ninguna de las personas con las que he hablado han visto nada...

Me pidió que la firmara un talón para hacer las compras. Me dijo, además, que me pedirían un importante anticipo para la instalación de un ascensor que exigían los nuevos inquilinos del inmueble. Subrayó que yo podría aprovecharme de la mejora, si decidía moverme un poco. Mi aislamiento no tenía razón de ser. El peligro había desaparecido. «De vez en cuando», añadió, «se oye alguna explosión, un ruido lejano de bomba». El barrio había sufrido lo suyo, pero ahora volvía a estar tranquilo. La revolución se había desplazado hacia el centro de la ciudad y los suburbios del norte.

—Ahora es su turno; a nosotros ya nos han castigado suficiente.

Todo aquel día, los días siguientes, el domingo siguiente, apoyado en el antepecho de la ventana, observé atentamente el cielo por encima de los tejados, con la esperanza de una repetición del fenómeno. Muchos domingos, muchas semanas. Nada pasó en las alturas.

Volví a acostumbrarme a la claridad trivial del día. Y me aburría. Incluso consideré la posibilidad de salir a la calle. Seguramente habían instalado un nuevo restaurante en el mismo lugar donde estuvo el otro. Vivía unos días desagradables. Recorría el largo pasillo entre las dos hileras de provisiones, llegaba frente a la puerta, la abría... Un día bajé la escalera, sorprendido de poderlo hacer tan fácilmente. Pasé por delante de la garita de la portera, que estaba ausente. Eran otras costumbres. La anterior estaba siempre en su sitio, al pie del cañón. Ya en la acera, di un paso, dos pasos. No reconocía las casas. Todas eran nuevas, altas, todas se parecían. Una calle nueva cortaba la nuestra. Era el emplazamiento de las casas destruidas. De esta manera se llegaba más pronto a la avenida. Las casitas con sus jardincillos o sus pequeños patios habían desaparecido. No conocía a mis nuevos vecinos. Llegaban, en efecto, a mis oídos estallidos de bombas lejanas. Ya estaba frente al restaurante. El mismo dueño explotaba el nuevo local. El gobierno a favor del cual o contra el cual había luchado, lo había reinstalado en el mismo sitio. El hombre había envejecido, cojeaba. Yo, a mi vez, también debía haber envejecido, ya que no me reconoció. Vi que la nueva clientela era gente joven, que se divertía a su modo. El público había cambiado totalmente de aspecto. Unos tocaban la guitarra. Otros tomaban bebidas refrescantes, sin alcohol. Reían ruidosamente. Varios de ellos, bien apoyados en el respaldo de las sillas, ponían los pies sobre la mesa. «El mundo se ha rejuvenecido», me dije, «yo he envejecido. También ellos envejecerán».

—¿No me reconoce? —dije al dueño—. Soy el cliente de todos los días, el que se sentaba ahí, donde ahora está esa mesa de fórmica rodeada de jóvenes.

—Ah, sí. Ahora recuerdo —dijo el viejo—. Ya no tengo camarera. Aquélla ya debe de tener hijos mayores. Tal vez nietos. Acérquese usted, tomaremos una copa. Pienso jubilarme pronto. Usted sigue trabajando, supongo.

—No. Yo me jubilé muy joven. Hace mucho tiempo que me jubilé.

— ¡Vaya suerte la suya! Se debe dar la gran vida ¿no? Pero lo veo un poco alicaído. Ah, a todos nos llega. De haber trabajado, quizás hubiera envejecido menos. Cuando uno se jubila debe buscarse una ocupación. Cambiar de oficio, nada más. Reengancharse. ¿Recuerda usted? La guerra civil, las barricadas, ¿eh? Eran los buenos tiempos. Hubo un tiroteo en la misma sala del restaurante...

—Lo sé, lo recuerdo perfectamente. Yo estaba aquí.

—Ah, sí. ¡Ya no me acordaba! Incluso recibió un buen puñetazo en la nariz. Es la vida. Felizmente, todavía queda el buen vino —dijo, mientras escanciaba dos copas de *beaujoláis* en el mostrador—. Siempre habrá tabernas, siempre habrá vino. Pero, en cambio, el camembert no es el mismo de antes. Lo fabrican en serie. Es más fácil. Los jóvenes son más perezosos. Los tiros de fusil no los calientan. Sea como fuere, algún día les llegará su turno. ¿Quién puede saber lo que hurga en la cabeza de los hombres?

—¡Oh, sí, caray! Hay en nosotros una tendencia a la agresión. La cosa puede surgir en cualquier momento.

Cuando salí, los jóvenes volvieron la cabeza para mirarme. Su actitud era de burla. Se daban codazos y guiñaban el ojo. Seguramente porque vestía a la antigua. Yo pertenecía a otro mundo. Un mundo tal vez ya extinguido. ¿Existían burgueses todavía? ¿Era yo burgués? Tal vez no era burgués ni tampoco otra cosa diferente.

Regresé a casa tan de prisa como pude. Subí los tres pisos apretándome los riñones con las manos. Abrí la puerta, cerré con llave, y sin mirar siquiera hacia la sala, me reinstalé en la habitación trasera.

Poco a poco, los ruidos volvieron de nuevo. Me parecían muy lejanos. No obstante, podía distinguirlos: máquinas perforadoras, martillos neumáticos, trinchagravas, grúas. Y también canciones, las voces de los obreros. Todo ello, ruidos sordos, que me hicieron sospechar que mi oído había perdido acuidad. Un mundo nuevo se estaba construyendo, un nuevo mundo, debían creer ellos. Sólo con pensarlo me invadía una sensación de fatiga.

Seguramente la portera estaba irritada. ¡Subir dos o tres veces al día para traerme las comidas, la ropa limpia, ir a la compra para mí! Era mucho trabajo. Me pidió un aumento de salario.

—¡La vida está tan cara! El dinero ya no tiene valor.

Accedí a su petición, pero no sin pánico. ¿Debería volver a trabajar? Era una perspectiva terrible. Me preguntaba si todavía era capaz de hacer algo. Antes de decidir nada escribí a mi notario y a mi banco. Sus respuestas me tranquilizaron. Mi dinero iba sobre ruedas. Mi renta había aumentado en proporción al aumento de la vida. Sin embargo, por prudencia, decidí dejar de fumar. No podía hacer otro tanto con el alcohol, pero reduje sensiblemente la ración. Tomaría carne sólo dos veces por semana. Comería menos. La portera me informó que acababa de abrirse en el barrio un restaurante popular que servía platos preparados, que el cliente podía llevarse a su casa. Lo prefería a las conservas y al cocido que la portera me cocinaba. Por otra

parte quería ahorrarle trabajo, evitar que me dedicara tanto tiempo. Tenía en cuenta que ella debía cuidar los niños de su hermana casada, que trabajaba en la oficina de una de las empresas que construían en el barrio. El marido estaba enfermo, el subsidio de la Seguridad Social era insuficiente.

Pero a pesar de hacer todo lo posible para calmarla, continuaba regañándome, dando portazos, riéndose de mí en mis narices. Incluso intenté discutir el problema con ella. Mi falsa alegría, mis bromas no eran de su gusto. Mi manera de vivir, mi reclusión le parecían inexplicables, absurdas. A veces aludía a mi ociosidad, y un día llegó a reprochármela abiertamente:

—No tengo por qué disimular, digo lo que pienso, canto las verdades a la gente...

Para serle más agradable, para amansarla, cuidaba más mi higiene y mi aseo personal. Observé que mis sienes se volvían grises. ¿Cuánto tiempo, cuántos años hacía que...? Según la portera, yo no tenía derecho todavía a la jubilación.

—Sobre todo —añadía— después de una vida así. ¡Usted no ha hecho nada! ¿Para qué sirve usted?

«¿De qué sirve servir?», me decía yo. Pero no podía discutir este problema con ella.

—Muy pronto tendrá usted que mudarse. No tardarán en derribar esta casa y las que la rodean, toda esta manzana tan vieja. Harán casas modernas. Ahora la gente está por lo moderno.

—Un modernismo que envejecerá, como todo. No le dejan a uno ni tiempo de respirar.

La portera no respondió y se encogió de hombros. ¿Derribar mi casa? La cosa era seria, me daba miedo pensarlo. Pero pronto me tranquilicé. Hacía mucho tiempo que se hablaba de ese proyecto. Seguramente pasarán muchos años antes de que la amenaza se cumpla. Además, yo podía oponerme a la demolición de la casa. Era propietario del apartamento. Pero existía la cuestión del interés público. Podrían obligarme. Bah, no por ahora.

¿Qué había sido de los otros, los de la oficina, mis viejos compañeros, mis amigas de aquellos tiempos? Muertas, o suegras, o abuelas. ¿Y si un día me acercara por allí? ¿Continuaba todavía la guerra civil en su barrio, en el centro de la ciudad? Podría informarme...

Siento como una tristeza, una nostalgia al pensar en el tiempo pasado. Sí, añoranza de aquel bar, de los aperitivos con el dueño de la taberna, con mi compañero de trabajo... ¿Cómo se llamaba? ¿Jacques? Sí, creo que sí. Pero no. Jacques era el marido de Lucienne. ¿No se llamaba Pierre? Pierre, ¿y qué más...? Su apellido empezaba con una B... Algo parecido a Bouille. Del nombre del jefe no tenía ni idea. Me falla la memoria. Después de todo no había pasado tanto tiempo... Pero sí, había pasado mucho tiempo. Mi juventud. Las viejas calles, las viejas calles

de París. Es bonito París. Era bonito: los domingos me instalaba en la terraza de una cervecería y seguía con la vista a la gente que pasaba. Los domingos. El hotel. Abría la ventana y veía la calle que hormigueaba. Era antes de la guerra. Y luego apareció la camarera, Yvonne. Lo que más añoraba. ¡Ah, los días no vuelven! Filosofaba. ¿Hubo algo más? La lluvia, el sol, el cine. Raramente entraba en un cine. Tantas películas interesantes. Demasiado tarde. Habría aprendido tantas cosas... No habría aprendido nada. No hay nada que aprender. Recuerdo, recuerdo, ¿qué quieres de mí? Sobre todo hubo luces, por la noche, en la ciudad. Y también el cielo gris, las casas grises, gente gris. Una vez hubo también una carretera blanca. En un día claro, sereno. Fuera de la ciudad. Sí, hice una excursión, en coche, con Lucienne. ¿Fue con Lucienne? Quedé asombrado de los colores del campo, del rojo de las amapolas en un trigal. Nos apeamos, anduvimos unos centenares de metros por un camino arroyado, con brillo de sol sobre las hojas verdes. Llegamos hasta aquel trigal de las amapolas.

Surgieron también los recuerdos que los otros me contaban. Mi compañero de trabajo, cómo diablos se llamaba, hizo un largo viaje a Bélgica, en un autocar. Hacía mucho tiempo, cuando era muy joven. Fue muy divertido. Los viajeros reían, charlaban, bebían vino que sacaban de sus maletas en el autocar. Unos funcionarios de aduanas o unos policías subieron al vehículo para revisar los pasaportes. Continuaron su camino. Estanques, pueblecitos con casas de ladrillos rojos. Llegaron a Bruselas. Poco después de su llegada, el grupo fue sorprendido por un chaparrón. ¡Dios mío, qué chaparrón! Bajaron del autocar, atravesaron la calle a todo correr y se refugiaron en una cantina estrecha y larga, con mesas de madera pintada. Tomaron cerveza, aquella cerveza belga especial, ¿sabes?, llamada «gueuse^[1]». Bebieron mucho y todos estaban muy alegres. Fue divertido. Después visitaron Amberes. En el barrio del puerto, las casas eran puntiagudas, muy distintas de las nuestras. Había mujeres que se exhibían en las ventanas, como en un escaparate. El barrio era peligroso. A menudo había disturbios. Pero durante su visita no se produjo ningún desorden; mi amigo lo lamentaba. No había peligro porque el grupo era numeroso y había agentes en todas las esquinas vigilando. Agentes belgas.

También recuerdo a aquella muchacha, muerta a los diecinueve años. Flores y coronas cubrían el féretro. Flores de todos los colores. Las quise oler. A partir de entonces perdí la acuidad del olfato. Se dice que así sucede a los que huelen las flores de un muerto. Durante largo tiempo solamente percibía los malos olores. Más tarde la cosa se arregló bastante. De niño, mi olfato era finísimo. Con los ojos vendados reconocía a mis compañeros por el olor de sus abrigos. Mi pituitaria nunca más ha recobrado del todo su eficacia.

No, no es verdad que todo haya sido gris. Sin embargo, los recuerdos luminosos han escaseado. Uno, dos, y el resto es el asfalto sucio, el asfalto húmedo, la noche. La imagen de mi madre también me ha obsesionado. Menuda, cabellos grises, vestido gris, rostro gris, cuya ambición era que yo llegara a ser un hombre de provecho, un hombre de éxito. ¿Por ventura existe el éxito? Y luego la oficina, las hojas de

puntualidad, las conversaciones políticas con mi compañero de trabajo más inmediato, así como las disputas con él; nos reconciliábamos a la salida, a la hora gris del aperitivo. Muchos momentos sombríos a causa del exceso de alcohol que borra las imágenes. Aquí y allá, una vaga claridad, una media claridad en las cortinas de tinieblas. También hubo las revoluciones, las guerras civiles, el puñetazo que recibí. Muchas cosas pasaron a mi alrededor. Sin mí. Sin embargo, todo me interesaba. Hubo algún cadáver. Marchas revolucionarias, hombres encolerizados. El joven que murió tendido en la acera rodeado por los vecinos de la calle, ahora tan cambiada. Aquellos ancianos, aquellos jubilados, tan flacos, tan disminuidos. ¿Existió todo eso? Es como si no hubiera existido. El viejecito con su mostacho blanco, ¿llevaba también barba? ¿O perilla? ¿O solamente bigote? Antes de la revolución mi calle era agradable, plácida, con sus vecinos, casi todos gente de edad avanzada, con el ruso que cojeaba. Yo daba una vuelta por la manzana. Hubo la avenida, los muros de las fábricas y nuestra calle, que era una cosa aparte. Me aproveché poco de ella. También debí ir a visitar a mis amigos y a los compañeros de la oficina. Tuve muchas veces el propósito de hacerlo. Sí, todo ha desaparecido. Todo. Es curiosa esa añoranza, esa amargura que sentía como si procediera de mi estómago. ¡Había visto tantas cosas! Fusiles, puños en alto, manos tendidas, saludos de todas clases. Era conmovedor. Pero no hubo suficiente variedad en la vida que llevé en mi apartamento. Me aburrí mucho. ¡Harta razón tuvo Yvonne para irse de mi lado! Yvonne o Marie... Yo mismo llevé sus maletas hasta la acera, ayudé al chófer a meterlas en el maletero. Lo recuerdo perfectamente. Veo que mi memoria no es tan mala como creía. ¿Hubo algo más? ¿Hubo más? Sí, el profesor, en la escuela; era el director, pelo ceniciento y bigote negro.

—A mí nadie me dio la mano, me hice yo mismo, solo —me decía.

Después, ya detrás de su escritorio:

—Tú no llegarás a ninguna parte, amiguito, recuerda bien lo que te digo. Yo ya habré desaparecido, pero tú no llegarás a ninguna parte. Esa es la verdad.

Y con el índice me mostraba a mi madre.

—Ahí lo tiene... No hay caso, señora —le decía sin piedad, quitándole todas las ilusiones, a pesar de las lágrimas que ella no podía contener.

Yo he tenido siempre, sobre todo, la sensación de una carencia. En resumidas cuentas, todo eso habría sido bello y satisfactorio si hubiese sabido llenar cada instante. Había desaprovechado las oleadas de la vida. De todas maneras, el final habría sido el mismo. Pero los recuerdos que me quedaban eran como pinturas en los marcos de la memoria. Cuadros algo borrosos, algo ennegrecidos por muchos olvidos. Estos olvidos equivalían a manchas negras que cubrían la imagen. Pero siempre hubo esa carencia. ¿Qué me hacía falta? ¿Qué me ha faltado? Hubiera querido saberlo todo. He aquí lo que me faltaba. No haber sabido. No haberlo sabido todo. Era ignorante, pero no lo bastante para no darme cuenta de que era ignorante. Los sabios, ¿saben algo? ¿Les basta lo que saben? ¿Hay algo más? Tal vez los árboles

saben más que los hombres. Los animales también saben muchas cosas. Yo no hice ningún esfuerzo, porque sentía que no era posible saber. No encontraba consuelo. Quizás un día se sabrá todo. Otros lo sabrán todo. Esta fatiga ha pesado siempre sobre mí. Era la fatiga de la impotencia. Sí, hay miles de millones de hombres. Ha habido miles de millones de seres vivos, y para cada uno de ellos la angustia universal. Cada uno, como Atlas, ha soportado todo el peso del mundo como si estuviera solo, abrumado por la inmensa carga de lo incognoscible. ¿Me consolaba un poco saber que el más grande sabio era tan ignorante como yo, y que tenía conciencia de ello? Pero ¿era esto verdad?

Un día me despertó el gorjear de los pájaros. Florido, blanco, un árbol se elevaba hasta mi ventana. La abrí. Una de sus ramas estaba al alcance de mi mano. Pájaros azules y verdes volaron y después volvieron a posarse en el árbol, un árbol desconocido. Como viejo hombre de ciudad, ignoraba la naturaleza. El árbol había nacido y crecido en el montón de basura del patio interior, transformado en césped. Su tronco era liso y el ramaje que lo coronaba se formaba y se abría a la altura de mi piso. Corté tres flores inmaculadas de la rama más próxima.

— ¡Vengan a ver! —grité—. ¡Vengan a ver!

Sólo el eco me respondió. La portera llamó a mi puerta con unos golpes discretos. Abrí. Observé que había envejecido.

—Mire que árbol más precioso en el patio. Ha crecido en una noche. ¿No lo cree? ¡Acérquese y mire! ¿Oye usted los pájaros?

—No oigo nada —dijo.

Se acercó de mala gana.

—Aquí no hay ningún árbol... ¿Qué broma es ésta?

Miré a mi vez por la ventana y comprobé que el árbol había desaparecido.

—¡Pero ahí tengo estas flores que acabo de cortar de una rama! ¡Aquí, mire! Encima de la mesa.

Ella examinó las flores.

—Sí, realmente son flores. Jamás vi flores semejantes. ¿De dónde las ha sacado?

—¡Del árbol, del árbol del patio!

Ella miró de nuevo las tres flores. Las puso en un vaso de agua y se fue, encogiéndose de hombros, sin comentarios.

Yo estaba decepcionado. ¿Cómo era posible que el árbol hubiese desaparecido? ¿Dónde estaba? Unos minutos antes estaba allí, casi tocando mi ventana. Las flores eran una prueba de ello. Las toqué, las olí. La portera las había visto, las había tocado. Estaba decepcionado, pero al mismo tiempo tranquilo. Volví otra vez a la ventana, y entonces se produjo como una vibración en las paredes y en el techo que me rodeaba, unas vibraciones luminosas en la luz de la mañana. Las paredes y el techo parecían dislocarse, sus contornos se difuminaban. Perdieron su espesor, me parecieron de una extrema fragilidad. No eran más que cortinas cada vez más transparentes, penumbras, sombras evanescentes. Vi cómo se inclinaban ligeramente,

hacia la izquierda, hacia la derecha, tambaleantes cual imágenes en el agua que corre; vi cómo se arrugaban y se alejaban poco a poco. Se perdieron en la lejanía luminosa, humaredas transparentes. Desaparecieron. Ante mí se extendía el desierto, inmenso bajo el cielo luminoso, en el sol ardiente, hasta el horizonte. En la luz no había más que arena centelleante. Mi habitación estaba como suspendida, silenciosa, un punto en la inmensidad.

Aquello fue precedido de un largo momento de silencio: echado en la cama, miraba el armario de dos hojas, adosado a la pared del fondo. Las hojas se abrieron. Parecían dos grandes puertas. Dentro del armario no había trajes ni ropa blanca. Solamente la pared desnuda. La pared también desapareció. Las dos hojas, separadas, se transformaron en dos columnas doradas que sostenían un frontón muy alto. En el lugar que antes ocupaba el muro se formaron diversas imágenes, lentamente. Todo se hizo muy luminoso. Apareció un árbol coronado de flores y hojas. Después otro. Muchos árboles. Una gran avenida. Al fondo, una luz más intensa que la luz del día. Aquel espectáculo se acercaba, lo invadía todo. ¿Cómo podía caber en una habitación pequeña? Era mucho mayor que la habitación. No sentía el viento que estremecía las ramas y las flores azules y blancas. Sí, como una ligera brisa. Me encontraba en un prado. ¡Qué bonita era la hierba! ¿Para quién era aquel prado, aquel jardín, aquella luz? Los árboles, bien alineados, se extendían hasta muy lejos. En el centro, en primer término, surgió un árbol. ¿Un árbol o un gran zarzal? A su derecha, a mi izquierda, una escalera de plata, suspendida a un metro del suelo, se perdía en el cielo azul. Contemplaba largamente, no me atrevía a levantarme, acercarme: temía que todo desapareciera. Habría podido tocar aquel zarzal, habría podido tocar aquella escalera. La luz era muy fuerte, pero no me deslumbraba. Los peldaños brillaban. El jardín se me acercaba, me rodeaba, yo formaba parte de todo aquello, estaba en su centro. Pasaron años o segundos. La escalera se me acercaba. Se mantenía casi encima de mi cabeza. Pasaron años, o segundos.

Todo aquello se alejó, pareció disiparse. La escalera desapareció, después el zarzal, después los árboles. Después las columnas con el arco triunfal. Algo quedó de aquella luz que me había penetrado.

Tomé todo aquello por un signo.



EUGÈNE IONESCO (Slatina, Rumania, 26 de noviembre de 1909 - París, Francia, 28 de marzo de 1994). Dramaturgo y escritor francés de origen rumano, elegido miembro de la Academia francesa el 22 de enero de 1970. Fue uno de los principales dramaturgos del teatro del absurdo. De padre rumano y madre francesa, viajó a París con un año y vivió allí hasta los trece. En 1925 volvió a Rumania y estudió la carrera de Letras. Enseñó francés durante tres años en un Instituto de Bucarest, hasta que en 1938 regresó a Francia para establecerse definitivamente. Trabajó en una editorial, después en un banco y empezó una tesis doctoral sobre la muerte en la poesía francesa que no terminaría. Se relacionó con el grupo de la revista literaria *Cahiers du Sud* antes de dedicarse por entero a su producción dramática. Murió en 1994 y está enterrado en el cementerio de Montparnasse en París. Su primera obra de teatro, *La cantante calva*, se estrenó en el *Théâtre des Noctambules* en 1950, pero su inteligencia, novedad y ruptura con la lógica lo llevan a la fama, fama que no lo abandonaría en sus posteriores obras. Fue, junto al irlandés Samuel Beckett, el padre del teatro del absurdo, mediante el cual él hace «de un texto burlesco, un juego dramático; y de un texto dramático un juego burlesco». Más allá de la mera ridiculización de situaciones banales, las obras de Ionesco dibujan de modo tangible la soledad de los humanos y la insignificancia de la adoración a ídolos vacíos, entre otros temas.

Notas

[1] Goa, masa de hierro forjado más o menos esférica. <<